

libro al
viento

PELO

Jules Renard

DE



Ilustraciones de Guillermo Andrés Torres Carreño

ZANAHORIA



Libro al Viento

COLECCIÓN INICIAL

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público.
Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Carlos Fernando Galán Pachón
Alcalde Mayor de Bogotá

SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

Santiago Trujillo Escobar
Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

María Claudia Parias Durán
Directora General

María Mercedes González Cáceres
Subdirectora de las Artes

Sylvia Ospina Henao
Subdirectora de Equipamientos Culturales

Gabriel Arjona
Subdirector de Formación Artística

Andrés Felipe Albarracín Rodríguez
Subdirector Administrativo y Financiero

Alejandra Soriano Wilches
Gerente de Literatura

PRIMERA EDICIÓN PARA LIBRO AL VIENTO

Bogotá, diciembre de 2025

Los derechos de los textos, las traducciones y las imágenes de este libro pertenecen a sus autores. Sin embargo, queda prohibida cualquier reproducción (parcial o total) de esta obra en su conjunto sin consentimiento de Idartes.

© Instituto Distrital de las Artes – Idartes
© Pilar Gutiérrez Llano, por la presentación
© Guillermo Andrés Torres Carreño, por las ilustraciones

Javier Beltrán, dirección editorial
Camila Cardeñosa, diseño de la colección
Paula Andrea Gutiérrez Roldán, diseño y diagramación
BastardaType y Camila Cardeñosa, diseño de la tipografía Obispo
Jesús Goyeneche Wilches, adaptación del texto y corrección de estilo

© Henri Manuel, por la fotografía de la página 284

ISBN: 978-628-7686-49-6
Multi-impresos SAS, impresión
Impreso en Colombia
Diciembre de 2025

GERENCIA DE LITERATURA IDARTES

Carrera 8 N° 15-46, Bogotá D. C.
Teléfono: (601) 379 57 50
www.idartes.gov.co
contactenos@idartes.gov.co
f @LibroAlViento t @LibroAlViento

PELO

DE

ZANAHORIA

11
PRESENTACIÓN

17
LAS GALLINAS

21
LAS PERDICES

24
ES EL PERRO

29
LA PESADILLA

31
CON PERDÓN DE USTEDES

33
EL ORINAL

41
LOS CONEJOS

43
EL AZADÓN

45
LA ESCOPETA

53
EL TOPO

56
LA ALFALFA

64
EL VASO DE METAL

68
LA MIGA DE PAN

71
LA TROMPETA

73
EL MECHÓN

77
EL BAÑO

83
HONORINA

91
LA CALDERA

96
RETICENCIA

98
ÁGUEDA

102
EL PROGRAMA

108
EL CIEGO

113
EL DÍA DE AÑO NUEVO

118
IDA Y VUELTA

120
EL MANGO DE LA PLUMA

126
LAS MEJILLAS COLORADAS

141

LOS PIOJOS

147

LO MISMO QUE BRUTO

153

CARTAS ESCOGIDAS DE PELO DE ZANAHORIA AL SEÑOR LEPIC Y ALGUNAS
CONTESTACIONES DEL SEÑOR LEPIC A PELO DE ZANAHORIA

160

EL SOTECHADO

163

EL GATO

169

LOS CARNEROS

175

EL PADRINO

179

LA FUENTE

184

LAS CIRUELAS

188
MATILDE

193
LA CAJA DE CAUDALES

201
LOS RENACUAJOS

206
MUTACIÓN

207
ESCENA II

210
DE CAZA

216
LA MOSCA

219
LA PRIMERA COALLA

223
EL ANZUELO

228
LA MONEDA DE PLATA

238

LAS IDEAS PROPIAS

243

LA TORMENTA DE HOJAS

247

LA REBELIÓN

253

PARA TERMINAR

265

EL ÁLBUM DE PELO DE ZANAHORIA

282

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

283

NOTA SOBRE EL ILUSTRADOR

284

EL AUTOR

NO

Presentación

PODRÍA DECIR QUE ESTE LIBRO ES UNA NOVELA sobre la vida atormentada de un niño al que por el color de su pelo llaman Pelo de Zanahoria, que su madre es una mujer cruel, su padre un hombre ausente y sus dos hermanos unos seres indiferentes y fríos; pero no, me niego rotundamente a este resumen simple de una obra que, por su misma historia y sobre todo por su libertad estilística, cuesta encasillar en un género literario. Diría más bien que es una pieza literaria compuesta por muchos cuentos cortos, episodios intensos e impactantes. Se sirve de un estilo depurado, con un lenguaje sencillo, sin ornamentos, impregnado de poesía y, en el medio, como quien juega con las múltiples formas de un texto, aparece la estructura de una pequeña obra de teatro. Además, como si fuera poco, echa mano también de unas cartas para sumergirnos del todo en la intimidad del protagonista.

Esta obra maestra nos habla del ser humano y sus luchas más profundas. Nos narra el miedo y sus formas. Hasta nos plantea

la muerte a manos propias como solución a una vida sin sentido. Nos confirma que las relaciones familiares, por familiares, no son las más fáciles; al contrario, son las más complejas, dejándonos una marca de por vida.

Todo esto se muestra a través de las vivencias de François, o Pelo de Zanahoria, un niño diferente, sensible en extremo. Su madre es una mujer que exige de forma desmedida, casi militar, en busca ante todo de la “educación” de un hijo que encaje en la sociedad —sin importar el sufrimiento que esto conlleve—, un hijo limpio, honesto y obediente. El padre, personaje común que no se sale de esquemas tradicionales, es distante en su posición de hombre cumplidor del deber y proveedor del hogar, y los hermanos, cada uno en lo suyo, son cómplices de humillaciones, castigos y asignación de tareas domésticas inapropiadas para apenas un niño. Pelo de Zanahoria se busca entonces, en medio del padecimiento, un lugar; lucha contra sus miedos y se reconoce distinto, rebelde en silencio y, para los demás, en especial para su madre, bastante incómodo. Pero esto no se queda así: tal vez el momento más álgido de la narración es cuando Pelo de Zanahoria irrumpe con un “No, mamá, no voy al molino”, y para que quede claro, para que se oiga, lo repite, “No, mamá. [...] Ya te oí. No voy”. Este No, tan propio de los adolescentes, en apariencia sin argumentos, es un No a la autoridad, a lo establecido; es la libertad de decidir, es ese No que nos cuesta tanto decir cuando ya somos

adultos y sabemos que puede ser la salvación, porque decir No es una forma de decir Sí a la individualidad.

Este No de Pelo de Zanahoria es un No que traslada el sufrimiento a esa madre que sin piedad se impone. Un No acompañado de un silencio que lo vuelve poderoso. Y es que, por primera vez, Pelo de Zanahoria no es el niño que, inmolado, carga con imposiciones ajenas, y quizás fue en ese No cuando nació el artista, el escritor de este texto, Jules Renard, porque se sabe que en esta obra el autor revive su propia historia, donde no caben moralismos, donde no hay buenos ni malos, todos son, a secas, y se muestran como son. La madre, principal antagonista, podría ser, no sabemos, más que una malvada, una pobre mujer que descarga frustraciones en su hijo menor. Como sea, ese No es el momento en que el protagonista se rebela ni más ni menos que contra su madre, de todas las relaciones familiares el vínculo más importante en el desarrollo humano, con el que se forja la capacidad de amar, el que moldea la identidad y la forma de pertenecer a la sociedad.

No sorprende entonces que un texto publicado originalmente en 1894 nos interpele hoy y siga vigente, porque las historias que nos retratan como seres humanos con nuestras debilidades y fortalezas son universales. Todos en algún momento de la vida nos hemos sentido diferentes e incomprendidos, especialmente en la adolescencia, cuando el mundo parece un monstruo inclemente que nos aplasta. Ni hablar de la

dificultad para expresar lo que sentimos y, al mismo tiempo, la necesidad apremiante de hacerlo. La complicada realidad del adolescente exige de una callada manera que los adultos estén presentes, acompañen y sean testigos de ese momento de la vida en que todo nos llega sin previo aviso; crecemos y no solo la biología de nuestro cuerpo nos abruma, sino que el pensamiento con ideas personales nos bombardea, y ahí, precisamente ahí, está la belleza de descubrirnos únicos.

Y para que entendamos mejor la naturaleza del adolescente, el escritor nos regala uno de los más bellos capítulos del libro, “La tormenta de hojas”, que empieza así: “Hace mucho tiempo que Pelo de Zanahoria, soñador, está observando la hoja más alta del álamo más crecido. Pensando en las musarañas, espera que se mueva. Parece estar desprendida del árbol, que vive aparte, sola, sin cabo, libre”. Qué hermosa y delicada manera de contarnos cómo se ve y cómo se siente Pelo de Zanahoria. Aparece la libertad como eso que añora y busca siempre el ser humano pero, sobre todo, resalta la soledad.

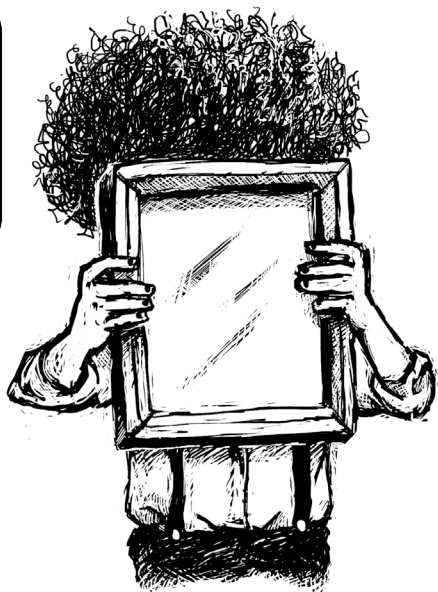
Del final prefiero no contar detalles que se anticipen a la sorpresa de una buena lectura, pero sí quiero decir que su inteligente contundencia es tema suficiente de reflexión: solo una frase basta para recordar el hondo dolor de lo vivido.

Pilar Gutiérrez Llano

PELO

Jules Renard

DE



Ilustraciones de Guillermo Andrés Torres Carreño

ZANAHORIA

LAS GALLINAS

—APOSTARÍA —DICE LA SEÑORA LEPIC— QUE otra vez se le ha olvidado a Honorina encerrar las gallinas.

Es verdad. Para asegurarse, no hay más que mirar por la ventana. Allá, al otro extremo del vasto corral, el techadillo de las gallinas recorta en la oscuridad el negro cuadrilátero de su puerta abierta.

—Félix, ¿por qué no vas a encerrarlas? —dice la señora Lepic al mayor de sus tres hijos.

—No estoy yo para encerrar gallinas —contesta Félix, muchachote pálido, indolente y pusilánime.

—¿Y tú, Ernestina?

—¡Ay, mamá, a mí me daría mucho miedo!

Félix, el hermano mayor, y Ernestina, la hermana, apenas levantan la cabeza para contestar. Están muy enfrascados en la lectura, con los codos en la mesa, casi juntas las frentes.

—¡Dios mío, qué tonta soy! —dice la señora Lepic—. ¡No me acordaba! ¡Anda, Pelo de Zanahoria, encierra las gallinas!



Con ese nombre cariñoso llama a su último vástago, porque tiene los cabellos rojos y pecosa la piel. Pelo de Zanahoria, que está debajo de la mesa haciendo como si jugara, se pone en pie y dice, tímido:

—¡Pero, mamá, si yo también tengo miedo!

—¿Qué es eso? —replica la señora Lepic—. ¡Un jovensote como tú! ¡Estás bromeando! Vamos, ve enseguida.

—Si ya sabemos que es valiente como un toro —dice su hermana Ernestina.

—No teme a nada ni a nadie —agrega Félix, su hermano mayor.

Semejantes piropos llenan de orgullo a Pelo de Zanahoria y, por vergüenza de parecer indigno de ellos, lucha ya con su cobardía. Para acabar de darle ánimo, su madre le promete un pescozón.

—Alúmbrenme siquiera —suplica él.

La señora Lepic se encoge de hombros; Félix sonríe con desprecio. Solo Ernestina, conmovida por la lástima, toma una vela y acompaña a su hermanito hasta el final del corredor. “Aquí te espero”, le dice.

Pero enseguida echa a correr, aterrorizada, porque un golpe de viento hace parpadear la luz y la apaga.

Pelo de Zanahoria, apretando las nalgas, clavando en el suelo los talones, se echa a temblar en las tinieblas. Son tan

espesas, que cree estar ciego. A veces una ráfaga lo envuelve, como un trapo helado, para llevárselo. ¿No siente acaso los resoplidos de zorros y hasta lobos entre los dedos, junto a los cachetes? Decide correr hacia donde están las gallinas, con la cabeza gacha, embistiendo la sombra y agujereándola. A tientas coge la aldabilla de la puerta. Al ruido de sus pasos, las gallinas, espantadas, se agitan cloqueando en sus palos. Pelo de Zanahoria les grita: “¡Cállense ya! ¡Si soy yo!”.

Cierra la puerta, y echa a correr como si tuviese alas en brazos y piernas. Cuando se encuentra de nuevo —jadeante, orgulloso de sí mismo— al calor y a la luz, le parece que acaba de cambiarse de ropa, como quitándose unos andrajos pesados de barro y lluvia y poniéndose una prenda nueva y ligera. Sonríe, se mantiene erguido, con altivez, espera que lo feliciten y, fuera ya de peligro, busca en las caras familiares alguna huella de preocupación por él.

Pero Félix, el hermano mayor, y Ernestina, la hermana, siguen leyendo tranquilamente, y la señora Lepic le dice en tono natural: “Pelo de Zanahoria, todas las noches tú te encargarás de encerrarlas”.

LAS PERDICES

COMO ES COSTUMBRE, EL SEÑOR LEPIC VACÍA EL morral encima de la mesa.

Lleva un par de perdices. Félix, el hermano mayor, las apunta en una pizarra que hay colgada en la pared. Ese es su oficio; cada joven tiene uno: Ernestina, la hermana, despluma y despelleja las presas. A Pelo de Zanahoria le encomiendan especialmente la tarea de rematar las aves heridas. Ese privilegio se lo debe a la dureza y sequedad de su corazón, bien conocidas.

Las dos perdices se revuelcan, alargando el pescuezo.

LA SEÑORA LEPIC

¿Qué esperas, que no las matas?

PELO DE ZANAHORIA

Mamá, también me gustaría apuntarlas en la pizarra alguna vez.

LA SEÑORA LEPIC

Tú no llegas a la pizarra.

PELO DE ZANAHORIA

Pues pelarlas también me gustaría.

LA SEÑORA LEPIC

Eso no es cosa de hombres.

Pelo de Zanahoria echa mano a las perdices. Con amabilidad le hacen las indicaciones pertinentes: “Apriétalas bien, por el pescuezo, ya sabes, y a contrapluma”.

Con un ave en cada mano, y ambas a la espalda, comienza.

EL SEÑOR LEPIC

¡Sinvergüenza! ¿Las dos al tiempo?

PELO DE ZANAHORIA

Para acabar antes.

LA SEÑORA LEPIC

No te las des de misericordioso, que por dentro te relames de gusto.

Las convulsas perdices se defienden y, agitando las alas, desparraman sus plumas. Nunca se morirán. Más fácil le sería estrangular con una sola mano a un compañero. Se mete las perdices entre las rodillas para sujetarlas y, unas veces colorado, otras veces pálido, sudoroso, con la cabeza levantada para no ver, aprieta más fuerte.

Pero las perdices no se rinden.

Rabioso por concluir, las agarra por las patas y les da en la cabeza con la punta del zapato.

—¡Asesino!, ¡asesino! —exclaman Félix, el hermano mayor, y Ernestina, la hermana.

—¡Casi que no termina! —dice la señora Lepic—. ¡Pobres animalitos! No quisiera estar como ellos, entre sus garras.

El señor Lepic, a pesar de ser cazador viejo, se va, lleno de repugnancia.

—¡Ahí están! —dice Pelo de Zanahoria, poniendo las perdices muertas sobre la mesa.

La señora Lepic las voltea una y otra vez. De los pequeños cráneos rotos brota sangre y un pedacito de seso.

—¡Ya era hora de que se las quitaran de las manos! —dice ella—. ¡Pero quedaron hechas un desastre!

Félix, el mayor, dice:

—La verdad es que no han quedado tan bien como otras veces.

ES EL PERRO

EL SEÑOR LEPIC Y ERNESTINA, LA HERMANA, leen, con los codos sobre la mesa y a la luz de la lámpara, uno el periódico y la otra el libro que le dieron de premio; la señora Lepic teje; Félix, el hermano mayor, se calienta las piernas frente al fuego, y Pelo de Zanahoria, echado en el suelo, recuerda cosas.

De pronto, Píramo, que duerme debajo de la alfombra, lanza un gruñido sordo.

—¡Chist! —manda el señor Lepic.

Píramo gruñe más fuerte.

—¡Imbécil! —dice la señora Lepic.

Pero Píramo ladra tan desesperadamente que todos se sobresaltan. La señora Lepic se lleva una mano al corazón. El señor Lepic le echa al perro una mirada torcida, apretando los dientes. Félix, el hermano mayor, maldice y pronto no se entiende nada de lo que sucede.

—¡Cállate, perro mugroso! ¡Cállate, estúpido!

Píramo ladra aún más. La señora Lepic le pega. El señor Lepic le da con el periódico y luego con el pie. Píramo aúlla, echado de barriga, con la nariz pegada al suelo, temeroso de los golpes; pareciera como si, irritado, dándose de cabeza contra la estera, hiciese astillas su voz.

A los Lepic los ahoga la cólera. Todos de pie, se encarnizan contra el perro tendido, que los enfrenta.

Chirrean los vidrios, gime el tubo de la estufa, y hasta Ernestina, la hermana, da ladridos.

Pero Pelo de Zanahoria, sin que nadie se lo ordenara, sale a ver qué es lo que pasa. Tal vez un vagabundo retrasado está cruzando la calle, volviendo tranquilamente a su casa, o puede que esté escalando el muro del jardín para robar.

Pelo de Zanahoria echa a andar por el largo pasillo negro con los brazos tendidos hacia la salida. Encuentra el cerrojo y lo descorre con estrépito, pero sin abrir la puerta.

Antes se exponía cuando salía, y silbaba, cantaba, pateaba, esforzándose para asustar al enemigo.

Ahora hace trampa.

Mientras sus padres se imaginan que está registrando, valiente, todos los rincones e incluso rondando la casa como fiel guardián, él los engaña y se queda pegado a la puerta. Algún día lo descubrirán, pero ya hace tiempo que el engaño viene funcionando.





Solo teme estornudar o toser. Contiene el aliento y si levanta los ojos, ve por encima del marco de la puerta tres o cuatro estrellitas cuya pureza centelleante lo dejan helado.

Pero ha llegado el momento de volver. No hay que prolongar demasiado el juego. Despertaría sospechas.

Otra vez sacude con sus manos flacas el pesado cerrojo, que rechina en las abrazaderas oxidadas, y lo corre ruidosamente hasta el fondo de la armella.

¡Que juzguen, con semejante bullicio, si vendrá de lejos y si habrá cumplido con su deber! Cosquilleándole el espinazo, corre a tranquilizar a su familia.

Y, como la vez pasada, durante su ausencia, Píramo se ha callado; los Lepic, ya en calma, han vuelto a sus puestos inmovibles, y, aunque nadie se lo pregunta, Pelo de Zanahoria dice, así como así, por costumbre: “Es el perro, que estaba soñando”.

LA PESADILLA

A PELO DE ZANAHORIA NO LE GUSTAN LOS AMIGOS de la casa. Le molestan, le quitan su cama y lo obligan a dormir con su madre. Y si de día no hay defecto que le falte, por la noche tiene, principalmente, el de roncar. Ronca a propósito, sin duda.

La alcoba principal, glacial aun en agosto, tiene dos camas: una, la del señor Lepic; en la otra va a descansar Pelo de Zanahoria, al lado de su madre, junto a la pared.

Antes de dormirse, carraspea debajo de la sábana, para despejarse la garganta. Pero ¿será su ronquido de la nariz? Se suena con cuidado para asegurarse de que no está obstruida y practica no respirar demasiado fuerte.

Pero tan pronto se queda dormido, ronca. Es como una pasión.

Enseguida, la señora Lepic le mete dos uñazos, hasta sacarle sangre, en una nalga. Es el método que ha escogido.

El grito de Pelo de Zanahoria despierta bruscamente al señor Lepic, que pregunta:

—¿Qué te pasa?

—Tiene una pesadilla —dice la señora Lepic.

Y canturrea, como una nana, una canción de cuna que parece india.

Con la frente, con las rodillas muy apretadas a la pared, como si quisiera tumbarla, puestas las manos en las nalgas para parar el pellizco que ha de venir al primer llamado de las vibraciones sonoras, Pelo de Zanahoria vuelve a dormirse en la cama grande, donde reposa, al lado de su madre, junto a la pared.

CON PERDÓN DE USTEDES

¿PODRÁ DECIRSE? ¿HABRÁ QUE DECIRLO?
Pelo de Zanahoria, a la edad en la que otros van a tomar la comunión, blancos de alma y de cuerpo, sigue siendo sucio. Una noche esperó demasiado, sin atreverse a pedirlo.

Esperaba, gracias a unos retortijones graduados, calmar el desasosiego aquel.

¡Vana pretensión!

Otra noche soñó que estaba instalado cómodamente junto a un poste, apartado, y se hizo en las sábanas, con toda inocencia, dormido. Luego se despertó.

¡Junto a él no había otro poste que su asombro!

La señora Lepic ni siquiera se enfada. Lava tranquila, indulgente, maternal. Y al día siguiente, tempranito, como un niño mimado, Pelo de Zanahoria come algo antes de levantarse.

Eso es: le llevan a la cama la sopa, una sopita muy bien hecha, en que la señora Lepic, con una cucharita de madera, ha desleído un poco, un poquito nada más.

Junto a la cabecera, el hermano mayor, Félix, y Ernestina, la hermana, observan a Pelo de Zanahoria con socarronería, dispuestos a soltar la carcajada a la primera señal. La señora Lepic, cucharadita tras cucharadita, va cebando a su hijo. Con el rabillo del ojo parece decir al hermano mayor, Félix, y a la hermana, Ernestina: “¡Atención! ¡Prepárense!”.

De antemano les divierten las muecas futuras. Hubiera sido necesario invitar a algunos vecinos. Al cabo, la señora Lepic, echando una última ojeada a los hermanos mayores, como para decirles: “¡Ahora viene lo bueno!”, levanta con lentitud la cucharada final, la mete hasta la garganta en la muy abierta boca de Pelo de Zanahoria, lo atiborra, lo atraganta y le dice, entre chanzas y ascos:

—¡Ya te la comiste, cochinito mío, ya te la comiste, y es tuya, de la de ayer!

—Ya me lo esperaba —responde sencillamente Pelo de Zanahoria, sin hacer la mueca esperada.

Ya se va acostumbrando, y cuando uno se acostumbra a algo, acaba por no encontrarle gracia alguna.

EL ORINAL

I

COMO YA LE HA OCURRIDO MÁS DE UN PERCAN-
ce en la cama, Pelo de Zanahoria, cada noche, tiene mucho
cuidado y toma precauciones. En verano, la cosa es fácil.
A las nueve, cuando la señora Lepic lo manda a la cama,
Pelo de Zanahoria sale de casa, da una vuelta y pasa una
noche tranquila.

En invierno, el paseíto resulta más engorroso. Tan pron-
to anochece y deja encerradas a las gallinas, por mucho que
tome una primera precaución, no puede tener esperanza de
llegar sano y salvo hasta la mañana siguiente. Cenán, hacen
la sobremesa, dan las nueve, hace ya mucho tiempo que es
de noche, y la noche ha de durar aún una eternidad. Pelo de
Zanahoria necesita tomar una segunda precaución.

Esta noche, como todas las noches, se hace la pregunta:
“¿Tengo o no tengo ganas?”.



Normalmente se contesta “Sí”, ya porque sinceramente no pueda volver atrás, ya porque la luna con su resplandor lo anime. A veces el señor Lepic o Félix, el hermano mayor, le dan ejemplo. Además, no siempre la necesidad le obliga a alejarse de la casa hasta la cuneta, casi en pleno campo. Lo más usual es que se pare al pie de la escalera, según vea conveniente.

Pero esta noche la lluvia repica en los cristales, el viento ha apagado las estrellas y los nogales rabian en los prados. “¡Menos mal”, concluye Pelo de Zanahoria después de haber deliberado sin prisa, “que no tengo ganas!”.

Da las buenas noches a todos, enciende una vela y se mete, al extremo del pasillo, a la derecha, en su alcoba risible y solitaria. Se desnuda, se acuesta y espera la visita de la señora Lepic. Ella le mete la ropa de un solo empujón, dejándosela muy apretada, y apaga la vela. Le deja la vela, pero no le deja fósforos. Y como es miedoso, lo encierra con llave. Pelo de Zanahoria saborea al principio el placer de estar solo. Pasa revista con exactitud, felicitándose de haber escapado en varias ocasiones, y se promete para el otro día tener la misma fortuna. Le halaga pensar que la señora Lepic esté dos días seguidos sin reparar en él y procura dormirse en semejante ensueño.

Apenas ha cerrado los ojos cuando siente un malestar conocido. “¡Era inevitable!”, dice para sí Pelo de Zanahoria.

Otro se levantaría, pero Pelo de Zanahoria sabe que no hay orinal debajo de la cama. Aunque la señora Lepic jure lo contrario, siempre se le olvida ponerlo. Y, además, ¿qué falta hace el orinal si Pelo de Zanahoria toma siempre sus precauciones?

Y Pelo de Zanahoria piensa en vez de levantarse: “Más temprano que tarde tendré que ceder”, se dice. “Cuanto más resista, más acumulo. Si me hago pipí enseguida, será poco, y la sábana tendrá tiempo de secarse con el calor de mi cuerpo. Tengo la seguridad, por experiencia, de que mamá no verá nada”.

Pelo de Zanahoria se alivia, vuelve a cerrar los ojos, ya tranquilo, y comienza un buen sueño.

||

Bruscamente se despierta al ruido de su vientre. “¡Ay, ay!”, dice. “¡La cosa se pone mal!”.

Un momento antes creía sentir paz. ¡Hubiera sido mucha suerte! Anoche cometió pecado de pereza, y ya le llega el verdadero castigo.

Se sienta en la cama y trata de reflexionar. Han cerrado la puerta con llave. La ventana tiene reja. Salir es imposible.

Se levanta, sin embargo, y va a tantear la puerta y la reja de la ventana. Se arrastra por el suelo y bracea debajo de la cama, buscando un orinal de cuya ausencia no tiene duda.

Vuelve a acostarse y a levantarse otra vez. Prefiere moverse, andar, patear, que dormir, y con ambas manos se aprieta la barriga, que se hincha.

“¡Mamá!, ¡mamá!”, dice con voz ahogada, temeroso de que le oigan, porque si la señora Lepic llegara y lo viera curado de repente, parecería que se estuviera burlando de ella. Solo quiere poder mañana decir sin mentira que llamó.

Y ¿cómo va a gritar? Gasta todas sus fuerzas en retrasar el fracaso.

Pronto, un dolor supremo hace bailar a Pelo de Zanahoria. Va a dar contra la pared y rebota. Tropieza en las varillas de la cama, tropieza con la silla, tropieza contra la chimenea, cuyo cierre levanta con violencia, y se deja caer entre los morillos, retorciéndose, vencido, feliz, con una dicha absoluta.

La oscuridad de la habitación se hace más espesa.

|||

Pelo de Zanahoria se pudo dormir hasta el amanecer, y está tan a gusto en la cama, cuando la señora Lepic abre la puerta y hace un gesto, como si sorbiera de medio lado.

—¡Qué olorcito! —exclama.

—¡Buenos días, mamá! —dice Pelo de Zanahoria.

La señora Lepic tira de las sábanas, revisa todos los rincones de la alcoba y no tarda en hacer el hallazgo.

—Me puse malo y no tenía orinal —se apresura a decir Pelo de Zanahoria, convencido de que esa es su mejor defensa.

—¡Mentiroso!, ¡mentiroso! —dice la señora Lepic.

Se va, vuelve con un orinal, que mantiene escondido, y lo desliza rápidamente debajo de la cama. Levanta a Pelo de Zanahoria y, azuzando a la familia, exclama:

—¿Qué le habré hecho yo al cielo para tener un hijo así?

Trae luego un trapo, un balde, inunda la chimenea como si fuese a apagar el fuego, y sacude las sábanas, como pidiendo “¡aire!, ¡aire!”, atareada y quejumbrosa. Y enseguida se pone a gesticular en las narices de Pelo de Zanahoria:

—¡Miserable! ¿Te has vuelto loco? ¡Hijo desnaturalizado! ¡Vives como los animales! A un animal le dan un orinal y sabe para qué sirve, y a ti se te ocurre revolcarte en las chimeneas.

¡Dios es mi testigo de que me vuelves lela, y me voy a morir loca, loca, loca!

Pelo de Zanahoria, en camisa y descalzo, mira el orinal. No había orinal por la noche y ahora hay uno allí, a los pies de la cama. Aquel cacharro vacío y blanco lo deslumbra, y si él se obstinase en no ver nada, muy descarado sería.

Y cuando su familia desolada, los vecinos burlones que desfilan, hasta el cartero, que acaba de llegar, lo muelen y acosan a preguntas.

—¡Palabra de honor! —contesta finalmente Pelo de Zanahoria, sin quitar los ojos del orinal—. Yo no lo entiendo..., ¡allá ustedes!



LOS CONEJOS

—PARA TI YA NO QUEDA MELÓN —DICE LA señora Lepic—, pero tú eres como yo: no te gusta.

—¡Claro! —dice para sí Pelo de Zanahoria.

Así es como le imponen gustos y aversiones. En principio, solo puede gustarle lo que a su madre le guste. En cuanto llega el queso: “Estoy segura”, dice la señora Lepic, “de que Pelo de Zanahoria no se lo va a comer”.

Y Pelo de Zanahoria piensa: “Ya que está tan segura, mejor ni lo intento”. Sabe, además, que sería peligroso.

Y ¿no tiene ocasión de satisfacer sus más raros caprichos en lugares que solo él conoce? A los postres, la señora Lepic le dice: “Lléales a tus conejos esas tajadas de melón”.

Pelo de Zanahoria va a hacer el encargo despacito, con el plato bien horizontal para que nada se riegue.

Cuando entra bajo su techado, los conejos, con gorros de niño castigado, altas las orejas sobre el oído, levantando la nariz, tiesas las patas delanteras como si fuesen a tocar el

tambor, se atropellan alrededor suyo. “¡Esperen!”, dice Pelo de Zanahoria. “¡Un momento, por favor, para que repartamos!”.

Y sentándose en un montón de basura, de hierba pálida roída hasta las raíces, de tallos de col, de hojas de malva, les va dando pepitas de melón, y él sorbe el jugo: es dulce como el vino dulce.

Luego ataca con los dientes la pulpa azucarada que su familia dejó en las tajadas, lo que aún tenga sustancia, y le da lo verde a los conejos, sentados sobre sus patas traseras, en corro.

La puerta del techado está cerrada.

El sol de la siesta va enhebrándose por los agujeros de las tejas y moja las puntas de sus rayos en la sombra fresca.

EL AZADÓN

FÉLIX, EL HERMANO MAYOR, Y PELO DE ZANAHORIA trabajan uno al lado del otro. Cada cual tiene su azadón. El de Félix está hecho a medida por el herrero, con hierro. Pelo de Zanahoria se hizo el suyo él solo, de madera. Hacen de hortelanos, adelantan tarea y compiten en ardor. De repente, cuando menos se lo esperaba (las desdichas siempre ocurren en ese preciso momento), Pelo de Zanahoria recibe un azadonazo en mitad de la frente.

Momentos después hay que cargar y acostar con precaución a Félix en su cama, que acaba de sentirse mal al ver la sangre de su hermano menor. Allí está toda la familia parada, en puntillas, suspirando con temor:

—¿Dónde están las sales?

—¡Un poco de agua fresca, rápido, para las sienes!

Pelo de Zanahoria se sube a una silla para mirar por encima de los hombros, entre las cabezas. Lleva la frente vendada con un trapo enrojecido ya, de la sangre que corre.

El señor Lepic le ha dicho:

—¡Bonita la manera de sonarse!

Y su hermana Ernestina, que lo vendó:

—Le entró como si fuera mantequilla.

Él no ha dado ni siquiera un grito, porque le han hecho saber que de nada sirve.

Pero he aquí que Félix, el hermano mayor, abre un ojo primero, y luego el otro.

No ha sido más que el susto, y mientras le vuelve poco a poco el color, la inquietud y el espanto se retiran de los corazones.

—¡Siempre haces lo mismo! —dice la señora Lepic a Pelo de Zanahoria—. ¡A ver si tienes más cuidado, papanatas!

LA ESCOPETA

EL SEÑOR LEPIC LES DICE A SUS HIJOS:

—Basta con una escopeta para los dos. Entre hermanos que se quieren, todo debe ser compartido.

—Sí, papá —responde Félix, el hermano mayor—, compartiremos la escopeta. Y hasta me contentaré con que Pelo de Zanahoria me la preste de vez en cuando.

Pelo de Zanahoria no dice que sí ni que no; desconfía.

El señor Lepic saca la escopeta de su funda verde y pregunta:

EL SEÑOR LEPIC

¿Cuál de los dos la lleva primero? Me parece que le toca al mayor.

FÉLIX

Cedo ese honor a Pelo de Zanahoria. Primero él.



EL SEÑOR LEPIC

Esta mañana te estás portando muy caballeroso, Félix. Ya lo tendré presente.

El señor Lepic pone la escopeta en el hombro de Pelo de Zanahoria.

EL SEÑOR LEPIC

Bueno, hijos míos, diviértanse, y sin pelearse.

PELO DE ZANAHORIA

¿Llevamos el perro?

EL SEÑOR LEPIC

Es inútil. Cada uno, cuando le toque, que haga de perro. Además, unos cazadores como ustedes no hieren: matan a la primera.

Pelo de Zanahoria y Félix, el hermano mayor, se alejan. Visten el traje sencillo de diario. Lamentan no llevar polainas, pero el señor Lepic les suele declarar que todo verdadero cazador las desprecia. El verdadero pantalón del cazador debe ir arrastrando bajo el tacón del zapato. No se arremanga nunca. Así anda por el barro, por las tierras de labranza, y pronto

se le forman unas polainas que le llegan a la rodilla, sólidas, naturales; la criada tiene orden de respetarlas.

—Espero que no vuelvas con las manos vacías —dice Félix, el hermano mayor.

—Esperanza tengo —dice Pelo de Zanahoria.

Va sintiendo un picor en el hueso del hombro, y se niega a apoyar en él la escopeta.

—¿Qué pasa? —le dice Félix, el hermano mayor—. ¡Te la dejo llevar hasta que te canses!

—Eres mi hermano —contesta Pelo de Zanahoria.

Cuando una bandada de gorriones echa a volar, se detiene y hace seña a Félix, el hermano mayor, de que no se mueva. La bandada va de seto en seto. Arqueada la espalda, ambos cazadores se acercan sin hacer ruido, como si los gorriones durmieran. La bandada no está satisfecha y, pizando, va a posarse más lejos. Los cazadores se paran. Félix, el hermano mayor, lanza insultos. Pelo de Zanahoria, aunque el corazón le palpita, muestra menor impaciencia. Lo que teme es el instante en que deba dar pruebas de su habilidad.

¡Si errara el tiro! Cada retraso lo consuela.

Pero esta vez los gorriones parece que esperan.

FÉLIX

No dispaes, que estás demasiado lejos.

PELO DE ZANAHORIA

¿Te parece?

FÉLIX

¡Sí! Nada es tan engañoso como agacharse: uno cree que está encima, pero está lejísimos.

Y Félix, el hermano mayor, se descubre, para demostrar que tiene razón. Los gorriones, espantados, vuelven a huir.

Pero uno queda en el extremo de una rama, que se pliega y se mece. Menea la cola, vuelve la cabeza, presenta la barriga.

PELO DE ZANAHORIA

La verdad es que puedo tirarle a ese, seguro.

FÉLIX

Quítate, a ver. Sí, es verdad, ya lo tienes. ¡Muévete, rápido!
¡Ya me toca la escopeta!

Y Pelo de Zanahoria, con las manos vacías, desarmado, bosteza; en su lugar, junto a él, Félix, el hermano mayor, se pone la escopeta en la cara, apunta, dispara y el gorrión cae.

Es como un juego de manos. Pelo de Zanahoria, un momento antes, se apretaba la escopeta al corazón. Bruscamente

se quedó sin ella y ya la tiene otra vez, porque Félix, el hermano mayor, acaba de devolvérsela, y luego, haciendo de perro, corre a recoger el gorrión, y dice:

FÉLIX

No te decides, tienes que despertar un poco.

PELO DE ZANAHORIA

¡Un mucho!

FÉLIX

¡Conque esas tenemos! ¿Te pones de bocón?

PELO DE ZANAHORIA

¡Caray! ¿Quieres que cante?

FÉLIX

Pero si tenemos el gorrión, ¿de qué te quejas? Imagínate que hubiésemos errado el tiro.

PELO DE ZANAHORIA

Si yo...

FÉLIX

Tú o yo, da lo mismo. Hoy lo mato yo, mañana lo matas tú.

PELO DE ZANAHORIA

¡Sí, mañana...!

FÉLIX

Te lo prometo.

PELO DE ZANAHORIA

¿Sí? Un día me lo prometes...

FÉLIX

Te lo juro. ¿Estás contento?

PELO DE ZANAHORIA

¡Bueno...! Pero si buscamos rápido otro gorrión, yo podría probar la escopeta.

FÉLIX

No, ya es tarde. Volvamos a casa, para que mamá guise este. Te lo doy. Métetelo en el bolsillo, animalote, y déjale el pico fuera.

Los dos cazadores vuelven a casa. A veces se cruzan con un campesino que, saludando, les dice:

—Bien, muchachos, desde que no hayan matado al padre...

Pelo de Zanahoria, halagado, se olvida de su rencor. Llegan, hechas las paces, triunfadores, y el señor Lepic, en cuanto los ve, muestra su asombro:

—¿Cómo así, Pelo de Zanahoria? ¡Todavía con la escopeta! ¿La llevaste tú todo el tiempo?

—Casi todo —dice Pelo de Zanahoria.

EL TOPO

PELO DE ZANAHORIA ENCUENTRA POR EL CAMINO un topo tan negro como un deshollinador.

Cuando ya ha jugado bastante con él, decide matarlo. Lo tira por el aire muchas veces con destreza, para que caiga encima de una piedra.

Al principio todo sale bien y a su gusto: ya el topo se ha roto las patas, abierto la cabeza, quebrado el espinazo y parece que no le queda fuerza.

Luego, estupefacto, Pelo de Zanahoria se da cuenta de que ya no se muere. Por mucho que lo tire tan alto como una casa, hasta el cielo, ya no pasa nada.

—¡Caray, recaray! ¡No está muerto! —dice.

En efecto, sobre la piedra, manchada de sangre, el topo se hace una masa; el vientre, lleno de grasa, palpita como jalea, y con ese temblor da la ilusión de la vida.

—¡Caray, recaray! —grita Pelo de Zanahoria encarnizándose—. ¡Aún no está muerto!



Lo vuelve a coger, lo grita y cambia de método.

Colorado, con los ojos llenos de lágrimas, escupe al topo, y con todas sus fuerzas lo lanza a quemarropa contra la piedra.

Pero el vientre sin forma sigue agitándose.

Y cuanto más rabioso lo golpea Pelo de Zanahoria, menos el topo le parece dispuesto a morir.

LA ALFALFA

PELO DE ZANAHORIA Y SU HERMANO MAYOR, Félix, vuelven de la iglesia y caminan rápido para llegar a casa, porque es hora de la merienda de las cuatro.

A Félix, el hermano mayor, le darán una torta de mantequilla o de mermelada, y a Pelo de Zanahoria una torta de nada, porque ha querido dárselas de hombre demasiado pronto, y ha declarado ante testigos que no es glotón. Le gustan las cosas al natural: casi siempre come su pan seco, pretendiendo que así es que le gusta, y aun esta tarde camina más de prisa que su hermano mayor, Félix, para que le sirvan antes que a él.

A veces, el pan seco parece duro. Entonces Pelo de Zanahoria se echa sobre él como si atacara a un enemigo: lo empuña, le da mordiscos, cabezazos, lo despedaza y hace saltar esquirlas. Los de su casa, alrededor de él, lo miran con curiosidad.

Su estómago de avestruz digeriría piedras, un perro chico manchado de rojo. En resumen, no aparenta ser quisquilloso para comer.

Se apoya en el picaporte. La puerta está cerrada. “Creo que nuestros padres no están. Da una patada tú”, le dice.

Félix, el hermano mayor, jurando por el nombre divino, se precipita sobre la pesada puerta, guarnecida de clavos, y la hace resonar mucho tiempo. Luego, los dos, sumando sus esfuerzos, se martirizan inútilmente los hombros.

PELO DE ZANAHORIA

Definitivamente, no están.

FÉLIX

Pero ¿en dónde estarán?

PELO DE ZANAHORIA

No lo puede saber uno todo. Sentémonos.

Con el frío de los escalones bajo las nalgas, cada vez tienen más hambre. Con bostezos y puñetazos hacia el vacío expresan toda su violencia.

FÉLIX

¡Que ni crean que voy a esperarlos!





PELO DE ZANAHORIA

Pues es lo mejor que podemos hacer.

FÉLIX

Yo no espero más. No quiero morirme de hambre. Quiero comer enseguida cualquier cosa: hierba.

PELO DE ZANAHORIA

¡Hierba! Esa es una idea, así nos burlamos de nuestros padres.

FÉLIX

¡Pues sí! Todos comen ensalada. Y aquí, entre nosotros, la alfalfa, por ejemplo, es tan tierna como la ensalada. Es ensalada sin aceite y vinagre.

PELO DE ZANAHORIA

Y no hay necesidad de revolverla.

FÉLIX

¿Apostamos a que yo como alfalfa y a que tú no?

PELO DE ZANAHORIA

¿Por qué tú sí y yo no?

FÉLIX

Fuera de bromas, ¿apuestas?

PELO DE ZANAHORIA

¿Y si les pidiéramos a los vecinos una rebanada de pan para cada uno y queso para untarlo?

FÉLIX

Prefiero la alfalfa.

PELO DE ZANAHORIA

Vamos.

Pronto el campo de alfalfa despliega ante sus ojos un verdor apetecible. En cuanto se meten en él, se dan gusto arrastrando los zapatos, aplastando los tallos tiernos, señalando estrechos caminos que les causan curiosidad y les hagan decir: “¿Qué animal habrá pasado por aquí?”.

A través de los pantalones les va entrando cierto frescor hasta las pantorrillas, que se les entumecen poco a poco.

Se paran en medio del campo y se tiran de cabeza. “Aquí se está bien”, dice Félix, el hermano mayor.

Cosquilleándoles la cara, se ríen como antes, cuando dormían juntos en una cama y el señor Lepic les gritaba desde la otra habitación: “¿Ya se van a dormir, cochinos?”.

Se olvidan del hambre, y se ponen a nadar como marineros, como perros, como ranas. Las cabezas apenas sobresalen. Cortan con las manos y rechazan con los pies las olitas verdes, que se rompen rápidamente. Una vez muertas, no vuelven ya a cerrarse.

—Hasta la barbilla me llegan —dice Félix, el hermano mayor.

—Mira cómo te adelanto —dice Pelo de Zanahoria.

Tienen que descansar, saborear más en calma su ventura.

Apoyándose en los codos, siguen con la mirada los amplios túneles que abren los topos y que corren en zigzag a flor de tierra, como las venas de los ancianos a flor de piel. Los pierden de vista por un momento y luego los ven desembocar en un claro por el que la cuscuta roedora, parásita malvada, azote de las buenas alfalfas, extiende sus barbas de filamentos rojizos. Las toperas forman allí una aldea minúscula de chozas levantadas a la manera de los indios.

—Esto no es todo —dice Félix, el hermano mayor—. Vamos a comer. Yo empiezo. ¡Cuidado con quitarme mi ración!

Con el brazo por lápiz, traza un semicírculo.

—Con lo demás me basta —dice Pelo de Zanahoria.

Las dos cabezas desaparecen. ¿Quién adivinaría dónde están?

El viento sopla suaves hálitos, da vuelta a las delgadas hojas de la alfalfa, mostrando su pálido reverso, y todo el campo se agita, recorrido por los estremecimientos de sus movimientos.

Félix, el hermano mayor, arranca brazadas de hierba, se envuelve la cabeza con ellas, finge que se atiborra, imita el ruido de las mandíbulas de un inexperto ternero que se atraganta. Y mientras él hace como si lo devorara todo, hasta las raíces, porque conoce la vida, Pelo de Zanahoria, tomándolo en serio, más delicado, no escoge sino las mejores hojas.

Con la punta de la nariz las encorva, se las lleva a la boca y las masca pausadamente.

¿Para qué apresurarse?

La mesa no está ocupada. La feria no está en el puente.

Y con los dientes rechinando, la lengua amarga y el corazón asqueado, va tragando, regalándose.

EL VASO DE METAL

PELO DE ZANAHORIA YA NO RECIBE DE TOMAR en la mesa. Va perdiendo la costumbre de beber con tanta facilidad que sorprende a su familia y a los amigos. De pronto, una mañana le dice a la señora Lepic, cuando va a echarle vino, según la costumbre:

—Gracias, mamá, no tengo sed.

Por la noche, a la hora de la comida, vuelve a decir:

—Gracias, mamá, no tengo sed.

—¡Qué ahorrativo te has vuelto! —dice la señora Lepic—. Así van a salir ganando los demás.

Y así, todo aquel primer día lo pasa sin beber, porque está haciendo buen clima y, sencillamente, porque no tiene sed.

Al día siguiente, la señora Lepic, al poner la mesa, le pregunta:

—¿Vas a tomar algo hoy, Pelo de Zanahoria?

—La verdad —contesta—, no lo sé.

—Allá tú —dice la señora Lepic—. Si quieres tu vaso de metal, ve a buscarlo a la alacena.

Pero él no va a buscarlo. ¿Será capricho, olvido o temor de servirse él mismo?

Y empieza el asombro.

—Vas mejorando —dice la señora Lepic—, ya tienes un mérito más.

—¡Y uno raro! —dice el señor Lepic—. Con el tiempo te servirá, sobre todo si llegas a quedarte solo, perdido en el desierto, sin camello.

Félix, el hermano mayor, y Ernestina, la hermana, hacen apuestas:

ERNESTINA

Una semana estará sin beber.

FÉLIX

¡Cómo crees! Si puede resistir tres días, hasta el domingo, será un milagro de Dios.

PELO DE ZANAHORIA

Pero si no he vuelto a tomar nada, si nunca tengo sed. Como los conejos y los conejillos de Indias, ¿también tienen mérito ellos?

FÉLIX

¡Buen gazapo estás hecho!

Pelo de Zanahoria, por la negra honrilla, les sabrá hacer ver de lo que es capaz. La señora Lepic sigue olvidándose del vaso, y él se impone la prohibición de reclamarlo. Con la misma indiferencia admite los cumplidos irónicos y las muestras de sincera admiración.

—Está enfermo o está loco —dicen unos.

—¡Bebe a escondidas! —añaden otros.

Pero pasada la novedad, pasado el gusto, poco a poco va disminuyendo el número de veces que Pelo de Zanahoria saca la lengua para demostrar que no se le ha secado.

Parientes y vecinos se aburren. Solo algún extraño levanta aún los brazos al cielo cuando se entera:

—¡Exageran! Nadie puede escapar a lo que exige la naturaleza.

Se consulta al médico, y declara que el caso le parece rarísimo, pero que, al final, no hay nada imposible.

Y Pelo de Zanahoria, sorprendido, cuando temía que iba a sufrir, reconoce que con mediana testarudez se puede conseguir lo que quiera. Creyó que se imponía una privación dolorosa, poner una pica en Flandes, y ni siquiera siente

incomodidad. ¡Así pudiera vencer al hambre como a la sed! Ayunaría, se alimentaría de aire.

Ya ni se acuerda del vaso de metal. Durante mucho tiempo está haciendo nada. Luego, a Honorina, la criada, se le ocurre llenarlo de trípoli rojo para darle brillo a las palmadas.

LA MIGA DE PAN

CUANDO EL SEÑOR LEPIC ESTÁ DE BUEN HUMOR, no le importa entretener él mismo a sus hijos. Les cuenta historias divertidas por las calles del jardín, y suele suceder que Félix, el hermano mayor, y Pelo de Zanahoria se revuelcan por el suelo de tanto reír. Esta mañana ya no pueden más. Pero Ernestina, la hermana, viene a decirles que el almuerzo está en la mesa y se calman de inmediato. En cuanto se reúne la familia, las caras se enfurruñan.

Almuerzan como de costumbre, de prisa y sin tomar aliento, y nada impediría que otros ocuparan la mesa si la hubieran pedido, cuando la señora Lepic dice: “¿Quieres darme una miga de pan, si no te molesta, para untarle la compota?”.

¿A quién se dirige?

Lo más frecuente es que la señora Lepic se sirva sola y no le dirija la palabra más que al perro. Le da detalles acerca del precio de las legumbres y le explica lo difícil que es, con los tiempos que corren, dar de comer, con poco dinero, a

seis personas y un animal. “No”, le dice a Píramo, que gruñe amistosamente y golpea el ruedo con la cola, “tú no sabes lo que cuesta mantener esta casa. Imagínate, lo mismo que los hombres, que a una cocinera se lo dan todo porque sí. Lo mismo te da que suba la manteca y que el precio de los huevos se ponga por las nubes”.

Pero esta vez, la señora Lepic ha promovido un acontecimiento. Por excepción, se dirige al señor Lepic sin rodeos. A él es a quien le pide una miga de pan para untarle la compota. Nadie pudiera dudarlo. Primero, porque ella lo mira, luego, porque el señor Lepic tiene el pan a su alcance. Vacila un momento, asombrado; después, con las puntas de los dedos coge del fondo del plato una miga de pan y, serio, sombrío, se la tira a la señora Lepic.

¿Comedia? ¿Drama? ¿Quién sabe!

Sintiendo la humillación de su madre, Ernestina, la hermana, no sabe lo que le pasa.

“¡Bueno está hoy papá!”, dice Félix, el hermano mayor, galopando sin freno sobre los palos de la silla.

Entretanto, Pelo de Zanahoria, hermético, con los labios manchados, zumbándole los oídos, los cachetes llenos de patata cocida, se contiene, pero va a saltar si la señora Lepic no se levanta enseguida de la mesa, porque en las narices de sus hijos y de su hija la tratan como a lo peor de lo peor...



LA TROMPETA

ESTA MAÑANA, EL SEÑOR LEPIC ACABA DE LLEGAR de París. Abre el baúl y de él salen regalos para Félix, el hermano mayor, y para Ernestina, la hermana; buenos regalos, con los cuales precisamente (¡miren qué coincidencia!) estuvieron soñando toda la noche. Luego el señor Lepic, con ambas manos a la espalda, mira con malicia a Pelo de Zanahoria, y le dice:

—Y tú, ¿qué es lo que prefieres? ¿Una trompeta o una pistola?

A decir verdad, peca más Pelo de Zanahoria por prudente que por temerario. Preferiría la trompeta, porque no se le dispara a uno en la mano, pero siempre oyó decir que un muchacho como él no puede jugar en serio más que con armas, con sables, con máquinas de guerra. Ya llegó a la edad de oler a pólvora y exterminar objetos. Su padre conoce a sus hijos: seguro habrá traído lo más indicado.

—Prefiero la pistola —dice con timidez, seguro de que adivina.

Y hasta se pasa un poco de la raya, añadiendo:

—No vale la pena de tenerla escondida: la estoy viendo.

—¡Ah! —dice el señor Lepic, cortado—. ¿Prefieres la pistola? ¿Cambiasde gustos?

Enseguida, Pelo de Zanahoria vuelve a decir:

—No, papá, fue una broma. No me pongas cuidado; detesto las pistolas. Dame enseguida mi trompeta, para que veas cómo me gusta soplar.

—Entonces, ¿por qué mientes? —dice la señora Lepic—. Para causarle pena a tu padre, ¿verdad? Cuando a uno le gustan las trompetas, no dice que le gustan las pistolas y, sobre todo, no dice uno que ve pistolas cuando no ve nada. De modo que, para que aprendas, ni pistola ni trompeta tendrás. Mírala bien: tres borlas pegadas tiene y una bandera con franja de oro. Ya la has visto bastante. Ahora vete a la cocina, que ya voy para allá. ¡Ahueca, trota y chúpate el dedo!

En lo más alto del armario, sobre una pila de ropa blanca, arrollada en sus tres borlas pegadas y en su bandera con franja de oro, la trompeta de Pelo de Zanahoria espera quien vaya a soplar en ella, inexpugnable, invisible, muda como la del juicio final.

EL MECHÓN

LOS DOMINGOS, LA SEÑORA LEPIC EXIGE QUE sus hijos vayan a misa. Los pone guapos, y Ernestina, la hermana, se encarga de dirigir el peinado de ellos, retrasando el suyo. Escoge las corbatas, lima las uñas, distribuye los libros de misa y le da el más gordo a Pelo de Zanahoria. Pero, sobre todo, unta de pomada a sus hermanos.

Lo hace con verdadero furor.

Si Pelo de Zanahoria, pasivo, se deja, Félix, el hermano mayor, le advierte a su hermana que se enfadará si sigue, y ella lo engaña:

—Esta vez —dice— me he dejado llevar, y no lo he hecho a propósito, pero te juro que desde el domingo que viene ya no te la pongo.

Y siempre se las arregla para ponerle un pegote de un dedo de espesor.

—¡Aquí va a pasar algo! —dice Félix, el hermano mayor.

Esta mañana, envuelto en su toalla, baja la cabeza, mientras Ernestina, la hermana, finge, como siempre, que no se da cuenta de nada.

—Mira —le dice ella—, te voy a hacer caso, no refunfuñes; mira el tarro en la chimenea, tapado. ¿Soy o no soy amable? Pero eso no tiene mérito. A Pelo de Zanahoria habría que ponerle cemento, pero a ti..., tú no necesitas pomada. El pelo se te riza solo. Tienes la cabeza como una coliflor, y lo que es esta raya no se te quita hasta la noche.

—¡Gracias! —dice Félix, el hermano mayor.

Se para sin desconfianza. Ni siquiera se asegura, como de costumbre, pasándose la mano por el pelo.

Ernestina, la hermana, termina de acicalarlo: lo emperifolla y le pone unos guantes blancos de filadiz.

—¿Ya está? —pregunta Félix, el hermano mayor.

—Reluciente como un príncipe —dice Ernestina, la hermana—. Solo te falta el gorro. Ve a buscarlo al armario.

Pero Félix, el hermano mayor, se equivoca. Pasa por delante del armario, corre al aparador, lo abre, echa mano a una botella llena de agua, y se la vacía sobre la cabeza con tranquilidad.

—Ya te lo advertí, hermana —dice—. No me gusta que nadie se burle de mí. Eres aún demasiado chica para tomarle el pelo a un veterano. Si lo vuelves a hacer, tu pomada va a parar al río.

Pegado el pelo, chorreando el traje de los días de fiesta, empapado todo, espera a que lo cambien o a que el sol lo seque, lo que prefieran: lo mismo le da.

—¡Qué chico! —dice para sus adentros Pelo de Zanahoria, inmóvil de admiración—. No teme a nadie, y si yo tratara de hacer lo mismo, todos se echarían a reír. Más vale dejarles creer que no detesto la pomada.

Pero mientras que Pelo de Zanahoria se resigna con un corazón acostumbrado, sin que lo sepa, sus cabellos toman venganza por él.

Sometidos a viva fuerza, por algún tiempo, bajo la pomada, se hacen los muertos; luego se desentumecen y, en un empuje invisible, abollan su ligero molde reluciente, lo resquebrajan, lo revientan.

Es como el deshielo de un rastrojo.

Y a poco, el primer mechón se empina en el aire, derecho, libre.



EL BAÑO

COMO YA VAN A DAR LAS CUATRO, PELO DE ZANAHORIA, febril, despierta al señor Lepic y a Félix, el hermano mayor, que duermen a la sombra de los avellanos del jardín.

PELO DE ZANAHORIA

¿Nos vamos?

FÉLIX

Vamos. ¿Llevas los taparrabos?

EL SEÑOR LEPIC

Aún debe estar haciendo demasiado calor.

FÉLIX

A mí, cuando hay sol, me gusta más.

PELO DE ZANAHORIA

Y tú, papá, estarás mejor a la orilla del agua que aquí. Te podrás tender en la hierba.

EL SEÑOR LEPIC

Vayan adelante, y despacito, no sea que se insolén.

Pero Pelo de Zanahoria acorta poco el paso y siente el hormigueo en los pies. Lleva al hombro su taparrabo serio, sin dibujo, y el taparrabo rojo y azul de Félix, el hermano mayor. Animado, charla, canturrea entre dientes y da saltos por encima de las matas. Nada en el aire y le dice a Félix, el hermano mayor:

—¿Verdad que va a estar bien? ¡Y que no vamos a apresurarnos hoy!

—¡Sí que eres valiente! —responde Félix, el hermano mayor, desdeñoso y seguro.

En efecto, Pelo de Zanahoria se calma de repente.

Acaba de saltar, antes que todos y con rapidez, un muro bajo de pedruscos, y el río, que aparece de pronto, corre delante de él. Ya no es cosa de risa.

Unos reflejos glaciales espejean en el agua encantada.

Chapotea como si rechinara los dientes y despidе un olor soso.

Trata de meterse en el agua, de estarse allí dentro y de hacer algo mientras el señor Lepic va contando en su reloj los minutos reglamentarios. Pelo de Zanahoria se estremece. El valor, que incitaba para que le durase más, también hoy

le falla en el momento oportuno, y el aspecto del agua, que de lejos lo atraía, ahora lo llena de angustia.

Pelo de Zanahoria empieza a desnudarse un poco apartado. No es su delgadez y sus pies lo que quiere ocultar, como temblar solo, sin que le dé vergüenza.

Va quitándose prenda por prenda la ropa y doblándola cuidadosamente sobre la hierba. Se le enredan las cintas de los zapatos y no acaba nunca de desenredarlas.

Se pone el taparrabo, se quita la camisa corta y, como está tan sudoroso como el caramelo largo que se rezuma en su ceñidor de papel, espera un ratito.

Ya Félix, el hermano mayor, se ha posesionado del río y lo saquea como si fuese suyo. Le da manotones, lo muele a patadas, hace saltar espuma y, terrible, en medio del agua, va echando hacia la orilla el rebaño de olas coléricas.

—¿No te decides, Pelo de Zanahoria? —pregunta el señor Lepic.

—Me estaba secando —dice Pelo de Zanahoria.

Al cabo se decide: se sienta en el suelo, tantea el agua con el dedo gordo del pie, aplastado por las botas tan estrechas. Se frota al mismo tiempo el estómago, aludiendo que tal vez aún no ha acabado de digerir. Y luego se deja resbalar a lo largo de las raíces.

Le arañan las pantorrillas, los muslos, las nalgas. Cuando el agua le llega a la barriga, está a punto de salirse y escapar. Le parece que una cuerda mojada se le va enrollando poco a poco en el cuerpo, como si él fuese un trompo. Pero el terrón en que se apoya cede, y Pelo de Zanahoria se cae, desaparece, manotea y vuelve a salir tosiendo, escupiendo, sofocado, ciego, aturdido.

—¡Buen chapuzón, hijo! —le dice el señor Lepic.

—¡Cierto! —exclama Zanahoria—. Aunque eso no me gusta mucho que digamos. Se me mete el agua en los oídos y después tengo dolor de cabeza.

Busca un sitio en que pueda aprender a nadar, es decir, a menear los brazos, andando de rodillas por la arena.

—Te das demasiada prisa —le dice el señor Lepic—. No agites esos puños apretados como si fueras a arrancarte los pelos. Mueve las piernas, que están sin hacer nada.

—Más difícil es nadar sin ayuda de las piernas —dice Pelo de Zanahoria.

Pero Félix, el hermano mayor, no lo deja practicar y lo molesta sin cesar:

—Ven aquí, Pelo de Zanahoria, que es más profundo. Yo no puedo apoyarme, me hundo. Mírame. Espera. ¿Me estás viendo? Pues, atención, que ya no me ves. ¡No te muevas! ¿A que llego hasta donde estás en diez brazadas?

—Yo las cuento —dice Pelo de Zanahoria, tiritando, con los hombros fuera del agua, inmóvil como un verdadero poste.

Otra vez se agacha para nadar. Pero Félix, el hermano mayor, se le encarama por la espalda, se tira de cabeza y le dice:

—Ahora tú, si quieres, hazte encima de mí.

—¡Déjame nadar con tranquilidad! —dice Pelo de Zanahoria.

—¡Bueno —grita el señor Lepic—, afuera! Vengan a tomar una gota de ron cada uno.

—¿Ya? —dice Pelo de Zanahoria.

En aquel momento ya no quisiera salir. No ha sacado bastante provecho del baño. El agua, cuando hay que salirse, deja de darle miedo. Hace un momento, de plomo, ahora de pluma; se resiste con una especie de valor heroico, desafiando el peligro, dispuesto a jugarse la vida por salvar a alguien; hasta desaparece bajo el agua por su propia voluntad, para saborear la angustia de los que se ahogan.

—¡Date prisa —exclama el señor Lepic— o tu hermano Félix se bebe todo el ron!

Aunque a Pelo de Zanahoria no le gusta el ron, dice:

—A nadie le dejo mi parte.

Y se la echa al colete como un veterano.

EL SEÑOR LEPIC

No te has lavado bien, tienes todavía mugre en los tobillos.

PELO DE ZANAHORIA

Es tierra, papá.

EL SEÑOR LEPIC

No, es mugre.

PELO DE ZANAHORIA

¿Quieres que me meta otra vez, papá?

EL SEÑOR LEPIC

Mañana te la quitas, ya volveremos.

PELO DE ZANAHORIA

¡Qué bueno! ¡Con tal de que haga buen día...!

Va secándose con la punta del dedo en los rincones enjutos que Félix, su hermano mayor, no llegó a mojar de la toalla, y pesada la cabeza, desollado el cuello, se ríe a carcajadas de la gracia con que su hermano y el señor Lepic bromean a propósito de los dedos amorcillados de sus pies.

HONORINA

LA SEÑORA LEPIC

Pues, ¿qué edad tiene usted, Honorina?

HONORINA

Sesenta y siete hice por los santos, señora Lepic.

LA SEÑORA LEPIC

Ya es usted vieja, ¡pobrecita!

HONORINA

Eso no es nada cuando una puede trabajar. Nunca estuve enferma. Creo que ni los caballos no son tan duros como yo.

LA SEÑORA LEPIC

¿Quiere usted que le diga una cosa, Honorina? Usted se va a morir de repente. Una noche, al volver del río, sentirá usted que el canasto le pesa más, que le cuesta más



trabajo empujar la carretilla que las demás noches; se caerá entre las varas, de bruces sobre la ropa húmeda, y se acabó. Cuando vayan a levantarla, muerta.

HONORINA

Me hace usted reír, señora Lepic. No tema, mis piernas y brazos todavía están firmes.

LA SEÑORA LEPIC

Está usted un poco encorvada, es cierto. Pero cuando la espalda se arquea, no tiene una tanta fatiga en los riñones al lavar. ¡Lástima que vaya perdiendo la vista! ¡No me diga que no, Honorina! Lo vengo notando hace algún tiempo.

HONORINA

¡Ja! Tan claro veo como cuando me casé.

LA SEÑORA LEPIC

¡A ver! Abra la alacena y deme un plato, uno cualquiera. Si seca usted la vajilla como es debido, ¿por qué está empañada?

HONORINA

Hay humedad en la alacena.

LA SEÑORA LEPIC

¿Y hay también en la alacena dedos que se pasean por los platos? Mire este manchón.

HONORINA

¿Cuál, señora? Haga el favor de decírmelo, que yo no lo veo.

LA SEÑORA LEPIC

Eso es lo que le echo en cara, Honorina. Óigame. No digo que se entregue, porque no tendría razón: en todo el país no conozco mujer que la iguale en cuanto a energía; solo que va usted haciéndose vieja. También yo me hago vieja, todos nos hacemos viejos, y pasa que la buena voluntad no es suficiente. Apostaría a que de vez en cuando siente usted una tela sobre los ojos. Y por mucho que se los frote, allí sigue.

HONORINA

Pues los abro bien y veo menos turbio que si tuviese la cabeza metida en un balde de agua.

LA SEÑORA LEPIC

Sí, sí, Honorina, créame. Ayer mismo dio usted al señor Lepic un vaso que estaba sucio. Yo no dije nada, para no

disgustarla armando pelea. El señor Lepic tampoco dijo nada. Nunca dice nada, pero nada se le escapa. Pasa por indiferente. ¡Qué error! Observa y todo se le queda grabado detrás de la frente. No hizo más que apartar con el dedo su vaso y tuvo el valor de almorzar sin tomar nada. Yo estuve padeciendo por usted y por él.

HONORINA

¡Al diablo con el señor Lepic! ¡Darle cumplidos a su criada! Solo tenía que hablar, y yo le hubiera cambiado el vaso.

LA SEÑORA LEPIC

Es posible, Honorina, pero otras más listas que usted no logran hacer hablar al señor Lepic cuando está decidido a callarse. Yo misma he renunciado a ello. Además, la cuestión no es esa. Le explico: usted tiene cada día la vista más débil. Si el mal no es grande cuando se trata de un trabajo grueso, como la colada, ya no le conviene hacer los trabajos finos. Aunque se aumenten los gastos, de buena gana buscaría alguien que la ayudase.

HONORINA

Yo no me llevaría bien con otra mujer que se me pusiera por delante, señora Lepic.

LA SEÑORA LEPIC

Eso iba yo a decir. De modo que... Con franqueza, ¿qué me aconseja usted?

HONORINA

Todo seguirá bien así hasta que me muera.

LA SEÑORA LEPIC

¡Morirse! ¿Piensa usted en esas cosas, Honorina? ¡Si es capaz de enterrarnos a todos, y así se lo deseo...! ¿Cree usted que yo voy a esperar a que se muera?

HONORINA

Pero ¿no tendrá usted intención de despedirme porque haya pasado mal un trapo? Y, además, no me voy de su casa hasta que usted me ponga de patitas en la calle. Porque una vez fuera, solo me quedará reventar.

LA SEÑORA LEPIC

¿Quién habla, de despedirla, Honorina? Ya se le subió la sangre a la cabeza. Estamos hablando las dos como buenas amigas, y de pronto se me enfada y dice unas tontearías más grandes que un templo.

HONORINA

¡Hombre! ¿Y qué seguridad tengo yo...?

LA SEÑORA LEPIC

¿Y yo? Usted no va perdiendo la vista por culpa suya, ni por culpa mía tampoco. Espero que el médico la cure. Eso suele curarse. Entretanto, ¿cuál de las dos está más molesta? Usted ni siquiera sospecha que los ojos se le van echando a perder y la casa es la que paga. Se lo advierto por caridad, para evitar accidentes y, además, porque me parece que algún derecho tengo a hacer una observación con dulzura.

HONORINA

Todas las que usted quiera. Con toda confianza, señora Lepic. Por un momento me vi en la calle, pero usted me tranquiliza. Yo, por mi parte, cuidaré de mis platos. Se lo prometo.

LA SEÑORA LEPIC

¿Qué otra cosa pido yo? Soy más buena de lo que dicen, Honorina, y no he de privarme de su servicio, a no ser que usted me obligue absolutamente a ello.

HONORINA

En ese caso, señora Lepic, ni una palabra más. Por ahora me creo útil y si usted me echa, gritaría que fue una injusticia. Pero el día que me dé cuenta de que soy una carga y de que ni siquiera sé ya poner a calentar una caldera de agua al fuego, me iré enseguidita, yo sola, sin necesidad de que me empujen.

LA SEÑORA LEPIC

Y sin olvidar, Honorina, que siempre quedará para usted un poco de sopa en esta casa.

HONORINA

No, señora Lepic, sopa no; solo pan. Desde que la tía Maïtte no come más que pan, dice que no se muere.

LA SEÑORA LEPIC

¿Y sabe usted que tiene al menos cien años? ¿Y sabe usted otra cosa, Honorina? Los pobres de pedir limosna son más felices que nosotros, ya le digo.

HONORINA

Ya que usted lo dice, lo mismo digo yo, señora Lepic.

LA CALDERA

RARAS SON PARA PELO DE ZANAHORIA LAS OCA-
siones en que puede mostrarse útil a su familia. Metido en
un rincón, las espera con ansia. Puede escuchar, sin prejuicio,
y, llegado el momento, salir de la sombra, y como persona
reflexiva, la única que conserva toda su serenidad entre
gentes perturbadas por las pasiones, tomar en sus manos
la dirección de las cosas.

Adivina, pues, que la señora Lepic necesita un auxi-
liar inteligente y seguro. No lo ha de confesar, por cierto:
tan orgullosa es. Llegarán a un acuerdo tácito y Pelo de
Zanahoria actuará sin que nadie lo incite, sin esperanza
de recompensa.

Se decide.

Desde por la mañana hasta por la noche, una caldera
cuelga de las llares en la chimenea. En invierno se calienta
allí mucha agua, se llena y se vacía a menudo, y hierve sobre
un fuego abundante.

En verano solo se emplea su agua, después de cada comida, para fregar, y el resto del tiempo hierve sin utilidad, con un leve silbido incesante, mientras debajo de su agrietado vientre humean dos leños casi apagados.

A veces Honorina no oye el silbido. Se inclina y pone atención.

—¡Se evaporó toda! —dice.

Vierte un balde de agua en la caldera, junta los leños y remueve la ceniza. Pronto vuelve a empezar el suave canturreo, y Honorina, tranquilizada, va a ocuparse de otra cosa.

Si le dijeran “Honorina, ¿por qué pone usted a calentar agua que ya no le sirve? Descuelgue la caldera, apague el fuego. Echa la leña a arder como si no valiera, habiendo tantos pobres que se hielan en cuanto empieza el frío. ¡Y eso que usted es una mujer ahorradora!”, ella sacudiría la cabeza.

Siempre ha visto una caldera colgada al extremo de las llaves.

Siempre ha oído hervir el agua, y luego de que la caldera se vacía, llueva, haga viento o caiga el sol, vuelve a llenarla.

Y ya ni siquiera necesita tocar la caldera ni mirarla: se la sabe de memoria. Le basta escuchar, y si la caldera se calla, echa un balde de agua como si enhebrara una perla, con tal costumbre, que hasta ahora nunca ha errado un golpe.

Pero hoy lo yerra por primera vez.

Toda el agua va a caer en el fuego y una nube de ceniza, como un animal a quien molestan y se incomoda, salta sobre Honorina, envolviéndola, ahogándola, quemándola.

Lanza un grito, estornuda y escupe, echándose para atrás.
—¡Porra! —dice—. ¡Creí que el diablo salía de las entrañas de la Tierra!

Pegados y lastimados los ojos, tantea con sus manos ennegrecidas la oscuridad de la chimenea.

—¡Ah!, ¡ya entiendo! —dice estupefacta—. La caldera no está... No, lo juro —dice—, no lo entiendo. La caldera estaba ahí hace un momento. Estoy segura, porque silbaba como un flautín.

Han debido de quitarla mientras Honorina estaba vuelta de espaldas, sacudiendo por la ventana un delantal lleno de mondaduras.

Pero ¿quién?

La señora Lepic, severa y tranquila, aparece sobre el ruedo de paja de la alcoba.

LA SEÑORA LEPIC

¿Qué ruido es ese, Honorina?

HONORINA

¡Ruido, ruido! ¡Bien quedé para estar haciendo ruido! Por poco y me abraso. Míreme los zuecos, la falda, las manos. Tengo salpicada de barro toda la chambra y pedacitos de carbón en los bolsillos.

LA SEÑORA LEPIC

Ya veo ese pantano que rebosa de la chimenea, Honorina. ¡Limpio va a quedar todo!

HONORINA

Porque me han quitado la caldera sin avisarme. ¿La habrá cogido usted, por casualidad?

LA SEÑORA LEPIC

Esa caldera es aquí de todos, Honorina. ¿Será necesario que yo o el señor Lepic o mis hijos tengamos que pedirle a usted permiso para usarla?

HONORINA

¡Digo tonterías, de lo irritada que estoy!

LA SEÑORA LEPIC

¿Contra nosotros o contra usted, mi buena Honorina?
¿O contra quién? No soy curiosa, pero me gustaría saberlo. Me deja usted desconcertada. Con el pretexto de que desapareció la caldera, me echa usted sin más ni más un baldado de agua al fuego y, testaruda, sin confesar su torpeza, la coge contra los demás, hasta contra mí. ¡Es mucho descaro, en verdad!

HONORINA

¿Sabes tú dónde está mi caldera, Pelito de Zanahoria mío?

LA SEÑORA LEPIC

¿Qué ha de saber él, una criatura irresponsable? Deje ya la caldera. Más vale que se acuerde de lo que ayer me dijo: “El día que yo me dé cuenta de que ni siquiera puedo poner a calentar el agua, me iré yo sola, sin necesidad de que me echen”. La verdad, yo sabía que usted tenía los ojos malos, pero no creí que su estado fuese tan desesperado. No digo más, Honorina, póngase en mi lugar. Ya está al tanto, como yo misma, de la situación; juzgue y decida. ¡Ah! Y no se cohíba, llore. Motivo tiene.

RETICENCIA

“¡MAMÁ! ¡HONORINA!”.

Pero ¿qué más quiere Pelo de Zanahoria? Todo lo va a echar a perder. Por fortuna, ante la mirada fría de la señora Lepic, se para en seco.

¿Para qué decirle a Honorina: “Honorina, fui yo”? Nada puede salvar a la vieja. Ya no ve, ya no ve. Tanto peor. Tenía que suceder, más tarde que temprano. Su confesión no serviría sino para aumentarle el sufrimiento. Que se vaya y que, sin sospechar de Pelo de Zanahoria, se imagine herida por el inevitable golpe de la suerte.

Y ¿para qué decir a la señora Lepic: “Mamá, fui yo”? ¿Para qué presumir una acción meritoria, mendigar una sonrisa de honor? Además de que correría cierto peligro, porque bien sabe que la señora Lepic es capaz de desmentirlo en público. Que se ocupe, pues, de sus cosas o, mejor, haga como si ayudara a su madre y a Honorina a buscar la caldera.

Y en un momento en que se unen los tres para encontrarla, él es quien da muestras de más interés. La señora Lepic, perdido el interés, es la primera que renuncia; Honorina se resigna y se aleja hablando entre dientes y, pronto, Pelo de Zanahoria, que ha estado a poco de perderse por los escrúpulos, vuelve a entrar en sí mismo como en una vaina, como un instrumento de justicia que ya no es necesario.

ÁGUEDA

A HONORINA LA REEMPLAZA ÁGUEDA, SU NIETA.

Con curiosidad observa Pelo de Zanahoria a la recién llegada, que por unos días apartará la atención de los Lepic sobre él, atrayéndola sobre ella.

—Águeda —dice la señora Lepic—, siempre se llama antes de entrar, lo cual no quiere decir que hundas las puertas a puñetazos de caballería.

—Ya empezamos —dice para sus adentros Pelo de Zanahoria—, pero en el almuerzo será ella.

Comen en la cocina grande. Águeda, con una servilleta en el brazo, está pronta a correr de la hornilla a la alacena, de la alacena a la mesa, porque no sabe andar despacio; prefiere jadear, con las mejillas enrojecidas.

Y habla demasiado de prisa, se ríe demasiado fuerte, tiene demasiados deseos de hacer las cosas bien.

El señor Lepic se sienta antes que todos, desdobra su servilleta, empuja el plato hacia el recipiente que ve delante

de sí, se pone carne, salsa, y tira del plato. Se echa de beber y, encorvando la espalda, bajos los ojos, se alimenta con sobriedad, hoy lo mismo que los demás días, indiferente.

Cuando quitan el recipiente, se reclina en la silla y mueve los muslos.

La señora Lepic sirve el plato a los niños: primero a Félix, el hermano mayor, porque el estómago se lo pide a gritos; después a Ernestina, la hermana, porque es la primera, y por último a Pelo de Zanahoria, que está en una punta de la mesa.

Nunca pide más, como si le estuviera formalmente prohibido. Con su ración debe bastarle. Si se lo ofrecen, acepta, y, sin beber, se atiborra de arroz, que no le gusta, para halagar a la señora Lepic, único ser de la familia que lo quiere mucho.

Más independientes, Félix, el hermano mayor, y Ernestina, la hermana, piden ración doble, empujando, según el método del señor Lepic, su plato hacia donde está la fuente.

Pero nadie habla. “¿Qué les pasa?”, se pregunta Águeda.

No les pasa nada. Son así, y se acabó.

Ella no puede reprimir los bostezos, ya delante de uno, ya delante de otro.

El señor Lepic come despacio, como si mascara vidrio molido.

La señora Lepic, que suele ser más habladora que una urraca de comida a comida, en la mesa se da a entender con gestos y con movimientos de cabeza.

Ernestina, la hermana, levanta los ojos al techo.

Félix, el hermano mayor, modela una miga de pan y Pelo de Zanahoria, que está sin vaso, no se preocupa más que de limpiar su plato, no excesivamente pronto, por glotonería, ni excesivamente tarde, por golosina. Para ello se entrega a los cálculos más complicados.

De pronto, el señor Lepic va a llenar de agua una botella. “Hubiera ido yo”, dice Águeda.

O, mejor, no lo dice, sino que tan solo lo piensa. Atacada ya del mal común, torpe la lengua, no se atreve a hablar, pero como cree haber cometido una falta, redobla el cuidado.

Al señor Lepic casi no le queda pan. Águeda ya no permite que se le adelanten. Lo vigila hasta el punto de olvidarse de los demás, y de que la señora Lepic, con un seco “Águeda, ¿vas a hacer una siesta?”, le llame la atención. “Su servidora, señora”, responde Águeda.

Y se multiplica, sin quitarle los ojos de encima al señor Lepic. Se propone conquistarlo con sus detalles, y va a tratar de destacarse.

Ya es tiempo.

Como el señor Lepic está mascando el último bocado de pan, se precipita a la alacena y saca una rosca de cinco libras, sin empezar, para ofrecérsela, feliz por haber adivinado los deseos de su señorito.

Pero el señor Lepic dobla su servilleta, se levanta de la mesa, se pone el sombrero y se va al jardín a fumar un cigarrillo.

En cuanto acaba de almorzar, no vuelve a probar bocado.

Águeda, clavada, estúpida, con la rosca que pesa cinco libras apoyada en el vientre, parece un anuncio de cera de una fábrica de aparatos de salvamento.

EL PROGRAMA

—¡SE QUEDÓ DE UNA SOLA PIEZA! —DICE Pelo de Zanahoria en cuanto Águeda y él quedan solos en la cocina—. No se desanime, peores cosas verá. Pero ¿adónde va con esas botellas?

—A la cueva, señorito Pelo de Zanahoria.

PELO DE ZANAHORIA

Dispense, a la cueva quien va soy yo. Desde el día en que pude bajar por la escalera, tan mala que las mujeres se escurren y están a punto de romperse la cabeza, yo soy el hombre de confianza. Sé distinguir el lacre rojo del lacre azul.

Vendo los barriles viejos y lo que saco es para mí, lo mismo que los pellejos de liebre, y el dinero se lo doy a mamá.

Pongámonos de acuerdo, si le parece bien, para que el uno no moleste al otro en su servicio.

Por la mañana yo le abro al perro y le doy de comer su sopa. Por la noche le silbo para que venga a acostarse. Cuando se entretiene en la calle, la espero.

Además, mamá me ha prometido que iré siempre a cerrar la puerta de las gallinas.

Arranco hierbas que hay que conocer, sacudo su tierra con el pie para volver a tapar el hoyo que dejan, y se las reporto a los animales.

Para hacer ejercicio, ayudo a mi padre a serrar madera.

Remato la caza que trae viva, y usted y Ernestina, mi hermana, la despluman.

Yo abro el vientre a los pescados y los vacío, y hago estallar sus vejigas con el tacón.

Claro está que usted les quita las escamas y saca los baldados de agua del pozo.

Yo ayudo a devanar las madejas de hilo.

Yo muelo el café.

Cuando el señor Lepic se quita las botas sucias, yo soy quien las saca al pasillo, pero mi hermana Ernestina no cede a nadie el derecho de llevarle las zapatillas que ella le bordó.

Yo me encargo de los mandados importantes, de las correrías largas, de ir a la botica o a la casa del médico.

Por su parte, usted va por el pueblo a traer el menudeo.





Pero tendrá usted que lavar dos o tres horas diarias en el río, haga el clima que haga. Eso será lo más duro de su trabajo, ¡pobrecita!, pero yo no puedo evitarlo. Sin embargo, ya trataré alguna vez, si tengo tiempo, de echarle una mano cuando tienda la ropa en el seto.

Ahora que me acuerdo, un consejo. No tienda nunca la ropa en los árboles frutales, porque el señor Lepic, de un papirotazo, la tiraría al suelo, sin decir nada, y la señora Lepic, por una mancha, se la haría lavar de nuevo.

Le recomiendo el calzado. Ponga mucha grasa en las botas de caza, y muy poco betún en los zapatos, porque se queman.

No se encarnice con los pantalones llenos de lodo. El señor Lepic afirma que el barro los conserva. Anda por la tierra labrada sin remangarse los pantalones. A mí me gusta más recogerme los míos cuando el señor Lepic me lleva y me da el morral.

—Pelo de Zanahoria —me dice—, nunca serás un cazador serio.

Y la señora Lepic agrega:

—¡Como te ensucies, me respondes con las orejas!

Es cuestión de gustos.

En fin, no será usted muy digna de lástima. Mientras yo esté en vacaciones, nos repartiremos el trabajo, y cuando

mi hermana, mi hermano y yo volvamos al colegio, no tendrá tanto. El resultado viene a ser igual.

Además, nadie le parecerá malo del todo. Pregúnteles a nuestros amigos: todos le jurarán que mi hermana Ernestina es de una dulzura angelical, que mi hermano Félix tiene un corazón de oro, el señor Lepic un espíritu recto, un criterio firme, y la señora Lepic un raro talento de cocinera. Tal vez encuentre en mí el carácter más difícil de la familia. No soy peor que los demás, en el fondo. Basta con saber cogerme el tiro. Por lo demás, me hago reflexiones, me corrijo; sin falsa modestia, voy mejorando, y si pone usted algo de su parte, llegaremos a vivir en armonía.

No, no vuelva a llamarme señorito. Llámeme Pelo de Zanahoria, como todo el mundo. Es más breve que “señor Lepic, hijo”. Solo le ruego que no me tutee, como hacía su abuela Honorina, a quien yo detestaba, porque no hacía más que humillarme.

EL CIEGO

CON LA PUNTA DEL BASTÓN LLAMA DISCRETAMENTE a la puerta.

—¿Qué querrá hoy ese? —dice la señora Lepic.

—¿No sabes? Quiere sus dos reales, es su día. Déjalo entrar —le responde el señor Lepic.

La señora Lepic, malhumorada, abre la puerta y tira del ciego por un brazo, bruscamente, del frío que hace.

—¡Buenos días a todos los presentes! —dice el ciego.

Entra. Su bastón corre a pasos breves por las losas, como si persiguiera ratones, y tropieza con una silla. Se sienta el ciego y tiende hacia la estufa las manos acongojadas.

El señor Lepic saca una moneda de dos reales y dice:

—Tome.

Ya no vuelve a prestarle atención y sigue leyendo el periódico.

Pelo de Zanahoria está divirtiéndose. En cuclillas junto a un rincón, mira los zapatos del ciego: se derriten y ya alrededor empiezan a dibujarse unos regueros.

La señora Lepic lo advierte.

—Déjeme los zapatos, anciano —le dice.

Los pone bajo la chimenea, pero ya es tarde: han dejado una laguna, y los pies del ciego, al sentir la humedad, se levantan, primero uno, después otro, apartan la nieve embarrada, la extienden más lejos.

Con la uña, Pelo de Zanahoria rasca el suelo y hace señas al agua salada para que corra hacia él, dibujando grietas profundas.

—Si tiene ya sus dos reales —dice la señora Lepic, sin preocuparse de que la oigan—, ¿qué más quiere?

Pero el ciego habla de política, primero con timidez, luego con confianza. Cuando las palabras no acuden, agita el bastón, se quema un puño con el tubo de la chimenea, lo retira rápidamente y, suspicaz, retuerce los ojos, que solo tienen claro el fondo de sus lágrimas inagotables.

A veces el señor Lepic, al volver el periódico, dice:

—Es indudable, tío Tissier, indudable, pero ¿está usted seguro?

—¡Que si estoy seguro! —exclama el ciego—. ¡Pues no faltaba más! ¡Buena es esa historia! Oiga usted, señor Lepic, verá cómo me quedé ciego.

—¡No se va! —dice la señora Lepic.

En efecto, el ciego se encuentra a gusto. Relata su accidente, se estira y se derrite todo él. Tenía hielos en las venas

que se disuelven y circulan. Se podría creer que sus vestiduras y sus miembros sudan aceite. En el suelo, la laguna crece. Llega hasta Pelo de Zanahoria: va a tocarlo.

Y en él termina.

Pronto ha de poder jugar con ella.

Entretanto, la señora Lepic inicia una maniobra hábil. Da empujones al ciego, le suelta algún codazo, le da un pisotón, lo hace retroceder, lo obliga a refugiarse entre el aparador y el armario, donde el calor no llega. El ciego, desconcertado, tantea, gesticula y sus dedos trepan como bichos. Deshollina su oscuridad. Otra vez se forman los témpanos, vuelve a congelarse.

Y el ciego termina su relato con voz llorona: “Sí, amigos míos, se acabó; ya, ni ojos ni nada: negrura de horno”.

Se le escapa el bastón. Eso esperaba la señora Lepic. Se precipita, recoge el bastón y se lo entrega al ciego sin soltarlo.

Él cree que lo tiene, y no lo tiene.

Valiéndose de hábiles engaños, lo hace cambiar de sitio de nuevo, le devuelve los zapatos y lo guía en dirección a la puerta.

Luego le da un ligero pellizco para vengarse un poco; lo empuja hacia la calle, bajo el edredón del cielo gris, que se vacía de toda su nieve, contra el viento, que gruñe lo mismo que un perro a quien dejaron por fuera.

Y antes de volver a cerrar, la señora Lepic le grita al ciego, como si fuera sordo: “¡Nos veremos después! No pierda los

dos reales. Hasta el domingo que viene, si el tiempo mejora y es usted todavía de este mundo. Sí que estaba usted en lo firme, tío Tissier: nunca sabe uno quién vive ni quién se muere. ¡Cada cual con sus penas, y Dios con todos!”



EL DÍA DE AÑO NUEVO

NIEVA. PARA QUE EL DÍA DE AÑO NUEVO SALGA BIEN, es preciso que nieve.

La señora Lepic ha dejado prudentemente corrido el cerrojo de la puerta del patio. Ya unos chicuelos sacuden el picaporte; llaman, discretos al principio, después hostiles, a patadas, y, cansados de esperar, se alejan bruscamente, sin quitar los ojos de la ventanilla por donde la señora Lepic los espía. El ruido de sus pasos se ahoga en la nieve.

Pelo de Zanahoria salta de la cama y va a lavarse, sin jabón, a la pila del jardín. Está helada. Tiene que romper el hielo, y ese ejercicio previo derrama por su cuerpo un calor más sano que el de la estufa. Pero hace como si se mojase la cara, y ya que siempre le encuentran sucio, hasta cuando se refriega a conciencia, solo quita lo de más bulto.

Listo y a punto para la ceremonia, va a hacerse detrás de Félix, el hermano mayor, situado detrás de Ernestina, la

hermana, que es la primogénita. Los tres entran en la cocina. Los señores Lepic acaban de reunirse allí, como por casualidad.

Ernestina, la hermana, les da un beso y dice:

—¡Buenos días, papá! ¡Buenos días, mamá! Les deseo un feliz año, mucha salud y la gloria celestial después de esta vida.

Félix, el hermano mayor, dice lo mismo, muy de prisa, precipitándose para acabar, y da también sus besos.

Pero Pelo de Zanahoria saca una carta de su gorro. En el sobre, cerrado, se lee: “A mis queridos padres”. Va sin otras marcas. Un pájaro de rara especie, rico en colores, se escapa, de un vuelo, por una esquina.

Pelo de Zanahoria le alarga el sobre a la señora Lepic, que lo abre. Flores lozanas adornan abundantes la hoja y tal es la puntilla que lo rodea, que la pluma de Pelo de Zanahoria se ha metido más de una vez por los agujeros, salpicando la palabra contigo.

EL SEÑOR LEPIC

¿Y nada para mí?

PELO DE ZANAHORIA

Es para los dos; mamá te la deja.

EL SEÑOR LEPIC

¿Entonces quieres más a tu madre que a mí? Pues anda, búscate, a ver si tienes en el bolsillo estos dos realitos nuevos.

PELO DE ZANAHORIA

Ten un poco de paciencia; ya acaba mamá.

LA SEÑORA LEPIC

Tienes estilo, pero tan mala letra, que no acierto a leer.

PELO DE ZANAHORIA

Toma, papá, ahora tú.

Mientras Pelo de Zanahoria, muy tieso, espera la contestación, el señor Lepic lee la carta una vez, dos veces; la examina despacio, según costumbre suya; exclama: “¡Ah!, ¡ah!”, y la deja encima de la mesa.

De nada sirve ya, puesto que ha producido su total efecto. Ya es de todos. Cualquiera puede verla, tocarla. Ernestina, la hermana, y Félix, el hermano mayor, la cogen sucesivamente y buscan faltas de ortografía. Aquí Pelo de Zanahoria ha debido de cambiar de pluma: se lee mejor. Luego se la devuelven.

Él le da una vuelta, y otra, y se sonríe desgarbadamente, como si preguntara: “¿Quién la quiere?”.

Por último, vuelve a guardársela en el gorro.

Reparten los aguinaldos. A Ernestina, la hermana, una muñeca tan alta como ella, más alta, y a Félix, el hermano mayor, una caja de soldados de plomo en actitud de pelear.

LA SEÑORA LEPIC

Te guardo una sorpresa.

PELO DE ZANAHORIA

¡Ah, sí!

LA SEÑORA LEPIC

¿Qué es eso de “¡Ah, sí!”? Ya que lo sabes, es inútil que te lo enseñe.

PELO DE ZANAHORIA

¡Que no vea yo nunca a Dios si lo sé!

Levanta al aire una mano, grave, seguro de sí. La señora Lepic abre el aparador. Pelo de Zanahoria está sin aliento. Mete ella el brazo hasta el hombro y, lenta, misteriosa, saca, envuelta en un papel amarillo, una pipa de caramelo rojo.

Pelo de Zanahoria, sin titubear, irradia alegría.

Ya sabe lo que le toca hacer. Con presteza quiere fumar en presencia de sus padres, ante las miradas envidiosas (¡pero no se puede tener de todo!) de Félix, el hermano mayor, y de Ernestina, la hermana.

Luego, cuando ha lanzado hasta el cielo una enorme bocanada, dice: “Es buena, tira bien”.

IDA Y VUELTA

LOS SEÑORITOS Y LA SEÑORITA LEPIC VIENEN de vacaciones. Al saltar del carruaje, y en cuanto alcanza de lejos a ver a sus padres, Pelo de Zanahoria se pregunta:

—¿Será este el momento de echar a correr hacia donde están?

Vacila:

—Es aún demasiado pronto: me quedaría sin aliento, y no hay que exagerar.

Sigue aplazándolo:

—Echaré a correr cuando llegue allí... ¡No! Cuando llegue allá...

Se hace preguntas:

—¿Cuándo me quito el gorro? ¿A cuál de los dos beso primero?

Pero ya Félix, el hermano mayor, y Ernestina, la hermana, se le han adelantado, y están repartiéndose las caricias familiares. Cuando llega Pelo de Zanahoria, ya no quedan.

—¡Cómo! —dice la señora Lepic—. ¿Todavía llamas “papá” al señor Lepic, a tu edad? Llámale “padre”, y dale un apretón de manos: así hacen los hombres.

Enseguida le da un beso, uno solo, en la frente, para no despertar envidias.

Tan contento está Pelo de Zanahoria de estar en vacaciones que hasta llora. Siempre le ocurre lo mismo: invierte el modo de expresarse.

El día que deben volver al colegio (la reapertura está señalada para el lunes por la mañana; el 2 de octubre se dice la misa del Espíritu Santo), en cuanto oye a lo lejos las campanillas del carruaje, la señora Lepic se lanza sobre sus hijos y los estrecha en un solo apretón. Pelo de Zanahoria no cae ahí dentro. Espera pacienzudo que llegue el momento, tendida ya la mano hacia las correas de la imperial, la despedida preparada, y tan triste, que a pesar suyo canturrea.

—¡Hasta que vuelva, madre! —dice con aires de dignidad.

—¡Qué tal! —exclama la señora Lepic—. ¿Qué te has creído, monigote? Parece que te cuesta trabajo decir “mamá”, como todos. ¡Habrás visto! ¡Un mocoso que es y ya quiere dárselas de persona!

Sin embargo, le da un beso, uno solo, en la frente, para no despertar envidias.

EL MANGO DE LA PLUMA

LA INSTITUCIÓN DE SAN MARCOS, DONDE EL señor Lepic ha puesto a Félix, el hermano mayor, y a Pelo de Zanahoria, está asociada a los cursos del Liceo. Cuatro veces al día, los alumnos se dan el mismo paseo, muy agradable cuando hay buen clima y tan corto cuando llueve, que los muchachos más se refrescan en vez de mojarse, de modo que les resulta higiénico de una punta a otra del año.

Esta mañana, cuando vuelven del Liceo arrastrando los pies, en rebaño, Pelo de Zanahoria, que lleva la cabeza baja, oye que le dicen:

—Mira, Pelo de Zanahoria, allá está tu padre.

Al señor Lepic le gusta dar tales sorpresas a sus chicos. Llega sin escribir, y se le ve de pronto plantado en la acera de enfrente, en la esquina, las manos a la espalda y el cigarrillo en la boca.

Pelo de Zanahoria y Félix, el hermano mayor, rompen filas y corren hacia su padre.

—¡Te lo aseguro! —exclama Pelo de Zanahoria—. Si en alguien pensaba, no era en ti.

—No piensas en mí hasta que me ves —dice el señor Lepic.

Pelo de Zanahoria quería dar alguna respuesta afectuosa, pero tan ocupado está, que no se le ocurre nada. Parándose de puntillas, se esfuerza por besar a su padre. La primera vez le toca la barba con la punta de los labios, pero el señor Lepic, con un movimiento maquinal, levanta la cabeza, como si lo esquivara. Luego se inclina y vuelve a echarse atrás, y Pelo de Zanahoria, que le buscaba la mejilla, yerra el blanco: solo le roza en la nariz. El beso va al vacío. Él trata de explicarse tan extraña acogida.

“¿Será que papá ya no me quiere?”, se pregunta. “Yo vi que le dio un beso a Félix, mi hermano mayor, y no se echaba para atrás, sino que se lo permitía. ¿Por qué me evitará? ¿Querrá darme celos? Por lo regular, pienso en esto: cuando llevo tres meses lejos de mis padres, tengo unas ganas muy grandes de verlos. Me prometo echarme a su cuello como si fuese un perrito. Nos llenaremos de cariños. Pero en cuanto los tengo delante, me dejan helado.

Entregado a sus pensamientos tristes, Pelo de Zanahoria contesta mal a las preguntas del señor Lepic, cuando se informa de qué tal anda el griego.

PELO DE ZANAHORIA

Va como va. La versión anda mejor que el tema, porque en la versión puede uno adivinar.

EL SEÑOR LEPIC

¿Y el alemán?

PELO DE ZANAHORIA

La pronunciación es muy difícil, papá.

EL SEÑOR LEPIC

¡Porra! Y si se declara la guerra, ¿cómo vas a derrotar a los prusianos sin saber su lengua viva?

PELO DE ZANAHORIA

¡Ah! De aquí a allá me las arreglaré yo. Siempre me estás amenazando con la guerra. Definitivamente creo que esperará a que acabe mis estudios para estallar.

EL SEÑOR LEPIC

¿Qué lugar te han dado en la última composición? Espero que no vayas de último.

PELO DE ZANAHORIA

Uno hay aún detrás de mí.

EL SEÑOR LEPIC

¡Porra! ¡Y yo que iba a invitarte a almorzar! ¡Si fuera domingo! Pero entre semana no me gusta distraerlos del estudio.

PELO DE ZANAHORIA

Pues yo no tengo mucho que hacer... ¿Y tú, Félix?

FÉLIX

Precisamente esta mañana se le ha olvidado al profesor darnos el ejercicio escrito.

EL SEÑOR LEPIC

Así estudiarás mejor la lección.

FÉLIX

¡Si ya la sé por adelantado, papá! Es la misma de ayer.

EL SEÑOR LEPIC

A pesar de todo, prefiero que vayan al colegio. Trataré de quedarme hasta el domingo y entonces nos resarciremos.

Ni la mueca de Félix, el hermano mayor, ni el silencio forzado de Pelo de Zanahoria retrasan la despedida, y llega el momento de separarse.

Pelo de Zanahoria lo esperaba con inquietud. “Voy a ver”, se dice, “si tengo más éxito; si a mi padre le disgusta o no que yo lo bese”.

Y resuelto, mirando de frente, alta la boca, se acerca.

Pero el señor Lepic, con mano defensiva, sigue manteniéndole a distancia, y le dice:

EL SEÑOR LEPIC

Vas a sacarme un ojo con ese mango de la pluma que llevas en la oreja. ¿No puedes ponértelo en otro lado cuando vas a besarme? Ten la bondad de observar que yo, por mi parte, me quito el cigarro.

PELO DE ZANAHORIA

¡Ay, papaíto mío, perdóname! Es verdad, el día menos pensado ocurre una desgracia por culpa mía. Ya me lo han dicho, pero el mango de la pluma queda tan a gusto en mis orejas, que lo llevo siempre, y se me olvida. ¡Siquiera, debía quitar la pluma! ¡Ay, pobrecito papá! ¡Qué contento estoy por saber que el mango de pluma te daba miedo!

EL SEÑOR LEPIC

¡Porra! ¿Te ríes porque a poco más me dejas tuerto?

PELO DE ZANAHORIA

No, papáito mío, me río por otra cosa: por una de esas tonterías que a mí se me ponen en la cabeza.

LAS MEJILLAS COLORADAS

I

TERMINADA LA INSPECCIÓN HABITUAL, EL SEÑOR director de la Institución de San Marcos sale del dormitorio. Cada colegial se ha metido entre las sábanas como en un estuche, achicándose mucho para no destacar. Violone, el inspector, echa una mirada para asegurarse de que todos están acostados y, empinándose de puntillas, baja el gas de las lámparas poco a poco. Enseguida empieza el parloteo de vecino a vecino. De una cabecera a otra se cruzan los cuchicheos, y de los labios que se mueven va creciendo por todo el dormitorio un ruido confuso, en el que de tiempo en tiempo se distingue el breve silbar de una consonante.

Es sordo, continuo; llega a hacerse irritante y parece, en verdad, que todos esos parloteos, invisibles y movedizos como ratones, se dedican a roer silencio.

Violone se calza unas zapatillas, se pasea un rato por entre las camas, cosquilleando aquí el pie de un colegial, tirando allá de la borla del gorro a otro, y va a pararse junto a Marseau, con quien da todas las noches ejemplo de largas conversaciones, que se prolongan hasta una hora muy avanzada. Suele ocurrir que los alumnos han terminado sus coloquios, que se apagan gradualmente, como si poco a poco hubieran ido subiéndose las sábanas hasta la boca, y se han dormido, cuando aun el inspector está inclinado sobre el lecho de Marseau, duramente apoyados los codos en la barandilla de hierro, insensible a la parálisis de sus antebrazos y al correteo de hormigas que se le pasean a flor de piel hasta las puntas de los dedos.

Le divierten sus relatos infantiles y lo mantiene despierto con íntimas confidencias e historias del alma. Le ha tomado cariño enseguida por el tierno y transparente tono de color de su tez, que parece iluminada por dentro. Eso no es piel sino pulpa, tras de la cual, a la más leve variación atmosférica, se intrincan visiblemente las vénulas, como las líneas de uno de los mapas del atlas bajo una hoja de papel de calcar. Tiene además Marseau una manera seductora de ruborizarse, sin saber por qué y de improviso, que incita a que lo quieran como si fuera una muchacha. A menudo un compañero apoya la punta de un dedo en

una de sus mejillas y la quita brusco, dejando una huella blanca; pronto se vuelve a cubrir de un hermoso matiz rojo, que se extiende con rapidez, como el vino en el agua pura; se varía con riqueza y se va matizando desde la sonrosada punta de la nariz hasta las orejas, color lila. Al alcance de todos está la prueba: Marseau, complaciente, se presta a los experimentos. Le han puesto por apodo Lamparilla, Linterna, Cara Colorada. Esa facultad de arrebolarse a voluntad le ha acarreado muchas envidias.

Pelo de Zanahoria, su vecino de cama, está, entre todos, celoso de él. Pelo de Zanahoria, linfático y desmedrado, de rostro blancuzco, se pellizca en vano, hasta hacerse daño, la piel exangüe, todo para producir (¡y eso alguna vez!) algún punto de un rojo dudoso. De buena gana rayaría rencoroso a arañazos y despellejaría, como si fuesen naranjas, las mejillas rojizas de Marseau.

Intrigadísimo desde hace tiempo, esta noche se ha puesto atento en cuanto apareció Violone, sospechando, con razón quizás, y deseoso de saber lo que haya de cierto en las actitudes disimuladas del jefe de estudios. Pone en juego toda su habilidad de espía: simula un ronquido de broma; cambia de postura forzosamente, cuidando de dar toda la vuelta; lanza un grito penetrante, como si tuviese la pesadilla, con lo que despierta al dormitorio atemorizado, e imprime

una fuerte ondulación a todas las sábanas, y apenas se ha ido Violone, dice a Marseau, sacando el cuerpo de la cama, ardoroso el aliento:

—¡Señorítica! ¡Señorítica!

No le contestan. Pelo de Zanahoria se pone de rodillas, agarra a Marseau por un brazo, y sacudiéndole con fuerza:

—¿Oyes? ¡Señorítica!

Señorítica no da señales de oír. Pelo de Zanahoria, exasperado, continúa:

—¡Muy bonito...! ¿Crees que no te he visto? Vamos a ver: di que no te ha besado. Dilo, vamos a ver; di que no eres su señorítica.

Se levanta, estirando el cuello como un pato blanco cuando le irritan, apretados los puños, al borde de la cama.

Pero esta vez le contestan:

—Bueno, ¿y qué?

De un salto no más, Pelo de Zanahoria vuelve a meterse entre las sábanas.

Es el inspector, que regresa a la escena, surgiendo de repente.





||

—Sí —dice Violone—, te he dado un beso, Marseau; puedes declararlo, porque nada malo has hecho. Te he besado en la frente. Pero Pelo de Zanahoria no puede entender, por lo depravado que es para su edad, de que fue un beso puro y casto, un beso de padre a hijo, y de que te quiero como a un hijo o si lo prefieres, como a un hermano, y mañana irá contando por ahí quién sabe qué el pequeño idiota.

A tales palabras, mientras la voz de Violone vibra sordamente, Pelo de Zanahoria se hace el dormido, pero levanta la cabeza para seguir oyendo.

Marseau escucha al inspector, tenue, tenue el aliento, porque, aunque encuentra naturalísimas sus palabras, tiembla como si temiese la revelación de algún misterio. Violone continúa lo más bajo que puede. Son palabras inarticuladas, lejanas; sílabas localizadas apenas. Pelo de Zanahoria, que —sin atreverse a dar la vuelta— se va acercando insensiblemente gracias a unas leves oscilaciones de caderas, ya no oye nada. Tan sobreestimulada está su atención, que le parece que los oídos se le ahondan físicamente, abriéndose como un embudo, pero ningún sonido cae en ellos.

Se acuerda de haber experimentado a veces una sensación de esfuerzo semejante cuando escuchaba detrás de las

puertas, pegando un ojo a la cerradura, con deseo de agrandar el agujero y de atraer como con un gancho lo que quería ver. Pero aun apostaría a que Violone sigue repitiendo:

—Sí, mi cariño es puro, puro, y eso es lo que no comprendo de el pequeño idiota ese.

Al cabo, el inspector se inclina con la suavidad de una sombra hacia la frente de Marseau, le besa, le acaricia con la punta de la barba como con un pincel, y luego se levanta para irse, y siguiéndole Pelo de Zanahoria con los ojos, se desliza por entre las hileras de camas. Cuando la mano de Violone roza una almohada, el durmiente, molesto, cambia de postura con un hondo suspiro.

Pelo de Zanahoria sigue acechando por mucho tiempo. Teme una nueva aparición brusca de Violone. Ya Marseau está hecho una bola en su cama, con la colcha sobre los ojos, pero muy despierto, sin más recuerdo que el de la aventura, de la que no sabe qué pensar. Nada encuentra que pueda causarle tormento y, sin embargo, en la oscuridad de las sábanas, la imagen de Violone flota luminosamente, dulce como aquellas imágenes de mujer que le producían ardor en más de un ensueño.

Pelo de Zanahoria se cansa de esperar. Sus párpados, como imantados, se juntan. Se impone la obligación de mirar la lámpara de gas, casi apagada, pero, después de contar tres

aglomeraciones de burbujitas crepitantes que se apretujan para salir del mechero, se queda dormido.

|||

Al otro día por la mañana, en el lavabo, mientras que las puntas de las toallas le frotan levemente los pómulos friolentos, Pelo de Zanahoria mira con ojos retorcidos a Marseau y, tratando de hacer alarde de ferocidad, lo insulta de nuevo, apretando entre los dientes las sílabas infamantes:

—¡Señorítica! ¡Señorítica!

Las mejillas de Marseau se vuelven color púrpura, pero responde sin cólera, con ojos casi suplicantes:

—¡Te digo que no es verdad eso que crees!

El inspector pasa revista de manos. Los alumnos, en dos filas, presentan maquinalmente primero el revés y luego la palma de la mano, volviéndolas con celeridad y metiéndolas enseguida, para calentárselas en el bolsillo o bajo el edredón más cercano. De ordinario, Violone se abstiene de mirarlas, pero hoy, por desgracia, se queda viendo las de Pelo de Zanahoria, que no están limpias. Pelo de Zanahoria, invitado a volver a ponerlas bajo el grifo, se rebela. Es cierto que se puede notar en ellas una mancha azulada, pero él

sostiene que es un principio de sabañón. Definitivamente, la han cogido contra él: Violone lo manda al despacho del señor director.

El director se levantó temprano y prepara en su gabinete verde antiguo un curso de historia que explica a los mayores en ratos perdidos. Aplastando contra el tapete de su mesa la pulpa de sus dedos bastos, sienta los principales eventos: aquí, la caída del Imperio romano; en el centro, la toma de Constantinopla por los turcos; más allá, la historia moderna, que empieza no se sabe dónde y ya no se acaba.

Lleva una amplia bata, cuyos galones bordados ciñen su pecho poderoso como festones alrededor de una columna. Se ve que come demasiado el hombre: tiene las facciones gruesas y siempre un poco relucientes. Habla muy alto, hasta con las señoras, y los pliegues de su pescuezo ondulan de un modo lento y rítmico sobre el cuello de su camisa. Es notable también por la redondez de sus ojos y el espesor de sus bigotes.

Pelo de Zanahoria está de pie frente a él, con el gorro entre las piernas, para conservar toda su libertad de acción.

El director, con voz de trueno, le pregunta:

—¿Qué pasa?

—Señor director, el inspector me manda a decirle que tengo las manos sucias, pero no es verdad.

Y otra vez, concienzudamente, Pelo de Zanahoria enseña las manos, volviéndolas, primero del revés, luego la palma. Y hace la prueba: primero la palma, luego el revés.

—¡Ah! ¿Conque no es verdad? —dice el director—. ¡Pues cuatro días de encierro!

—Señor director —dice Pelo de Zanahoria—, el inspector la ha cogido contra mí.

—¡Ah! ¿Conque la ha cogido contra ti? ¡Pues ocho días!

Pelo de Zanahoria sabe con quién trata. No le sorprende semejante dulzura: está decidido a afrontarlo todo. Toma una postura rígida, junta las piernas y se envalentona, menospreciando un bofetón.

Porque se suele dar en el señor director una manía inocente, que consiste en derribar de vez en cuando a un alumno recalcitrante de un revés: ¡pum! La habilidad por parte del alumno aludido consiste en prevenir la bofetada agachándose, para que el director pierda el equilibrio, entre las risas sofocadas de todos. Pero nunca repite, porque su dignidad le impide emplear astucia contra astucia. Tiene que dar sin rodeos en la mejilla indicada o si no, dejarlo. “Señor director”, dice Pelo de Zanahoria, realmente audaz y altanero, “el inspector y Marseau hacen cosas”.

Los ojos del director se turban instantáneamente, como si dos mosquitos se hubiesen precipitado de súbito contra

ellos. Apoya en el borde de la mesa ambos puños apretados, se incorpora, echando hacia adelante la cabeza como si fuese a dar un topetazo a Pelo de Zanahoria en medio del pecho, y pregunta en sonidos guturales: “¿Qué cosas?”.

Pelo de Zanahoria iba desprevénido. Esperaba (y acaso no ha hecho más que aplazar) el envío de un macizo tomo de Henri Martin, por ejemplo, lanzado por mano certera, y he aquí que le preguntan detalles.

El director espera. Todos los pliegues de su cuello se unen para formar un solo y único burlete, un almohadón en que se asienta, sesgada, su cabeza.

Pelo de Zanahoria vacila, hasta que se convence de que las palabras no acuden a sus labios, y entonces, confusa de repente la cara, arqueada la espalda, aparentemente desgarrada y con actitud de vergüenza, se pone a buscar la gorra entre las piernas, la saca aplastada, se encorva cada vez más, se empequeñece, la va levantando poco a poco hasta la altura de la barbilla, y con lentitud torpe, con precauciones pudorosas, hunde la cabeza simiesca en el forro guateado, sin decir palabra.

IV

Aquel mismo día, después de una breve información, Violone queda despedido. La marcha es conmovedora, es casi una ceremonia.

—Volveré —dice Violone—, no es más que una ausencia.

Pero no convence a nadie. La Institución renueva su personal, como si temiera que se le enmoheciese. Es un vaivén de inspectores. Este se va como los demás se fueron y, para mejor, se va más pronto. Casi todos lo quieren. No se le conoce rival en el arte de escribir títulos de cuadernos, como *Cuaderno de ejercicios griegos para uso de...* Las mayúsculas tienen el relieve de las letras que hay en las muestras. Los asientos quedan vacíos. Alrededor de su pupitre se forma un grupo. Su bonita mano, en la que brilla la piedra verde de una sortija, se pasea elegante por el papel. Al pie de la página improvisa una rúbrica. Va a caer, como una piedra en el agua, en una ondulación y un remolino de líneas, a la vez regulares y caprichosas, que forman la rúbrica, obra maestra en pequeño. El rabo de la rúbrica se extravía, va a perderse en la rúbrica misma. Para dar con él, hay que mirarlo muy de cerca, buscarlo mucho tiempo. Inútil es decir que todo está hecho de un solo rasgo de pluma, una vez ha llevado a feliz término un enredijo de líneas llamado florón. Por mucho

tiempo los chicos se quedan maravillados. Cuando lo ven despedido, sienten hondo pesar.

Acuerdan “zumbar” al director en la primera ocasión, es decir, hinchar los cachetes e imitar con los labios el vuelo de los moscardones, para dar muestra de su descontento. El día menos pensado lo hacen.

Entretanto se comunican unos a otros la tristeza. Violone asegura que lo van a echar de menos, y tiene la vanidad de marcharse a la hora del recreo. Cuando aparece en el patio, seguido de un joven que le lleva el baúl, todos los chicos se le abalanzan. Él estrecha manos, da palmaditas en las caras y lucha por rescatar los faldones de su levita sin desgarrarlos, acosado, estrechado y sonriente, conmovido. Hay quien, colgado de la barra lija, se para en mitad de una voltereta, y salta al suelo, abierta la boca, sudorosa la frente, arremangada la camisa, separando los dedos, untados de colofonia. Otros, más tranquilos, que daban vueltas monótonas por el patio, agitan las manos en señal de despedida. El joven, encorvado por el peso del baúl, se detiene para guardar la distancia, y un chiquitín aprovecha la ocasión para plantarle en el blanco delantal los cinco dedos manchados de arena mojada. Las mejillas de Marseau, de puro sonrosadas, parece que las han pintado. Su corazón siente por primera vez una pena formal, pero turbado, forzado a reconocer para

sus adentros que va a echar de menos al inspector, algo así como a una primita, se mantiene apartado, inquieto, casi avergonzado. Violone, sin reparo, se dirige hacia él, cuando se oye un estrépito de cristales.

Todas las miradas se fijan en la ventanita enrejada del encierro. La cabeza fea y salvaje de Pelo de Zanahoria aparece detrás. Hace muecas de animalillo alterado y perverso metido en su jaula, caído el pelo sobre los ojos y al aire todos los dientes blancos. Mete la mano derecha por entre las ruinas del vidrio, que le muerde como si tuviese vida, y amenaza a Violone con el puño ensangrentado.

—¡Pequeño idiota! —dice el inspector—. ¡Ya estarás contento!

—¡A ver! —grita Pelo de Zanahoria, que, lleno de ánimo, rompe otro cristal de un segundo puñetazo—. ¿Por qué lo besabas a él y a mí no? —y añade, pintándose la cara con la sangre que le brota de la mano, llena de cortaduras—: ¡También yo, cuando quiero, tengo mejillas coloradas!

LOS PIOJOS

EN CUANTO FÉLIX, EL HERMANO MAYOR, Y PELO de Zanahoria llegan de la Institución de San Marcos, la señora Lepic les hace darse un baño de pies. Desde hace tres meses lo necesitan, porque en el colegio no se los lavan nunca. Aunque es verdad que no hay artículo del reglamento que prevea el caso.

—¡Pobre Pelo de Zanahoria! ¡Qué negros deben de estar los tuyos! —dice la señora Lepic.

Y no se equivoca. Los de Pelo de Zanahoria están siempre más negros que los de Félix, el hermano mayor. ¿Por qué? Viven el uno al lado del otro, con el mismo régimen, en el mismo aire. Es cierto que, al cabo de tres meses, el hermano mayor, Félix, no puede presumir de blancura de pies, pero Pelo de Zanahoria, según su propia confesión, ya no se ve los suyos.

Avergonzado, los sumerge en el agua con la habilidad de un prestidigitador. Apenas se los ve salir de los calcetines y

juntarse con los pies de Félix, el hermano mayor, que ocupan ya todo el fondo del platón, y pronto una capa de mugre se tiende como un velo sobre aquellos cuatro horrores.

El señor Lepic se pasea, según su costumbre, de una a otra ventana. Está repasando los boletines trimestrales de sus hijos, sobre todo las notas escritas de puño y letra del señor provisor. La de Félix dice: “Atolondrado pero inteligente. Llegará”. Y la de Zanahoria: “Se distingue cuando quiere, pero no siempre quiere”.

La idea de que Pelo de Zanahoria pueda distinguirse alguna vez divierte a la familia. En este momento, los brazos cruzados por debajo de las rodillas, deja que sus pies se empapen y se esponjen de comodidad. Nota que lo examinan. Tal vez lo ven más feo con aquel pelo demasiado largo y de un color rojo oscuro. El señor Lepic, enemigo de efusividades, no muestra la alegría de volverle a ver más que haciéndole rabiar. Cuando se va, le da un papirotazo en una oreja; cuando vuelve, le da con el codo, y Pelo de Zanahoria se ríe de buena gana.

Por último, el señor Lepic le pasa la mano por la pelambrera, y hace crepitar las uñas como si estuviese matando piojos. Es su broma favorita.

Pero ahora, a la primera, mata uno.

—¡Ajá, buena puntería! —dice—. Este no se me escapó.

Y mientras con alguna repugnancia se limpia en los cabellos de Pelo de Zanahoria, la señora Lepic levanta los brazos al cielo.

—¡Ya me lo temía yo! —exclama abrumada—. ¡Dios mío! ¡Para completar! Ernestina, hija, corre a buscar una jofaina: ya te ha llegado quehacer.

Ernestina, la hermana, trae una jofaina, una lendreras, vinagre en un platillo y se confirma el inicio de la temporada de caza.

—¡Péiname a mí primero! —grita Félix, el hermano mayor—. Estoy seguro de que me los pegó.

Se rasca furiosamente la cabeza con los dedos, y pide un balde de agua para que todos se ahoguen.

—Cálmate, Félix —dice Ernestina, la hermana, que se sacrifica con gusto—, no te haré daño.

Le ata al cuello una toalla, y da muestras de una habilidad y de una paciencia maternas. Separa con una mano el pelo, con la otra tiene delicadamente cogido el peine, y busca, sin un gesto de desdén, sin miedo de coger a los habitantes.

Cuando dice “¡otro!”, Félix, el hermano mayor, patatea en el platón y amenaza con un dedo a Pelo de Zanahoria, que espera su turno, silencioso.

—Ya estás tú, Félix —dice Ernestina, la hermana—, no tenías más que siete u ocho: cuéntalos. Ya contaremos los de Pelo de Zanahoria.

A la primera vez que le pasan el peine, Pelo de Zanahoria le saca ventaja. Ernestina, la hermana, cree que ha dado con el nido, pero no ha hecho sino coger al azar un hormiguero.

Rodean a Pelo de Zanahoria. Ernestina, la hermana, se empeña en la tarea. El señor Lepic, con las manos a la espalda, va siguiendo el trabajo con la curiosidad de un extraño. La señora Lepic lanza quejumbrosas exclamaciones.

—¡Oh!, ¡oh! —dice—. Hay que traer una pala y un rastrillo.

Félix, el hermano mayor, en cuclillas, remueve la jofaina y recoge los piojos. Caen envueltos en caspa. Se les ve agitar las patas, menudas como pestañas cortadas. Siguen los vaivenes de la jofaina y, rápidamente, el vinagre los va matando.

LA SEÑORA LEPIC

La verdad, Pelo de Zanahoria, no te entendemos. A tu edad, grande como eres, deberías avergonzarte. Una cosa es lo de los pies, que si acaso te ves tan solo aquí. Pero los piojos te comen y ni reclamas la vigilancia de tus maestros ni el cuidado de tu familia. Haz el favor de explicarnos qué gusto sacas al dejar que te coman así, vivo y todo... Tienes sangre en la pelambrera.

PELO DE ZANAHORIA

Es el peine, que me araña.

LA SEÑORA LEPIC

¡Ah! ¿Conque es el peine? ¡Así se lo agradeces a tu hermana! ¿Oyes, Ernestina? El señorito, delicado, se queja de su peñadora. Te aconsejo, hija mía, que abandones enseguida a ese mártir voluntario a su gusanera.

ERNESTINA

Por hoy he acabado, mamá. No he hecho más que quitar lo más grueso, mañana daré un repaso. Pero ya sé yo quién va a rociarse con agua de Colonia.

LA SEÑORA LEPIC

Y tú, Pelo de Zanahoria, llévate la jofaina y ponla en el muro del jardín. Que todo el pueblo desfile por delante para confusión tuya.

Pelo de Zanahoria toma la jofaina y sale, y una vez puesta al sol, se queda de centinela a su lado.

La primera que llega a él es la vieja Mari-Nanita. Cada vez que se encuentra con Pelo de Zanahoria, se para, lo observa con sus ojillos miopes y maliciosos, y moviendo la cofia negra, parece adivinar cosas.

—¿Qué es eso? —pregunta.

Pelo de Zanahoria nada contesta. Ella se inclina sobre la jofaina.

—¿Son lentes? En verdad que ya no veo claro. Perico, mi joven, debía comprarme unas gafas.

Toca con el dedo, como para probar. Definitivamente no cae.

—¿Y qué te haces tú ahí, de hocico y con los ojos turbios? Apostaría a que te han regañado y te han puesto a hacer penitencia. Escucha, no soy tu abuelita, pero pienso lo que pienso y te compadezco, pobrecito, porque me imagino que te amargan la existencia.

Pelo de Zanahoria se asegura, con una ojeada, de que su madre no le pueda oír y le dice a la vieja Mari-Nanita:

—¿Y qué? ¿Le importa a usted algo? ¡Métase en las cosas de su familia y déjeme en paz!

LO MISMO QUE BRUTO

EL SEÑOR LEPIC

Pelo de Zanahoria, el año pasado no trabajaste como esperaba. Tus boletines dicen que podrías hacer más. Divagas, lees libros prohibidos. Como tienes una excelente memoria, sacas notas bastante buenas y descuidas los ejercicios escritos. Pelo de Zanahoria, hay que pensar en ponerse serio.

PELO DE ZANAHORIA

Confía en mí, papá. Te acepto que me dejé llevar un poco el año pasado. Ahora me siento con buena voluntad para apretar. No te prometo ser el primero de mi clase en todo...

EL SEÑOR LEPIC

Pero debes intentarlo.

PELO DE ZANAHORIA

No, papá, es demasiado lo que me pides. No lo conseguiré ni en geografía ni en alemán ni en física y química: los

más fuertes son dos o tres individuos, que no pueden en lo demás, que solo sirven para eso. Imposible pasarlos. Pero me propongo, escucha, papá, me propongo, en composición francesa, agarrar pronto la cuerda y no soltarla, y si a pesar de mis esfuerzos, se me llega a escapar, por lo menos no tendré nada que echarme en cara y podré exclamar, altivo, lo mismo que Bruto: “¡Virtud, no eres más que un nombre!”.

EL SEÑOR LEPIC

¡Ay, hijo mío! Creo que harás de ellos lo que quieras.

FÉLIX

¿Qué dice, papá?

ERNESTINA

Yo no lo oí.

LA SEÑORA LEPIC

Yo tampoco. A ver, Pelo de Zanahoria, repítelo.

PELO DE ZANAHORIA

Si no es nada, mamá.

LA SEÑORA LEPIC

¿Cómo? No decías nada y perorabas tan fuerte, arrebatado y amenazando al cielo con el puño, que tu voz llegaba hasta el otro extremo del pueblo. Repite esa frase para que todos la aprovechen.

PELO DE ZANAHORIA

No vale la pena, mamá.

LA SEÑORA LEPIC

Sí, sí, de alguien hablabas. ¿De quién hablabas?

PELO DE ZANAHORIA

Mamá, si no lo conoces.

LA SEÑORA LEPIC

Con más razón. No desperdicies el ingenio, primero que todo, y obedece.

PELO DE ZANAHORIA

Pues, bueno, mamá. Estaba hablando con papá, que me daba consejos amistosos, y casualmente no sé qué idea se me ocurrió para darle las gracias y mi palabra, como al romano aquel que se llamaba Bruto, de invocar a la virtud...

LA SEÑORA LEPIC

¡No, no, no! Estás divagando. Haz el favor de repetir, sin cambiar palabra y en el mismo tono, la frase que dijiste hace un momento. Me parece que no te pido mucho y que bien lo puedes hacer por tu madre.

FÉLIX

¿Quieres que lo repita yo, mamá?

LA SEÑORA LEPIC

No, primero él y después tú, y compararemos. ¡Vamos, Pelo de Zanahoria, dilo!

PELO DE ZANAHORIA

(Balbucea con voz llorona.)

Vi-ir-tu-tud, no e-res más que un-un nom-bre.

LA SEÑORA LEPIC

¡Qué desespero! ¡No se le puede sacar nada a este chico! ¡Se dejaría matar a golpes antes que ser bueno con su madre!

FÉLIX

Mira, mamá; mira lo que ha dicho (*pone los ojos en blanco y lanza miradas de desafío*): “Si no soy el primero en

composición francesa... (*ahueca los cachetes y da una patada al suelo*) exclamaré como Bruto (*levanta, los brazos al lecho*): ¡Virtud! (*los deja caer sobre los muslos*) ¡No eres más que un nombre!”. Eso es lo que ha dicho.

LA SEÑORA LEPIC

¡Bravo!, ¡magnífico! ¡Qué bien, Pelo de Zanahoria! Y más deploro tu tozudez, porque una imitación nunca va a ser igual que el original.

FÉLIX

Pero, Pelo de Zanahoria, ¿fue Bruto el que dijo eso? ¿No sería Catón?

PELO DE ZANAHORIA

Estoy seguro de que fue Bruto: “Y arrojándose después sobre una espada que le tendió un amigo, murió”.

ERNESTINA

Tiene razón Pelo de Zanahoria. Hasta recuerdo que Bruto se hacía pasar por loco y metía oro en una caña.

PELO DE ZANAHORIA

Disculpa, hermana, te enredas. Confundes a mi Bruto con otro.

ERNESTINA

Creí... Pero te garantizo que la señorita Sofía nos dicta un curso de historia tan bueno como el de tu profesor del Liceo.

LA SEÑORA LEPIC

Poco importa. No se peleen. Lo esencial es tener un Bruto en la familia, y nosotros ya lo tenemos. ¡Que nos envidien, gracias a Pelo de Zanahoria! No nos damos cuenta de tanto honor. Admiren al nuevo Bruto. Habla latín como un obispo y se niega a decir dos veces misa para los sordos. Denle la vuelta: de frente me está enseñando las manchas de un delantal que estrena hoy y de espaldas, el pantalón roto. Señor, ¿dónde se habrá metido? Pues, miren la tecla de Pelo de Zanahoria-Bruto. ¡Quite usted de ahí, pequeño bruto!

CARTAS ESCOGIDAS DE PELO DE ZANAHORIA AL SEÑOR LEPIC Y ALGUNAS CONTESTACIONES DEL SEÑOR LEPIC A PELO DE ZANAHORIA

PELO DE ZANAHORIA AL SEÑOR LEPIC

Institución de San Marcos

Querido papá, mis partidas de pesca de las vacaciones me han revuelto los humores del cuerpo. En los muslos me han salido unos forúnculos como clavos. Estoy en la cama. Tengo que permanecer tendido de espaldas, y la señora enfermera me pone cataplasmas. Hasta que el forúnculo no reviente, me hace mucho daño. Después ya no me acuerdo de él.

Pero se multiplican como si fuesen pollitos. En cuanto uno se cura, salen tres. Espero, sin embargo, que no sea nada.

Tu afectísimo hijo...

CONTESTACIÓN DEL SEÑOR LEPIC

Querido Pelo de Zanahoria, ya que te estás preparando para la primera comunión y que vas al catecismo, debes saber que la especie humana no ha esperado a que vinieras tú para andar con clavos. Jesucristo los tuvo en las manos y en los pies, sin quejarse, y eso que los suyos eran verdaderos.

¡Ánimo!

Tu padre, que te quiere...

PELO DE ZANAHORIA AL SEÑOR LEPIC

Querido papá, tengo el gusto de anunciarte que me ha salido una muela. Aunque no tengo edad para ello, creo que es una muela del juicio precoz. Me atrevo a esperar que no vaya a ser la única, y que has de estar siempre satisfecho de mi buena conducta y aplicación.

Tu afectísimo hijo...

CONTESTACIÓN DEL SEÑOR LEPIC

Querido Pelo de Zanahoria, precisamente cuando te salía a ti una muela, empezaba a menearse otra de las mías, y ayer en la mañana decidió caerse. De modo que si tú tienes una muela

más, tu padre tiene una menos. Así, pues, no hay nada cambiado, y el número de muelas de la familia sigue siendo el mismo.

Tu padre, que te quiere...

PELO DE ZANAHORIA AL SEÑOR LEPIC

Querido papá, imagínate que ayer fue el cumpleaños del señor Jáques, nuestro profesor de latín, y que, de común acuerdo, mis compañeros me escogen para que lo felicitara en nombre de toda la clase. Halagado con tal honor, preparo detenidamente el discurso, intercalando en él a propósito algunas citas en latín. Sin falsa modestia, me dejó satisfecho. Lo saco en limpio en un pliego grande de papel de barba y, cuando llega el día, emocionado por mis compañeros, que murmuraban: “¡Vamos!, ¡vamos!”, aprovecho un instante en que el señor Jáques no nos mira, y me adelanto hacia su tarima. Pero no bien he desdoblado el pliego y articulado con fuerte voz: “Venerado maestro”, cuando el señor Jáques se pone en pie, furioso, y exclama: “¡Ya se va usted largando a su sitio más que de prisa!”.

Imagínate cómo escaparía corriendo a sentarme, mientras que mis amigos se tapaban la cara con los libros, y el señor Jáques me ordenaba encolerizado: “Traduzca la versión”.

¿Qué te parece esto, querido papá?

CONTESTACIÓN DEL SEÑOR LEPIC

Querido Pelo de Zanahoria, cuando seas diputado, peores cosas verás. A cada uno lo suyo. Si han puesto a tu profesor en una tarima, debe de ser para que pronuncie discursos y no para que oiga los tuyos.

PELO DE ZANAHORIA AL SEÑOR LEPIC

Querido papá, acabo de entregar la liebre que mandaste al señor Legris, nuestro profesor de Historia y de Geografía. Verdaderamente me pareció que le gustó el regalo. Te da muy expresivas gracias. Entré yo con el paraguas mojado, y él mismo me lo quitó de la mano y lo fue a dejar a la entrada. Luego hablamos de esto y de aquello. Me dijo que si quería, debía llevarme el primer premio en Historia y en Geografía a fin de curso. Pero ¿crees que me estuve de pie todo el tiempo que duró la conversación, y que el señor Legris, amabilísimo, a no ser en esto, te lo repito, ni siquiera me ofreció un asiento? ¿Será olvido, o descortesía?

Lo ignoro, y tendría curiosidad, papá querido, de saber tu opinión.

CONTESTACIÓN DEL SEÑOR LEPIC

Querido Pelo de Zanahoria, siempre te estás quejando. Te quejas de que el señor Jâcques te mandara a tu asiento y te quejas de que el señor Legris te dejara de pie. Muy joven eres aún para exigir consideraciones. Si el señor Legris no te ofreció una silla, dispénsalo: sin duda, engañado por tu corta estatura, creería que estabas sentado.

PELO DE ZANAHORIA AL SEÑOR LEPIC

Querido papá, me acabo de enterar de que vas a París. Comparto la alegría que has de tener al visitar la capital, que quisiera conocer y en donde estaré contigo de corazón. Comprendo que mis trabajos escolares se oponen a mi viaje, pero aprovecho la ocasión para preguntarte si podrías comprarme uno o dos libros. Los míos me los sé de memoria. Elige cualquiera. En el fondo, tanto vale uno como otro. Sin embargo, deseo especialmente la *Henriada*, por François-Marie Arouet de Voltaire, y la *Nueva Eloísa*, por Jean-Jacques Rousseau. Si me los traes (en París los libros no cuestan nada), te juro que el inspector no ha de confiscármelos en su vida.

CONTESTACIÓN DEL SEÑOR LEPIC

Querido Pelo de Zanahoria, los escritores de quienes me hablas eran hombres como tú y como yo. Lo que ellos hicieron puedes hacerlo tú. Escribe libros y podrás leerlos después.

EL SEÑOR LEPIC A PELO DE ZANAHORIA

Querido Pelo de Zanahoria, tu carta de esta mañana me causó un gran asombro. La vuelvo a leer y es inútil. Ese no es ya tu estilo ordinario, y hablas de cosas raras que no me parecen ser de tu competencia ni de la mía.

Sueles contarnos de tus asuntos del día a día, nos escribes los puestos que adelantas, los méritos y los defectos que a cada profesor le encuentras, los nombres de tus nuevos compañeros, el estado de tu ropa interior y si duermes y comes bien.

Eso es lo que me interesa. Hoy no te entiendo. Haz el favor de decirme a qué viene hablar de la primavera cuando estamos en invierno. ¿Qué quieres decir? ¿Necesitas un tapabocas? Tu carta no trae fecha y no sé si me la diriges a mí o al perro. Hasta la forma de tu letra me parece modificada y la disposición de los renglones, la abundancia de mayúsculas, me desconciertan. En resumen, parece que te estás

burlando de alguien. Me imagino que será de ti e insisto, no por considerarlo un crimen, sino en hacerte una observación.

CONTESTACIÓN DE PELO DE ZANAHORIA

Querido papá, cuatro letras a vuelapluma para explicarte mi última carta. No te has fijado en que iba *en verso*.

EL SOTECHADO

ESTE SOTECHADO REDUCIDO EN QUE, UNOS TRAS otros, han vivido gallinas, conejos y cerdos, hoy vacío, durante las vacaciones pertenece en plena propiedad a Pelo de Zanahoria. Puede entrar en él cómodamente, porque el sotechado no tiene puerta. Unas cuantas ortigas flacas adornan el umbral y si Pelo de Zanahoria las mira echado de bruces, le parecen un bosque. El suelo está cubierto de polvo fino. Las piedras de las paredes relucen de humedad. El pelo de Pelo de Zanahoria roza la techumbre. Allí está en su casa, y allí, despreciando los juegos aparatosos, se entretiene a costa de su imaginación.

Su diversión principal consiste en hacer cuatro nidos con las piernas, uno en cada rincón del sotechado. Con la mano, como con una pala de albañil, recoge puñados de polvo y se pone calces.

Pegado a la pared lisa, dobladas las piernas, cruzadas las manos sobre las rodillas, cobijado, se siente a sus anchas.

Menos sitio, en verdad, no puede ocupar. Se olvida de todos; a nadie teme. Solo podría molestarlo un buen trueno.

El agua de fregar, que corre no lejos de allí, por el desagüe del fregadero, ya a torrentes, ya gota a gota, le envía bocanadas frescas.

De pronto, una alarma.

Llamadas, pasos que se acercan.

—¡Pelo de Zanahoria! ¡Pelo de Zanahoria!

Una cabeza que se asoma, y Pelo de Zanahoria, hecho una bola, que se apretuja entre la tierra y la pared, muerto el aliento, muy abierta la boca, hasta con la mirada inmóvil, al sentir que dos ojos hurgan en la obscuridad.

—¡Pelo de Zanahoria! ¿Estás ahí?

Abultadas las sienes, pasa un mal rato. Va a lanzar un grito de angustia.

—¡No está ese animalejo! ¿Dónde diablo se habrá metido?

Se alejan los gritos y el cuerpo de Pelo de Zanahoria se extiende un poco, recupera comodidad.

Su pensamiento sigue recorriendo largos caminos de silencio.

Pero un estruendo le llena los oídos. En el techo, un mosquito queda preso en una telaraña, y vibra y relucha. Y la araña se desliza a lo largo de un hilo. Su vientre tiene la

blancura de una miga de pan. Permanece un instante suspendida, inquieta, hecha una pelota.

Pelo de Zanahoria, sobre la punta de las nalgas, la acecha, espía el desenlace, y cuando la araña trágica arremete, formando la estrella con sus patas, y agarra la presa que se va a comer, él se levanta en pie, emocionado, como si quisiera su parte.

Nada más.

La araña vuelve a subir. Pelo de Zanahoria, a sentarse y a recogerse en sí mismo, dentro de su alma de liebre, llena de oscuridad.

Pronto, como un hilito de agua masificado por la arena, su ensoñación, por falta de pendiente, se para, hace charco y se pudre.

EL GATO

|

PELO DE ZANAHORIA LO HA OÍDO DECIR: NO HAY nada tan bueno como la carne de gato para pescar langostas; ni las tripas de pollo ni los despojos de carnicería.

Y he aquí que sabe de un gato al que desprecian porque está viejo, enfermo y pelado por diferentes sitios. Pelo de Zanahoria lo invita a tomar una taza de leche con él en el sotechado. Estarán solos. Puede ser que un ratón se aventure a salir de la pared, pero Pelo de Zanahoria no promete más que la taza de leche. La ha dejado en un rincón. Empuja hacia ella al gato, y le dice:

—Toma todo lo que quieras.

Le halaga el espinazo, le prodiga nombres tiernos, observa sus lengüetazos vivos y, al final, se enternece.

—¡Pobrecito! ¡Goza de lo que te queda!

El gato vacía la taza, limpia bien el fondo, enjuga los bordes y ya no lame más que sus labios untados de azúcar.

—¿Ya terminaste? —pregunta Pelo de Zanahoria, sin dejar de acariciarlo—. Tú te beberías, sin duda, otra taza, pero no he podido robar más que esta. Y luego, más temprano que tarde...

Al decir estas palabras, le pone el cañón de la escopeta en la frente y dispara.

La detonación aturde a Pelo de Zanahoria. Cree que el sotechado entero ha saltado, y cuando la nube se disipa, ve a sus pies al gato, que lo mira con un ojo.

El tiro se le ha llevado media cabeza, y la sangre cae dentro de la taza de leche.

—¡Parece que no está muerto! —dice Pelo de Zanahoria—. Y, sin embargo, ¡caray!, le he apuntado bien.

No se atreve a moverse: tanto le inquieta el ojo único con su brillo amarillento.

El gato, en el temblor de su cuerpo, da señal de vida, pero no hace esfuerzo alguno para cambiar de sitio. Parece desangrarse a propósito en la taza, con cuidado, para que no se pierda ni una gota.

Pelo de Zanahoria no es un principiante. Por gusto propio o por cuenta ajena, ha matado pájaros silvestres, animales domésticos, un perro. Sabe lo que hay que hacer, y que si el

animal tiene la vida dura, hay que despertarse, excitarse, rabiar, arriesgar si es necesario, una lucha cuerpo a cuerpo. Si no, nos suelen sorprender accesos de sensiblería. Nos aco bardamos, perdemos el tiempo, y es cosa de nunca acabar.

Primero intenta algunos prudentes mimos. Después agarra al gato por la cola y le asesta en la nuca unos golpes tan violentos con la culata, que cada uno parece el último, el golpe de gracia.

Locas las patas, el gato moribundo araña el aire, se encoge hasta hacerse un ovillo o se queda estirado, sin chillar.

—¿Quién era el que me aseguraba que los gatos lloran al morir? —dice Pelo de Zanahoria.

Se impacienta. Esto va tomando más tiempo del que quisiera. Deja a un lado la escopeta, rodea al animal con sus brazos y, exaltándose al sentir que penetran las garras en su cuerpo, juntos los dientes, tempestuosas las venas, lo ahoga.

Pero él se ahoga también: vacila, ya sin fuerzas, y cae al suelo sentado, pegada su cara a la cara y sus dos ojos al ojo único del gato.



||

Ahora está Pelo de Zanahoria tendido en su cama de hierro.

Su familia y los amigos de su familia, llamados con toda precipitación, inspeccionan, encorvados bajo la techumbre gacha del sotechadio, los lugares en que se desarrolló el drama.

—¡Ah! —dice su madre—. He tenido que centuplicar mis fuerzas para arrancarle el gato, machacado sobre su corazón. Les juro que él no me aprieta a mí así.

Y mientras va explicando las huellas de una ferocidad que más adelante, en las veladas de familia, ha de aparecer como legendaria, Pelo de Zanahoria duerme y sueña.

Está paseándose junto a un arroyo en que los rayos de una luna inevitable se agitan, cruzándose como las agujas de una mujer que hace media.

En los reteles, los miembros del gato despedazado llamean a través del agua translúcida.

A ras del prado, unas neblinas blancas se deslizan, envolviendo quizá leves fantasmas.

Pelo de Zanahoria, con las manos a la espalda, les demuestra que nada tienen que temer.

Un buey se acerca, se para, resopla, se aleja enseguida, extiende hasta el cielo el ruido de sus cuatro pezuñas y se desvanece.

¡Qué calma, si el arroyo parlanchín no charlara, no cuchicheara, no molestara tanto él solo como una reunión de viejas!

Pelo de Zanahoria, como si le quisiera pegar para que se callase, levanta poco a poco la caña de un retel, y he aquí que de entre las cañas surgen unas langostas gigantescas.

Siguen cruzando y salen del agua derechas, relucientes.

Pelo de Zanahoria, entumecido por la angustia, no logra huir.

Y las langostas lo rodean.

Y se le suben a la garganta.

Crepitan.

Ya abren sus pinzas de par en par.

LOS CARNEROS

PELO DE ZANAHORIA NO VE DE PRONTO MÁS QUE unas vagas bolas que saltan. Lanza gritos atronadores y revueltos, como niños que juegan en el patio de una escuela. Una se le mete por entre las piernas y le hace sentir cierto malestar. Otra salta en plena luz de la claraboya. Es un cordero. Pelo de Zanahoria sonríe al pensar en el miedo que tuvo. Sus ojos van acostumbrándose gradualmente a la oscuridad y los detalles se hacen más claros.

Ha empezado la época de los nacimientos. No hay mañana en que Pajol, el arrendador, no cuente dos o tres corderos más. Se los encuentra perdidos entre las madres, torpes, vacilándoles las patas tiesas: cuatro maderos de una grosera escultura.

Pelo de Zanahoria no se atreve a acariciarlos todavía. Ellos, más atrevidos, le chupetean ya los zapatos o le ponen encima las patas delanteras, con una brizna de heno en la boca.

Los mayores, los que ya tienen una semana, se estiran con un violento esfuerzo de los cuartos de atrás, y dan una zapateada en el aire. Los que tienen un día, flacos, se caen sobre las rodillas angulosas, para volverse a levantar llenos de vida. Uno chiquito que acaba de nacer se arrastra viscoso, no lamido aún. La madre, con la molestia de su bolsa hinchada de agua que cuelga tambaleándose, lo rechaza a topetazos.

—¡Qué mala madre! —dice Pelo de Zanahoria.

—Los animales son como las personas —dice Pajol.

—Sin duda me gustaría buscarle ama.

—Casi, casi —dice Pajol—. A más de uno hay que darle biberón, un biberón como los que se compran en casa del boticario. Pero no suele durar mucho: la madre se enternece y, además, se las obliga.

La coge por los brazuelos y la aísla en una jaula. Le ata al cuello un corbatín de paja para reconocerla si llega a escaparse. El cordero se ha ido tras ella. La oveja come con un ruido de escofina, y el animalillo, tembloroso, se empina sobre sus miembros blandos; intenta mamar, quejumbroso, envuelto el hocico en una jalea trémula.

—¿Cree usted que se humanizará? —pregunta Pelo de Zanahoria.

—Sí, cuando se le cure el trasero —contesta Pajol—: ha tenido un parto difícil.

—Insisto en mi idea —dice Pelo de Zanahoria—. ¿Por qué no se confía provisionalmente el animalito a los cuidados de una extraña?

—No lo permitiría —dice Pajol.

En efecto, desde las cuatro esquinas del establo se entrecruzan los balidos de las madres, indicando la hora de mamar, y monótonos a los oídos de Pelo de Zanahoria, tienen matices para los corderos, porque, sin confusión, cada cual se precipita derecho hacia la teta materna.

—Aquí —dice Pajol— ninguna roba criaturas.

—¡Qué raro —exclama Pelo de Zanahoria— es ese instinto de familia en estos fardos de lana! ¿Cómo se puede explicar? Será por la finura de su nariz.

Casi le dan ganas de tapársela a una para ver.

Compara profundamente hombres y carneros, y le gustaría saber los nombres de los corderitos.

Mientras estos chupan casi con codicia, las madres, sintiendo en el costado el empujón de la nariz, van comiendo, apacibles, indiferentes. Pelo de Zanahoria se fija que en el agua de una pila hay trozos de cadena, flejes de ruedas, una pala vieja.

—¡Bonita está la pila! —dice en tono incisivo—. De seguro que enriquece la sangre de los animales todo este hierro viejo.

—¡Es natural! —dice Pajol—. También tú tomas píldoras.

Da a probar el agua a Pelo de Zanahoria. Para hacerla aún más fortificante, echa todo lo que coge.

—¿Quieres una garrapata? —pregunta.

—¡Con mucho gusto! —contesta Pelo de Zanahoria, sin saber lo que es—. ¡Gracias anticipadas!

Pajol hurga en la espesa lana de una madre y saca entre las uñas una garrapata amarilla, redonda, rechoncha, bien alimentada, enorme. Según Pajol, dos del mismo tamaño serían capaces de devorar la cabeza de un niño como si fuese una ciruela. Se la pone a Pelo de Zanahoria en el hueco de la mano y le aconseja que si quiere risa y diversión, la meta en el cuello o en el pelo de su hermano o de su hermana.

Ya está trabajando la garrapata, atacando la piel. Pelo de Zanahoria siente picotazos en los dedos, como si les cayera encima granizo. Pasan pronto a la muñeca, se extienden hasta el codo. Parece como si la garrapata, multiplicándose, fuera a roerle el brazo hasta el hombro.

Peor para ella. Pelo de Zanahoria la estruja, la aplasta, y se limpia la mano en el lomo de una oveja, sin que Pajol se dé cuenta.

Dirá que se le ha perdido.

Por un momento, Pelo de Zanahoria sigue escuchando, ensimismado, los balidos, que poco a poco se calman. Dentro

de poco no se oirá más que el ruido sordo del heno triturado entre las mandíbulas lentas.

Colgado de la barra de un pesebre, un capote de rayas descoloridas parece guardar a los borregos él solo.



EL PADRINO

ALGUNAVEZ, LA SEÑORA LEPIC DA PERMISO A PELO de Zanahoria para que vaya a ver a su padrino, y hasta para que se quede a dormir en su casa. Es un viejo malhumorado, solitario, que se pasa la vida pescando o en sus viñas. A nadie quiere, y no soporta más que a Pelo de Zanahoria.

—¿Tú por aquí, ganso?—le dice.

—Sí, padrino —contesta Pelo de Zanahoria, sin darle un beso—. ¿Me tienes lista mi caña de pescar?

—Con una hay bastante para los dos —dice el padrino.

Pelo de Zanahoria abre la puerta de la troj y ve su caña lista. Así es como lo hace rabiar siempre su padrino, pero él, prevenido, ya no se enfada, y apenas la manía del viejo complica un poco sus relaciones. Cuando dice que sí, quiere decir que no, y viceversa. Solo se trata de no dejarse engañar.

—Si a él le divierte, a mí no me molesta mucho —piensa Pelo de Zanahoria.

Y siguen siendo buenos amigos.

El padrino, que de ordinario no hace comida más que dos veces por semana, pone a la lumbre, en honor de Pelo de Zanahoria, un gran puchero de alubias con un buen pedazo de tocino y, para empezar el día, le hace beberse un vaso de vino puro.

Luego salen a pescar.

El padrino se sienta a la orilla del agua y desenvuelve metódicamente su crin de Florencia. Consolida con grandes pedruscos sus cañas impresionantes, y no pesca más que los gordos; los envuelve coleando en una toalla y los faja como a niños pequeños.

PADRINO

Sobre todo, no tires de la caña hasta que el corcho no se haya hundido tres veces.

PELO DE ZANAHORIA

¿Por qué tres?

PADRINO

La primera no significa nada: el pez pica. La segunda ya va en serio: el pez traga. La tercera es la fija: el pez ya no se escapa. Nunca es demasiado tarde para tirar.

Pelo de Zanahoria prefiere pescar gobios. Se descalza, se mete en el río y remueve con los pies el fondo arenoso para enturbiar el agua. Los gobios, estúpidos, acuden, y Pelo de Zanahoria saca uno cada vez que echa la caña. Apenas le queda tiempo para gritarle al padrino: “¡Dieciséis, diecisiete, dieciocho...!”

Cuando el padrino ve que el sol está encima de su cabeza, vuelven a casa para almorzar. Atiborra de alubias a Pelo de Zanahoria.

PADRINO

No conozco nada mejor, pero las quiero cocidas con leche y harina. Más me gustaría morder el hierro de un pico que comer una habichuela de esas que chascan entre los dientes, con un ruido como el de un perdigón en un ala de perdiz.

PELO DE ZANAHORIA

Esas se deshacen en la lengua. Mamá no suele hacerlas tan mal. Pero no son como estas. Seguro se ahorra la leche.

PADRINO

Ganso, me da gusto verte comer. Apostaría a que no comes todo lo que quieres al lado de tu madre.

PELO DE ZANAHORIA

Todo consiste en las ganas que ella tenga. Si tiene hambre, según su hambre como. Al servirse, me hace plato adicional a mí. Cuando ella acaba, acabo también yo.

PADRINO

¡Se pide más, bobo!

PELO DE ZANAHORIA

Eso es fácil de decir, amigo. Además, siempre es mejor quedarse con gana.

PADRINO

¡Y yo, que no tengo hijos, le besaría el trasero a un mono si el mono fuera hijo mío! ¡Cómo resuelvo eso!

Acaban el día en la viña, donde Pelo de Zanahoria, tan pronto mira cavar a su padrino, siguiéndole paso a paso, cómo —tendido sobre unos haces de sarmientos, levantando al cielo los ojos— va chupando pedacitos de mimbre.

LA FUENTE

NO SE QUEDA A DORMIR CON SU PADRINO POR el gusto de dormir. Si el cuarto es frío, la cama de pluma es demasiado calurosa, y la pluma, suave para los envejecidos miembros del padrino, rápidamente pone a nadar al ahijado. Pero duerme lejos de su madre.

PADRINO

¿Conque le tienes mucho miedo?

PELO DE ZANAHORIA

Más bien será que ella no me tiene miedo a mí. Cuando quiere corregir a mi hermano, él corre a buscar un mango de escoba, se le planta delante, y te juro que la hace pararse en seco. Así, prefiere darle por los sentimientos. Dice que Félix es de naturaleza tan susceptible, que no ganaría nada con golpes y que estos se aplican mejor a la mía.

PADRINO

Deberías aprender lo de la escoba, Pelo de Zanahoria.

PELO DE ZANAHORIA

¡Ay, si me atreviese! Muchas veces nos hemos pegado Félix y yo, de veras o por juego, y soy tan fuerte como él. Como él me defendiera. Pero si mamá me viese armado de una escoba frente a ella, creería que voy a llevársela. Pasaría de mis manos a las suyas, y hasta puede que me diera las gracias antes de los golpes.

PADRINO

¡Duérmete, ganso, duérmete!

Ni el uno ni el otro quieren dormirse. Pelo de Zanahoria se da vuelta, ahogándose, en busca de aire, y a su viejo padrino le da lástima.

De pronto, cuando Pelo de Zanahoria va a quedarse dormido, el padrino lo coge del brazo.

PADRINO

¿Estás ahí, ganso? Soñé y creí que aún estabas en la fuente. ¿Te acuerdas de la fuente?

PELO DE ZANAHORIA

Como si estuviese en ella, padrino. No te lo echo en cara, pero me hablas de eso muy seguido.

PADRINO

¡Pobre ganso! Cada vez que me acuerdo, me tiembla todo el cuerpo. Me había quedado dormido sobre la hierba, tú estabas jugando al borde de la fuente, resbalaste, te caíste, gritaste, empezaste a patalear, y yo, ¡miserable de mí, sin oír nada! Apenas había agua para que se ahogase en ella un gato, pero tú no salías, y eso era lo grave. ¿No se te ocurría salir?

PELO DE ZANAHORIA

¡Crees que voy a acordarme de lo que pensaba dentro de la fuente!

PADRINO

Por fin, el chapoteo me despierta. ¡Ya era tiempo! ¡Pobre ganso, pobre ganso! Vomitabas como una bomba. Tuvieron que cambiarte y te pusieron el traje de los días de fiesta de Bernardito.

PELO DE ZANAHORIA

Sí, y me picaba, y tenía que rascarme. Debía ser un traje de crin.

PADRINO

No, pero Bernardito no tenía una camisa limpia que prestarte. Hoy me río, pero por un minuto, un segundo después, te saco muerto.

PELO DE ZANAHORIA

¡Ya estaría lejos!

PADRINO

¡Cállate! He dicho tonterías y desde entonces no he vuelto a pasar una buena noche. Mi castigo es haber perdido el sueño: merecido lo tengo.

PELO DE ZANAHORIA

Padrino, yo no lo merezco, y quisiera dormir.

PADRINO

¡Duérmete, ganso, duérmete!

PELO DE ZANAHORIA

Si quieres que me duerma, padrinito, suéltame la mano. Ya te la devolveré en cuanto haya dormido. Y separa también la pierna, que los pelos me pinchan. No me puedo dormir cuando me tocan.

LAS CIRUELAS

UN POCO AGITADOS, SE REVUELVEN EN LA PLUMA, y el padrino dice:

PADRINO

¿Duermes, ganso?

PELO DE ZANAHORIA

No, padrino.

PADRINO

Yo tampoco. De buena gana me levantaría. Si quieres, podemos ir a buscar gusanos.

PELO DE ZANAHORIA

¡Es una idea!

Salтан de la cama, se visten, encienden una linterna y salen al jardín.

Pelo de Zanahoria lleva la linterna y el padrino una caja de hojalata llena hasta la mitad de tierra mojada. Cultiva en ella un repuesto de gusanos para pescar. Los tiene cubiertos con musgo húmedo, de manera que nunca le falten. Cuando durante el día ha llovido, la recolección es abundante.

PADRINO

Cuidado, no los pises, anda despacio. Si no fuese por temor a un resfriado, me pondría alpargatas. Al menor ruido, el gusano se mete de nuevo en su agujero. No se le puede coger sino cuando se aleja demasiado de su casa. Hay que cogerlo de un modo brusco y apretando un poco para que no se escurra. Si tiene ya medio cuerpo dentro, suéltalo: lo romperías. Y un gusano roto no vale nada. Primero, hace que los demás se pudran y los peces delicados los desdeñan. Hay pescadores que economizan gusanos: hacen mal. No se pescan peces hermosos sino con gusanos enteros, vivos, que se retuerzan en el fondo del agua. El pez se imagina que tratan de huir, se lanza en su persecución, y los devora sin desconfianza.

PELO DE ZANAHORIA

A mí se me escapan casi siempre y me dejan los dedos untados de su baba asquerosa.

PADRINO

Un gusano no es asqueroso. Un gusano es lo más limpio que hay en el mundo. No se alimenta más que de tierra, y cuando lo aprietan, no devuelve más que tierra. Si fuera yo, los comería.

PELO DE ZANAHORIA

Pues, por mi parte, te los cedo. A ver, cómelos.

PADRINO

Estos están un poco gordos. Primero habría que asarlos a la parrilla y luego extenderlos en pan. Pero los pequeños me los como crudos, como los de las ciruelas.

PELO DE ZANAHORIA

Sí, ya lo sé. Por eso le das asco a mi familia, a mamá sobre todo, y en cuanto se acuerda de ti, le dan náuseas. Yo te apruebo sin imitarte, porque no eres difícil y nos llevamos bien.

Levanta la linterna, baja una rama de ciruelo y coge unas cuantas ciruelas. Se guarda las buenas y da las agusanadas al padrino, que dice, tragándoselas enteras, redondas, con hueso y todo:

PADRINO

Estas son las mejores.

PELO DE ZANAHORIA

¡Oh! Van a terminar por gustarme y comerlas como tú. Solo temo dar mal olor y que mamá lo note si me da un beso.

PADRINO

No huelen (*le echa el aliento en la cara a su ahijado*).

PELO DE ZANAHORIA

Es verdad. No hueles más que a tabaco. Eso sí, hueles tanto a tabaco que apestan. Te quiero mucho, padrinito, pero más te querría, y más que a nadie, si no fumaras en pipa.

PADRINO

¡Ganso! Así se va uno conservando.

MATILDE

—OYE, MAMÁ —DICE ERNESTINA, LA HERMANA, a la señora Lepic—, Pelo de Zanahoria sigue jugando en la pradera con Matildita a marido y mujer. Félix los está visitando. Y si no me equivoco, eso está prohibido.

Efectivamente, en el prado, Matildita permanece inmóvil y tiesa, con su tocado de clemátide silvestre de flores blancas. Adornada como está, parece, sin duda, una novia cubierta de azahares. Y tantos tiene, que serían bastantes para aliviar todos los cólicos de la vida.

La clemátide, trenzada primero como una corona sobre la cabeza, cae a oleadas por debajo de la barbilla, por la espalda, a lo largo de los brazos; voluble, ciñe el talle y forma por el suelo una cola rampante que Félix, el hermano mayor, no se cansa de hacer más larga.

Echándose atrás, dice:

—¡No te muevas! Ahora tú, Pelo de Zanahoria.

Pelo de Zanahoria, a su vez, se viste de recién casado, cubierto también de clemátides, entre las que aquí y allá

detonan adormideras, bayas de acebo o un diente de león amarillo, para que se le pueda diferenciar de Matilde. No se ríe, y los tres mantienen su seriedad. Ya saben el tono que a cada ceremonia conviene. Se debe estar triste en los entierros desde que empiezan hasta que acaban y serio en las bodas hasta después de la misa. Si no, ya no resulta divertido el juego.

—Dense las manos —dice Félix, el hermano mayor—. Pero despacito.

Se apresuran, pero sin acercarse. Cuando a Matilde se le traban los pies, se recoge la cola y la sostiene con los dedos. Pelo de Zanahoria, galante, la espera con un pie en el aire.

Félix, el hermano mayor, los guía por el prado. Anda hacia atrás y, con el meneo de los brazos, les lleva el compás. Hace de señor alcalde y los saluda, luego de señor cura y los bendice, luego de amigo que los felicita y cumplimenta, luego de violinista y rasca con un bastón otro bastón.

Los pasea de arriba abajo.

—¡Alto! —dice—. Esto no está funcionando.

Pero no hace más que dar un papirotazo a la corona de Matilde, y otra vez el cortejo está en marcha.

—¡Ay! —exclama Matilde, torciendo el gesto.

Un zarcillo de clemátide le tira del pelo. Félix, el hermano mayor, lo arranca con pelo y todo. Y siguen andando.

—¡Ajajá! —dice—. Ahora, ya están casados. ¡Dense un beso! —Como ellos vacilan—: ¿Pero qué pasa? ¡A ver! ¡Bésense! Cuando uno se casa, ya puede besar. Hagan el amor, una declaración. ¡Parecen de plomo!

En su superioridad, se mofa de la torpeza de ellos, él, que nunca ha pronunciado palabras de amor. Para dar ejemplo, besa primero a Matilde, por lo difícil.

Pelo de Zanahoria se envalentona: busca a través de la planta trepadora el rostro de Matilde, y la besa en el cachete.

—No lo digo por decir —asegura—. Me casaría contigo.

Como lo recibió, Matilde le devuelve su beso. Enseguida, torpes, cohibidos, se ponen los dos colorados.

Félix, el hermano mayor, les hace los cuernos:

—¡Sol, sol!

Se frota dos dedos, uno contra otro, y patalea, con manchas en los labios.

—¿Serán estúpidos? ¿No se dan cuenta de que es de veras?

—Lo primero —dice Pelo de Zanahoria— es que a mí no me importa eso de “sol”, y luego, ¡rabia, rabia!, que no eres tú quien me ha de impedir casarme con Matilde si mamá quiere.

Pero aquí viene mamá a decir en persona que no quiere. Abre la valla del prado; entra seguida de Ernestina, la que le fue con el cuento; al pasar por el seto, quiebra una vara, le quita las hojas y deja las espinas.

Llega en línea recta, inevitable como la tormenta.

—¡Cuidado con los golpes! —dice Félix, el hermano mayor.

Echa a correr al otro extremo del prado. Allí está seguro y puede ver lo que pasa.

Pelo de Zanahoria no huye nunca. Normalmente, por cobarde que sea, prefiere acabar con eso de una vez, y hoy se siente valiente.

Matilde, temblorosa, llora como una viuda, entre hipos.

PELO DE ZANAHORIA

No tengas miedo. Conozco a mamá, y no tiene más que para mí. Yo aguantaré todo.

MATILDE

Sí, pero tu mamá se lo dice luego a mi mamá, y mi mamá me pega.

PELO DE ZANAHORIA

Me corrige, se dice “me corrige”, como si se tratara de un ejercicio escrito. ¿Te corrige a ti tu mamá?

MATILDE

A veces, según como vea.

PELO DE ZANAHORIA

Pues a mí siempre me toca algo.

MATILDE

¡Pero si yo no he hecho nada...!

PELO DE ZANAHORIA

No importa. ¡Cuidado!

La señora Lepic se acerca. Ya los tiene. Tiempo no le falta. Modera el paso. Tan cerca está, que Ernestina, la hermana, por miedo a los golpes de rebote, se queda quieta al borde del círculo en el que ha de ocurrir toda la acción. Pelo de Zanahoria se planta enfrente de “su mujer”, que solloza más fuerte. Las clemátides silvestres enredan sus flores blancas. La vara de la señora Lepic se levanta, a punto de cimbrar. Pelo de Zanahoria, pálido, se cruza de brazos y, arrugada la nuca, calientes ya los riñones, con anticipado escozor en las pantorrillas, tiene el orgullo de exclamar: “¡Qué importa si uno se divierte!”.

LA CAJA DE CAUDALES

EL OTRO DÍA, PELO DE ZANAHORIA SE ENCUEN-
tra con Matilde, y ella le dice:

MATILDE

Tu mamá ha ido a contárselo todo a mi mamá, y me han
dado una buena paliza. ¿A ti?

PELO DE ZANAHORIA

Yo ya no me acuerdo. Pero tú no merecías que te pegaran,
porque no hacíamos nada malo.

MATILDE

No, eso está claro.

PELO DE ZANAHORIA

Y yo insisto en que hablaba en serio cuando te dije que
me casaría contigo.

MATILDE

También yo me casaría contigo.

PELO DE ZANAHORIA

Podría despreciarte, porque tú eres pobre y yo rico, pero no le pongas cuidado: te aprecio.

MATILDE

¿Cuánto tienes para ser rico, Pelo de Zanahoria?

PELO DE ZANAHORIA

Mis padres tienen al menos un millón.

MATILDE

¿Y cuánto viene a ser un millón?

PELO DE ZANAHORIA

Viene a ser muchísimo: los millonarios nunca pueden gastarse todo su dinero.

MATILDE

Mis padres se quejan a menudo de que les falta.



PELO DE ZANAHORIA

¡También los míos! Cada quien se queja para que le compadezcan y para halagar a los envidiosos. Pero yo sé que somos ricos. El primer día del mes, papá se queda un momento solo en su cuarto. Oigo rechinar la cerradura de la caja de caudales: parece una rana cuando croa al anochecer. Papá dice una palabra que nadie sabe cuál es: ni mamá, ni mi hermano, ni mi hermana, nadie más que él y yo, y la puerta de la caja de caudales se abre. Papá saca de ella el dinero y lo deja luego sobre la mesa de la cocina. No dice nada, no hace más que sonar las monedas para que mamá, atareada en la hornilla, lo note. Papá sale. Mamá se da la vuelta y recoge de prisa el dinero. Así ocurre todos los meses y desde hace ya mucho tiempo: prueba de que hay más de un millón en la caja.

MATILDE

¿Y para abrirla dice una palabra? ¿Qué palabra?

PELO DE ZANAHORIA

No te preocupes, perderías el tiempo. Ya te la diré cuando estemos casados, con la condición de que me prometas no repetírsela a nadie.

MATILDE

Dímela ahora mismo. Te prometo no repetirla nunca.

PELO DE ZANAHORIA

No, es un secreto de papá y mío.

MATILDE

No la sabes. Si la supieras, me la dirías.

PELO DE ZANAHORIA

¡Que sí la sé!

MATILDE

¡No la sabes, no la sabes! ¡Bien hecho, bien hecho!

PELO DE ZANAHORIA

Apostemos a que sí la sé (*dice serio*).

MATILDE

¿Qué apostamos? (*pregunta vacilante*).

PELO DE ZANAHORIA

¿Me dejas que te toque donde yo quiera y te digo la palabra?

Matilde mira a Pelo de Zanahoria. No le entiende del todo. Entrecierra mucho los grises ojuelos pícaros, y ya tiene dos curiosidades en lugar de una.

MATILDE

Di primero la palabra, Pelo de Zanahoria.

PELO DE ZANAHORIA

¿Vas a jurarme que después te dejas tocar donde yo quiera?

MATILDE

Mamá me prohíbe que jure.

PELO DE ZANAHORIA

Entonces no te diré la palabra.

MATILDE

¡Pues no me importa la palabra! ¡La adiviné, sí, la adiviné!
Pelo de Zanahoria, impaciente, suelta todo:

—Oye, Matilde, no has adivinado absolutamente nada, pero me contentaré con tu palabra de honor. La palabra que papá pronuncia antes de abrir la caja de caudales es “Lustucú”. Ahora ya puedo tocarte donde quiera.

—¡Lustucrú! ¡Lustucrú! —dice Matilde, retrocediendo, con el gusto de conocer un secreto y el temor de que no le sirva para nada—. ¿De veras que no te burlas de mí?

Y luego, como Pelo de Zanahoria, sin contestar, se le acerca, decidido, con las manos tendidas, echa a correr. Y Pelo de Zanahoria oye su risa seca.

Ha desaparecido ya, cuando siente detrás una burla.

Se da la vuelta. Por la ventanilla de una cuadra, un criado de la casa de campo saca la cabeza y enseña los dientes.

PEDRO

¡Ya te vi, Pelo de Zanahoria, y se lo contaré todo a tu madre!

PELO DE ZANAHORIA

Era cosa de juego, Perico. Quería ver si cogía a la chica. Lustucrú es un nombre falso, inventado por mí. Además, el verdadero no lo sé.

PEDRO

Tranquilízate, Pelo de Zanahoria: ese Lustucrú me tiene sin cuidado, y no le hablaré de eso a tu madre. Le hablaré de lo demás.

PELO DE ZANAHORIA

¿De lo demás?

PEDRO

Sí, de lo demás. Te pillé, te pillé, Pelo Zanahoria. A ver si te atreves a decir que no te pillé. ¡Ah! ¡No empiezas mal, para los años que tienes! Pero esta noche te ajustarán las cuentas.

Pelo de Zanahoria no sabe qué replicar. Roja la cara hasta tal punto que parece apagar el color natural de sus cabellos, con las manos en los bolsillos, se aleja agachándose, dando resoplidos.

LOS RENACUAJOS

PELO DE ZANAHORIA ESTÁ JUGANDO SOLO EN el patio, en medio, para que la señora Lepic pueda vigilarlo por la ventana, y se ejercita jugando como es debido, cuando el compañero Remigio se presenta. Es un muchacho de su misma edad, que cojea y se empeña siempre en correr, de modo que su pierna izquierda, la del achaque, se arrastra detrás de la otra, sin cogerla nunca. Lleva una cesta y dice:

REMIGIO

¿Vienes, Pelo de Zanahoria? Papá lleva el cáñamo al río. Lo ayudaremos y pescaremos renacuajos con cestas.

PELO DE ZANAHORIA

Pídeselo a mamá.

REMIGIO

¿Y por qué yo?

PELO DE ZANAHORIA

Porque a mí nunca me da permiso.

Precisamente la señora Lepic aparece en la ventana. “Señora”, dice Remigio, “¿quiere usted hacer el favor de dejar venir conmigo a Pelo de Zanahoria a pescar renacuajos?”.

La señora Lepic pega el oído al cristal. Remigio vuelve a gritar sus palabras. La señora Lepic se entera. La ven que mueve la boca. Los dos amigos nada oyen y se miran indecisos. Pero la señora Lepic agita la cabeza y hace claramente señas de que no.

PELO DE ZANAHORIA

No quiere. Me necesitará, sin duda, enseguida.

REMIGIO

¡Cómo hacemos! Nos hubiéramos divertido mucho. ¡No quiere, no quiere!

PELO DE ZANAHORIA

Quédate. Jugaremos aquí.

REMIGIO

¡Ah, no! ¡De ninguna manera! Prefiero pescar renacuajos. Hace buen clima. Los cogeré a cestas.

PELO DE ZANAHORIA

Espera un poco. Mamá siempre se niega al principio. Pero luego, a veces, cambia de opinión.

REMIGIO

Esperaré un cuartito de hora nada más.

Los dos, chasqueados, con las manos en los bolsillos, observan sigilosos la escalera, y pronto Pelo de Zanahoria da con el codo a Remigio: “¿Qué te decía yo?”.

En efecto, la puerta se abre, y la señora Lepic, llevando en la mano un cesto para Pelo de Zanahoria, baja un escalón. Pero, desconfiada, se detiene.

LA SEÑORA LEPIC

¡Hombre! ¿Aún estás aquí, Remigio? Creí que ya te habías ido. Le diré a tu padre que pierdes el tiempo, para que te regañe.

REMIGIO

Señora, ha sido Pelo de Zanahoria, que me ha dicho que esperara.

LA SEÑORA LEPIC

¡Ah! ¿Conque sí, Pelo de Zanahoria?

Pelo de Zanahoria no afirma ni niega. No sabe nada. Conoce al dedillo a la señora Lepic. Una vez más adivinó lo que ella iba a hacer. Pero ya que ese imbécil de Remigio enreda las cosas y lo echa todo a perder, a Pelo de Zanahoria ya no le importa el desenlace. Aplasta la hierba con el pie y mira a otro lado. “Sin embargo, me parece”, dice la señora Lepic, “que no tengo costumbre de cambiar de opinión”.

Nada más añade.

Vuelve a subir la escalera. Se mete en casa con la cesta que había de llevarse Pelo de Zanahoria para pescar renacuajos, y a la que le había sacado las nueces frescas.

Ya está lejos Remigio.

La señora Lepic no suele hacer bromas, y los niños ajenos se acercan prudentemente a ella y la temen casi tanto como al maestro de escuela.

Remigio echa a correr hacia allá, hacia el río. Tan de prisa galopa que su pie izquierdo, siempre retrasado, va dejando

una raya en el polvo de la carretera; danza y suena como una cacerola.

Día perdido. Pelo de Zanahoria ya no intenta distraerse.

Le ha fallado una buena oportunidad.

El sentimiento está en camino.

Lo espera.

Solitario, sin defensa, deja venir el aburrimiento, y que el castigo se aplique por sí solo.

MUTACIÓN

ESCENA PRIMERA

LA SEÑORA LEPIC

¿Adónde vas?

PELO DE ZANAHORIA

(Se pone la corbata nueva y echa saliva a los zapatos hasta anegarlos.)

Voy de paseo con papá.

LA SEÑORA LEPIC

Te prohíbo que vayas, ¿lo oyes? Si no... *(hace su mano derecha hacia atrás, como para tomar impulso).*

PELO DE ZANAHORIA

(Por lo bajo.)

¡Entendido!

ESCENA II

PELO DE ZANAHORIA

(Meditando junto al reloj.)

Yo, ¿qué es lo que quiero? Evitar coscorrónes. Papá me da menos que mamá: he hecho la cuenta. Él se lo pierde.

ESCENA III

EL SEÑOR LEPIC

(Quiere a Pelo de Zanahoria, pero nunca se ocupa de él, porque anda siempre de viaje por negocios.)

¡Vamos!

PELO DE ZANAHORIA

No, papá.

EL SEÑOR LEPIC

¿Cómo que no? ¿No quieres venir?

PELO DE ZANAHORIA

Sí, pero no puedo.

EL SEÑOR LEPIC

¿Cómo así? ¿Qué ocurre?

PELO DE ZANAHORIA

Nada, pero me quedo.

EL SEÑOR LEPIC

¡Ah, vamos! Una de tus ocurrencias. ¡Qué bicho tan raro eres! No sabe uno por qué oreja te ha de coger. Primero quieres, después no quieres. Pues quédate, amiguito, y lloriquea a tus anchas.

ESCENA IV

LA SEÑORA LEPIC

(Toma siempre la precaución de escuchar detrás de la puerta para oír mejor.)

¡Pobrecito! *(Mimosa, le pasa la mano por el pelo y le da un tirón)*. Aquí lo tienen ustedes hecho un mar de lágrimas, porque su padre *(mira de reojo al señor Lepic)* quiere llevárselo contra su voluntad. Tu madre no te atormentaría

con semejante crueldad. (*Los Lepic, padre y madre, se vuelven la espalda*).

ESCENA V

PELO DE ZANAHORIA

(*En el fondo de una despensa. Con dos dedos metidos en la boca y uno solo en la nariz.*)

¡No todos pueden ser huérfanos!

DE CAZA

EL SEÑOR LEPIC LLEVA DE CAZA A SUS HIJOS, PRIMERO uno y luego el otro. Van detrás de él, un poco a la derecha, por la dirección de la escopeta, y cargan el morral. El señor Lepic es un caminante infatigable. Pelo de Zanahoria se propone seguirlo con apasionada testarudez, sin quejarse. Los zapatos lo lastiman, nada dice, y los dedos se le engarrotan; se le hinchan los dedos gordos por la punta, de modo que llegan a parecer martillitos.

Si el señor Lepic mata una liebre, antes de volver a ponerse a cazar, le dice:

—¿Quieres que la dejemos en el primer caserío o la escondemos en un seto para recogerla en la tarde?

—No, papá —contesta Pelo de Zanahoria—, prefiero llevarla yo.

Y durante todo un día tiene que llevar dos liebres y cinco perdices. Mete la mano o el pañuelo por debajo de la correa del morral para que descanse el hombro dolorido. Si se cruza

con alguien, yergue con rapidez la espalda y se olvida de la carga por un momento.

Pero se cansa, sobre todo cuando no ha caído ninguna pieza y deja de sostenerlo la vanidad.

—Espérame aquí —dice a menudo el señor Lepic—. Voy a explorar por esos campos.

Pelo de Zanahoria, irritado, se queda quieto, de pie, al sol. Mira a su padre patalear por el campo, surco a surco, terrón por terrón, hollándolo, igualándolo como un rastrillo; lo ve golpear con la escopeta setos, zarzas y cardos, mientras que el propio Píramo, sin fuerzas para más, busca la sombra y se tiende un poco, jadeante, con toda la lengua fuera.

—¡Pero si no hay nada! —piensa Pelo de Zanahoria—. ¡Sí, da golpes, rompe ortigas, forrajea! Si yo fuera liebre, agazapada en el hueco de una zanja, entre las hojas, ¡sí que me libraría bien de moverme con este calor!

Y con disimulo maldice al señor Lepic, dirigiéndole pequeñas injurias.

Y el señor Lepic salta otra cerca para registrar una mielga que hay al lado; esta vez le sorprendería mucho no encontrar allí algún vástago de liebre.

—Me dice que le espere —murmura Pelo de Zanahoria—, y ahora tengo que ir corriendo a su lado. Día que empieza mal, acaba mal. ¡Trota y suda, papá; revienta al perro, dóblame!





¡Como si nos estuviésemos sentados! Esta noche volvemos a casa con las manos vacías.

Porque Pelo de Zanahoria es ingenuamente supersticioso.

En cuanto se *lleva la mano a la gorra*, ya está Píramo en acecho, el pelo erizado, tiesa la cola. De puntillas, el señor Lepic se acerca todo lo que puede, apoyada la culata en el hombro. Pelo de Zanahoria se queda inmóvil, y un primer arrebató de emoción lo sofoca. *Se quita la gorra*.

Vuelan unas perdices o salta una liebre. Y según vuelva Pelo de Zanahoria a *ponerse la gorra o simule un saludo*, el señor Lepic yerra el tiro o acierta.

Pelo de Zanahoria lo confiesa: el sistema no es infalible. Cuando un ademán se repite demasiado, llega a no hacer efecto, como si la fortuna se fatigara de atender a los mismos signos. Zanahoria los espacia discretamente, y con esta condición, casi siempre da en el clavo.

—¿Has visto qué tiro? —pregunta el señor Lepic, levantando una liebre, caliente todavía, y apretándole el rubio vientre para obligarla a hacer sus necesidades supremas—. ¿De qué te ríes?

—De que la has matado gracias a mí —dice Pelo de Zanahoria.

Y, orgulloso del nuevo éxito, expone su método con aplomo.

EL SEÑOR LEPIC

¿Es en serio?

PELO DE ZANAHORIA

¡Señor! ¡No es que tenga la pretensión de no equivocarme nunca!

EL SEÑOR LEPIC

¡Cállate enseguida, tonto! No te aconsejaría yo que si le tienes cariño a tu reputación de muchacho listo, soltaras esas estupideces delante de extraños. Se te reirían en la cara. A no ser que, por casualidad, quieras hacer burla de tu padre.

PELO DE ZANAHORIA

Te juro que no, papá. Pero tienes razón: no soy más que un ignorante.

LA MOSCA

SIGUE LA CAZA, Y PELO DE ZANAHORIA, ENCOGIéndose de hombros por el remordimiento, de bruto que se juzga, sigue a su padre con ardor renovado, obligándose a poner exactamente el pie izquierdo allí donde el señor Lepic puso el pie izquierdo, y dando zancadas como si huyese de un ogro. Solo toma algún descanso para coger una mora, una pera silvestre o unas ciruelas, que estrechan la boca, ponen blancos los labios y calman la sed. Además, en una de las bolsas del morral va el frasco del aguardiente. Sorbo a sorbo, casi lo termina, porque al señor Lepic, en la embriaguez de la caza, se le olvida pedirlo. “Papá, ¿una gota?”.

El viento solo trae un rumor negativo. Pelo de Zanahoria se bebe la gota que ofrecía, deja vacío el frasco y, dándole vueltas la cabeza, sale otra vez detrás de su padre. De pronto se para, se mete un dedo en el hueco de la oreja, lo agita vivamente, lo saca, hace como si escuchase y le grita al señor Lepic:

PELO DE ZANAHORIA

Oye, papá, creo que se me metió una mosca en la oreja.

EL SEÑOR LEPIC

Pues sácatela, hijo.

PELO DE ZANAHORIA

Se ha metido mucho, no puedo tocarla. Oigo el zumbido.

EL SEÑOR LEPIC

Déjala que se muera ella sola.

PELO DE ZANAHORIA

Pero ¿y si pone huevos, papá? ¿Y si hace nido?

EL SEÑOR LEPIC

Mátala, entonces, con la punta del pañuelo.

PELO DE ZANAHORIA

Si echara un poco de aguardiente para ahogarla... ¿Me das permiso?

EL SEÑOR LEPIC

¡Echa todo lo que quieras, pero de prisa!

Pelo de Zanahoria se aplica a la oreja el cuello del frasco y lo vacía por segunda vez, por si acaso al señor Lepic se le ocurriese reclamar su parte.

Y pronto Pelo de Zanahoria exclama muy alegre, echando a correr: “Mira, papá, ya no oigo a la mosca. Se debe haber muerto. Solo que se lo ha bebido todo”.

LA PRIMERA COALLA

—PONTE AQUÍ —DICE EL SEÑOR LEPIC—. ES el mejor sitio. Yo me iré a pasear por el bosque con el perro. Levantaremos las coallas, y cuando oigas “pit, pit”, abre bien las orejas y los ojos. Las coallas pasarán por encima de tu cabeza.

Pelo de Zanahoria tiene la escopeta echada en el brazo. Es la primera vez que le va a disparar a una coalla. Ha matado ya una codorniz, ha arrancado plumas a una perdiz y ha errado a una liebre con la escopeta de su padre.

A la codorniz la mató en el suelo, delante de las narices del perro, puesto en acecho. Miraba primero, sin verla, aquella bolita redonda del color del suelo.

—Hazte atrás —le dijo el señor Lepic—. Estás demasiado cerca.

Pero Pelo de Zanahoria, con su instinto, dio un paso adelante, se echó la escopeta a la cara, tiró a quemarropa y volvió a meter en la tierra la bolita gris. De su codorniz machacada,

desaparecida, no pudo encontrar más que unas plumas y un pico ensangrentado.

Sin embargo, la fama de un cazador joven no queda consagrada mientras no mate una coalla, y es necesario que este atardecer sea decisivo en la existencia de Pelo de Zanahoria.

El crepúsculo engaña, todos lo saben. Los objetos mueven sus líneas esfumadas. El volar de un mosquito perturba tanto como la proximidad del trueno. Así, Pelo de Zanahoria, conmovido, quisiera que fuese ya después.

Los tordos, de vuelta de los prados, pasan como cohetes, rápidos, entre las encinas. Les apunta para hacerse a la mira. Con la manga frota el vapor que empaña el cañón de la escopeta. Unas hojas secas dan aquí y allá un pequeño trote.

Al cabo, dos coallas, cuyos largos picos les hacen pesado el vuelo, se levantan, se persiguen enamoradas y dan vueltas por encima del bosque estremecido.

Van haciendo “pit, pit, pit”, como el señor Lepic le dijo, pero tan levemente, que Pelo de Zanahoria duda que vengan hacia él. Sus ojos se mueven con vivacidad. Ve pasar dos sombras sobre su cabeza y, apoyada la culata en el vientre, dispara de inmediato, al aire.

Una de las coallas cae con el pico por delante y el eco dispersa la formidable detonación hasta las cuatro esquinas del bosque.

Pelo de Zanahoria recoge la coalla, que tiene rota un ala, la zarandea gloriosamente y aspira el olor de la pólvora.

Acude Píramo, adelantándose al señor Lepic, que no se da más ni menos prisa que de ordinario.

—Va a quedar asombrado —piensa Pelo de Zanahoria, dispuesto a recibir elogios.

Pero el señor Lepic separa las ramas, se presenta y dice con voz tranquila a su hijo, humeante aún:

—¿Cómo? ¿No has matado las dos?



EL ANZUELO

PELO DE ZANAHORIA ESTÁ QUITANDO LA ESCAMA a sus pescados: gobios, breques y hasta percas. Los raspa con un cuchillo, les abre el vientre y revienta con el tacón las vejigas dobles transparentes. Junta los desperdicios para el gato. Trabaja afanándose, absorto, encorvado sobre el balde blanco de espuma y teniendo cuidado de no mojarse.

La señora Lepic va a echar un vistazo.

—¡Vaya! —dice—. ¡Buen almuerzo nos has pescado para hoy! Cuando quieres, no eres torpe.

Le acaricia el cuello y los hombros, pero al quitar la mano, lanza gritos de dolor.

Tiene un anzuelo clavado en la yema del dedo.

Acude Ernestina, la hermana; Félix, el hermano mayor, viene detrás, y pronto llega el mismísimo señor Lepic.

—¡A ver! —dicen todos.

Pero ella se aprieta el dedo en la falda, entre las rodillas, y el anzuelo se clava más hondo. Mientras Félix, el hermano

mayor, y Ernestina, la hermana, la sostienen, el señor Lepic la coge del brazo y se lo levanta, para que todos puedan ver el dedo. El anzuelo se lo ha traspasado.

Intenta extraerlo el señor Lepic.

—¡Ay, no, así no! —grita la señora Lepic con voz aguda.

Efectivamente, el anzuelo está atrapado en su dardo, por una parte, y en el anillo, por otra.

El señor Lepic se pone los lentes.

—¡Diablos! —exclama—. ¡Hay que romper el anzuelo!

¿Cómo romperlo? Al menor esfuerzo del marido, que no tiene dónde agarrar, la señora Lepic salta y aúlla. ¿Le arrancan el corazón, la vida? Además, el anzuelo es de acero bien templado.

—Entonces —dice el señor Lepic—, hay que cortar la carne.

Se afianza los lentes, saca el cortaplumas y empieza a pasar por el dedo una hoja tan poco afilada y de modo tan débil que no penetra. Aprieta, suda. Sale sangre.

—¡Ay, ay, ay! ¡Ay, ay, ay! —grita la señora Lepic, y todo el grupo tiembla.

—¡Más rápido, papá! —dice Ernestina, la hermana.

—¡Tienes que ser fuerte! —dice Félix, el hermano mayor, a su madre.

El señor Lepic pierde la paciencia. El cortaplumas desgarrar, sierra al azar, y la señora Lepic, después de haber murmurado: “¡Carnicero!, ¡carnicero!”, se desmaya, por fortuna.

El señor Lepic se aprovecha. Blanco, vuelto loco, da tajos, cava en la carne, y ya el dedo no es más que una llaga sangrienta, de la que se desprende el anzuelo.

¡Uf!

Entretanto, Pelo de Zanahoria no ha servido de nada. Al primer grito de su madre salió a correr y, sentado en la escalera, con la cabeza entre las manos, se explica lo que sucedió. Indudablemente, una vez que echó la caña a lo lejos, el anzuelo se le enganchó en la espalda.

—¡Ya no me extraña que no picaran! —exclama.

Oye los lamentos de su madre y, de pronto, no siente gran pesar al oírlos. ¿No ha de gritar él a su vez enseguida, y no menos fuerte que ella, tan fuerte como le sea posible, hasta quedarse ronco, para que ella se dé por vengada más pronto y le deje en paz?

Unos vecinos, curiosos, le preguntan:

—¿Qué ocurre, Pelo de Zanahoria?

Él no contesta, se tapa los oídos y su cabeza roja desaparece. Los vecinos se ponen en fila al pie de la escalera a esperar noticias.

Al cabo, la señora Lepic aparece.

Está pálida como recién parida, y, en el orgullo de haber corrido grave riesgo, lleva por delante el dedo cuidadosamente entrapado. Va triunfando de un ataque de dolor. Sonríe a

los asistentes, los tranquiliza con unas pocas palabras y dice con dulzura a Pelo de Zanahoria:

—Mira, pequeño, me has hecho daño, pero no te guardo rencor: no ha sido culpa tuya.

Nunca le habló en tono semejante a Pelo de Zanahoria. Sorprendido, alza la frente. Ve el dedo de su madre envuelto en trapos e hilos, pulcro, grueso, cuadrado, como muñeca de niña pobre. Los ojos secos se le llenan de lágrimas.

La señora Lepic se inclina. Él hace el acostumbrado ademán de protegerse con el codo. Pero ella, generosa, le da un beso delante de todos.

Pelo de Zanahoria no entiende y llora a lágrima viva.

—¡Pero si te digo que se acabó, que te perdono! ¿Tan mala crees que soy?

Los sollozos de Pelo de Zanahoria redoblan.

—¿Será tonto? ¡Cualquiera diría que lo están degollando! —dice la señora Lepic a los vecinos, enternecidos por su bondad.

Les alarga el anzuelo, y ellos lo examinan con curiosidad. Uno afirma que es del número 8. Va recobrando ella poco a poco la facilidad para hablar y, con lengua voluble, refiere el drama al público.

—¡Ah! ¡En aquel momento lo hubiera matado si no lo quisiera tanto! ¡Parece mentira, un instrumento tan chico como un anzuelo! Creí que me subía hasta las nubes.

Ernestina, la hermana, propone que vayan a enterrarlo lejos, al extremo del jardín, en un hoyo, apisonando después la tierra.

—¡Cómo! ¡Nada de eso! —dice Félix, el hermano mayor—. Me lo quedo para pescar. ¡Piensa! ¡Un anzuelo empapado en sangre de mamá! ¡La cantidad de peses que voy a coger! ¡Presta! ¡Gordos como el muslo!

Y zarandea a Pelo de Zanahoria, que, estupefacto aún por haberse librado del castigo, exagera todavía su arrepentimiento, lanza por la garganta gemidos roncós y lava a grifo abierto las manchas de su fea cara, hecha para los bofetones.

LA MONEDA DE PLATA

|

LA SEÑORA LEPIC

¿No se te perdió nada, Pelo de Zanahoria?

PELO DE ZANAHORIA

No, mamá.

LA SEÑORA LEPIC

¿Por qué dices que no así, tan rápido, sin saberlo? Sácate primero los bolsillos.

PELO DE ZANAHORIA

(Saca los forros de sus bolsillos y los mira colgar como si fuesen orejas de burro.)

¡Ah, sí, mamá! Dámelo.

LA SEÑORA LEPIC

¿Dame qué? ¿Entonces sí se te perdió algo? ¡Te pregunté por casualidad y resulta que adiviné! ¿Qué se te perdió?

PELO DE ZANAHORIA

No sé.

LA SEÑORA LEPIC

¡Cuidado, que me vas a decir mentiras! Ya estás divagando como un pez aturdido. Contesta despacio. ¿Qué se te perdió? ¿Es el trompo?

PELO DE ZANAHORIA

Precisamente. Ya no me acordaba. Es el trompo, sí, mamá.

LA SEÑORA LEPIC

No, no es el trompo. Te lo quité la semana pasada.

PELO DE ZANAHORIA

Entonces, será mi cortaplumas.

LA SEÑORA LEPIC

¿Cuál cortaplumas? ¿Quién te regaló un cortaplumas?

PELO DE ZANAHORIA

Nadie.

LA SEÑORA LEPIC

¡Pobre hijo mío! ¡No acabaremos nunca! Cualquiera diría que una te vuelve loco. Y, sin embargo, estamos solos. Te interrogo con dulzura. Un hijo que quiere a su madre, todo se lo confía. Apuesto a que se te perdió tu moneda de plata. No lo sé, pero estoy segura. No me lo niegues. La nariz se te arruga.

PELO DE ZANAHORIA

Mamá, la moneda es mía. Mi padrino me la dio el domingo. Si me quedo sin ella, ¡qué hago! Es para enfadarme, pero ya me contentaré. Además, no le tenía mucho apego. ¡Una moneda más o menos...!

LA SEÑORA LEPIC

¡Se habrá visto semejante charlatán! Y yo escuchándote como una infeliz. ¿Entonces no te importa nada el trabajo de tu padrino, que tanto te mima, y que se va a poner como una fiera?

PELO DE ZANAHORIA

Imaginemos, mamá, que me gasté la moneda en algo que quería. ¡No iba a quedarme cuidándola toda la vida!

LA SEÑORA LEPIC

¡Basta ya, tonto! No debías perder la moneda ni despilfarrarla sin permiso. Ya te quedaste sin ella: reemplázala, encuéntrala, fabrícala, arréglatelas. ¡Ve y no discutas!

PELO DE ZANAHORIA

Sí, mamá.

LA SEÑORA LEPIC

Y te prohíbo que digas “Sí, mamá”, y que te las des de original, ¡y cuidadito con que yo te oiga canturrear, silbar entre dientes o imitar al carretero sin preocupaciones! ¡Connmigo no valen esas mañas!

||

Pelo de Zanahoria se pasea a pasos cortos por las avenidas del jardín, gimoteando. Busca un poco y de cuando en cuando da un resoplido. Tan pronto nota que su madre lo

observa, se queda quieto o se baja y hurga con la punta de los dedos entre las acederas, en la arena menuda. Cuando piensa que la señora Lepic ha desaparecido, deja de buscar. Sigue andando por inercia, como si husmeara.

¿Dónde demonio se habrá metido esa moneda de plata?
¿Allá arriba, en el árbol, dentro de un nido viejo?

En ocasiones, gente distraída que nada buscaba se ha encontrado unas monedas de oro. Más de una vez se ha visto. Pero aunque Pelo de Zanahoria se arrastrara por los suelos, desgastándose las rodillas y las uñas, no recogería ni un alfiler.

Cansado de caminar esperando quién sabe qué, Pelo de Zanahoria se echa el alma a la espalda y vuelve a su casa para ver cómo se presenta ante su madre. Tal vez esté tranquila y si la moneda sigue sin parecer, pueda renunciar a buscarla.

No ve a la señora Lepic. La llama tímido: “¡Mamá! ¡Mamá!”.

No contesta. Acaba de salir y dejó abierto el cajón del costurero. Entre lanas, agujas, carretes blancos, rojos y negros, Pelo de Zanahoria ve algunas monedas de plata.

Parece que se han hecho viejas allí. Tienen aspecto de dormir en aquel sitio, despertándose rara vez, llevadas de un rincón a otro, mezcladas, sin número.

Lo mismo pueden ser tres que cuatro o que ocho. Difícil sería contarlas. Tendría que revolver el cajón, sacudir los ovillos. ¿Y cómo podrían probarlo?

Con la presencia de espíritu que no le abandona más que en las ocasiones importantes, Pelo de Zanahoria, resuelto, alarga el brazo, roba una moneda y sale a correr.

El miedo de que lo sorprendan le ahorra dudas, remordimientos, una vuelta peligrosa hacia la mesa de labor.

Va derecho, con demasiado ímpetu para poder pararse, recorre las avenidas, escoge sitio, “pierde” en él la moneda, la hunde con un taconazo, se tira de cabeza y, con la hierba haciéndole cosquillas en la nariz, se arrastra a sus anchas, hace círculos irregulares, como cuando uno da vueltas, con los ojos vendados, alrededor de un objeto escondido, mientras que la persona que dirige los juegos de prendas, dándose golpes ansiosos en las pantorrillas, exclama:

—¡Cuidado! ¡Caliente, caliente!

|||

PELO DE ZANAHORIA

¡Mamá, mamá, ya la tengo!

LA SEÑORA LEPIC

Pues yo también.

PELO DE ZANAHORIA
¿Cómo así? Mírala aquí.

LA SEÑORA LEPIC
Aquí la tienes.

PELO DE ZANAHORIA
¡A ver! Déjame verla.

LA SEÑORA LEPIC
Ven tú, para que la vea yo.

PELO DE ZANAHORIA
(Enseña su moneda. La señora Lepic enseña la suya. Pelo de Zanahoria las manosea, las compara y forma su frase.)
¡Qué curioso! ¿Dónde la has encontrado tú, mamá? Yo la he encontrado en este paseo, al pie del peral. Veinte veces habré pasado por encima sin verla. Relucía. Primero creí que era un pedazo de papel o una violeta blanca. No me atrevía a cogerla. Se me habrá caído del bolsillo un día que me revolqué por la hierba haciendo diabluras. Ven, mamá, mira el sitio en que la muy pilla se ocultaba, su guarida. ¡Ya puede decir que me ha dado que hacer!

LA SEÑORA LEPIC

No diré que no. Yo la he encontrado en el otro gabán tuyo. A pesar de mis observaciones, siempre se te olvida vaciar los bolsillos cuando los llevas atestados de cosas. Quería darte una lección de orden. Te he dejado que buscaras para enseñarte. Y es preciso creer que el que busca encuentra siempre, porque ahora tienes dos monedas de plata en lugar de una. Ya estás forrado de oro. Bien está lo que bien termina, pero te aviso que el dinero no es la felicidad.

PELO DE ZANAHORIA

Entonces, mamá, ¿puedoirme a jugar?

LA SEÑORA LEPIC

¡Claro que sí! Que te diviertas, nunca volverás a ser chico para divertirti. Llévate las dos monedas.

PELO DE ZANAHORIA

¡No, mamá, con una me basta! Y aun te agradeceré que me la guardes hasta que la necesite. Eres muy buena.

LA SEÑORA LEPIC

No, las cuentas claras. Guárdate tus monedas. Las dos te pertenecen: la de tu padrino y la otra, la del peral, como no

venga su dueño a reclamarla. ¿Quién será? Por más vueltas que le doy... ¿Y tú no te imaginas?

PELO DE ZANAHORIA

No, la verdad, y me da lo mismo. Ya lo pensaré mañana. ¡Presta ahora, mamá, y gracias!

LA SEÑORA LEPIC

¡Espera! ¿Y si es del jardinero?

PELO DE ZANAHORIA

¿Quieres que vaya ahora mismo a preguntárselo?

LA SEÑORA LEPIC

Ven acá, criatura, ayúdame. Pensemos. Tu padre no puede ser sospechoso de negligencia a sus años. Tu hermana echa sus ahorros en la alcancía. A tu hermano no le queda tiempo para perder el dinero: un centavo se le deshace entre los dedos. Después de todo, tal vez he sido yo.

PELO DE ZANAHORIA

Mamá, eso me asombraría. ¡Tú, que lo guardas todo tan cuidadosamente...!

LA SEÑORA LEPIC

A veces las personas mayores se engañan como los chicos. ¡Ya me imagino! En todo caso, solo a mí me importa. No hablemos más de esto. Pierde cuidado. Corre a jugar, hijo, pero no te vayas muy lejos, mientras echo una mirada al cajón de mi costurero.

(Zanahoria, que ya cogía impulso para salir corriendo, se da vuelta y sigue un momento con los ojos a su madre, que se aleja. Al cabo, bruscamente, se le pone delante, se queda plantado y, en silencio, le ofrece una mejilla.)

LA SEÑORA LEPIC

(Levantando la mano derecha, que amenaza ruina.)

Sabía que eras embustero, pero no creí que te atrevieses a tanto. Ahora mientes dos veces. ¡Sigue, sigue! Empieza uno por robar un huevo, enseguida roba un buey y acaba por asesinar a su madre.

(Cae la primera bofetada.)

LAS IDEAS PROPIAS

EL SEÑOR LEPIC; FÉLIX, EL HERMANO MAYOR; Ernestina, la hermana, y Pelo de Zanahoria están pasando la velada junto a la chimenea, en la que arde un tronco, con raíces y todo, y las cuatro sillas se columpian sobre las patas delanteras. Discuten, y Pelo de Zanahoria, ya que no está la señora Lepic, va desarrollando sus ideas personales.

—Para mí —dice—, los títulos de familia no significan nada. Así, papá, tú sabes lo que te quiero, pues te quiero, no porque seas mi padre: te quiero porque eres mi amigo. En efecto, ningún mérito tienes en ser mi padre, pero tu amistad yo la miro como un alto favor que, sin debérmelo, me otorgas generosamente.

—¡Ah! —contesta el señor Lepic.

—¿Y yo? ¿Y yo? —preguntan Félix, el hermano mayor, y Ernestina, la hermana.

—Ocurre lo mismo —dice Pelo de Zanahoria—. El azar es quien los ha hecho hermano y hermana míos. ¿Por qué

debería darlas las gracias? ¿Quién tiene la culpa si los tres somos Lepic? Evitarlo no pueden. Entonces sería inútil que yo les tuviera gratitud por un parentesco involuntario. Solamente les doy gracias, a ti, hermano, por tu protección, y a ti, hermana, por tus cuidados eficaces.

—¡A tus órdenes! —dice Félix, el hermano mayor.

—¿De dónde irá a sacar esas reflexiones del otro mundo? —dice Ernestina, la hermana.

—Y lo que estoy diciendo —añade Pelo de Zanahoria— lo afirmo de un modo general, sin hacer caso de personalidades, y si estuviese aquí mamá, lo repetiría delante de ella.

—No lo repetirías dos veces —dice Félix, el hermano mayor.

—¿Qué ves de malo en mis palabras? —contesta Pelo de Zanahoria—. ¡Cuidado con desnaturalizar mi pensamiento! Lejos de no tener corazón, los quiero más de lo que parece. Pero este cariño, en lugar de ser trivial, instintivo y rutinario, es voluntario, razonado, lógico. Lógico: esa es la palabra.

—¿Cuándo se te quitará la manía de usar términos de los que no conoces el significado —dice el señor Lepic, levantándose para irse a la cama— y la de querer, a tu edad, creerte más que los demás? Si tu difunto abuelo me hubiese oído soltar la cuarta parte de tus majaderías, pronto me hubiera demostrado, con un puntapié y un sopapo, que no era más que su hijo.

—Pues de algo hay que hablar para pasar el rato —dice Pelo de Zanahoria, inquieto ya.

—Más vale que te calles— dice el señor Lepic con la mano abierta.

Y desaparece. Félix, el hermano mayor, se va detrás de él.

—¡Hasta la vista, compañero! —le dice a Pelo de Zanahoria.

Luego, Ernestina, la hermana, se pone en pie, y seriamente:

—¡Buenas noches, amigo! —le dice.

Pelo de Zanahoria se queda solo, desconcertado.

Ayer el señor Lepic le aconsejaba que aprendiese a reflexionar.

—¿Quién es *uno*? —le decía—. *Uno* no existe. *Todos* no es nadie. Repites demasiado lo que oyes. Trata de pensar un poco por cuenta tuya. Expresa tus ideas propias, aunque no tengas más que una para empezar.

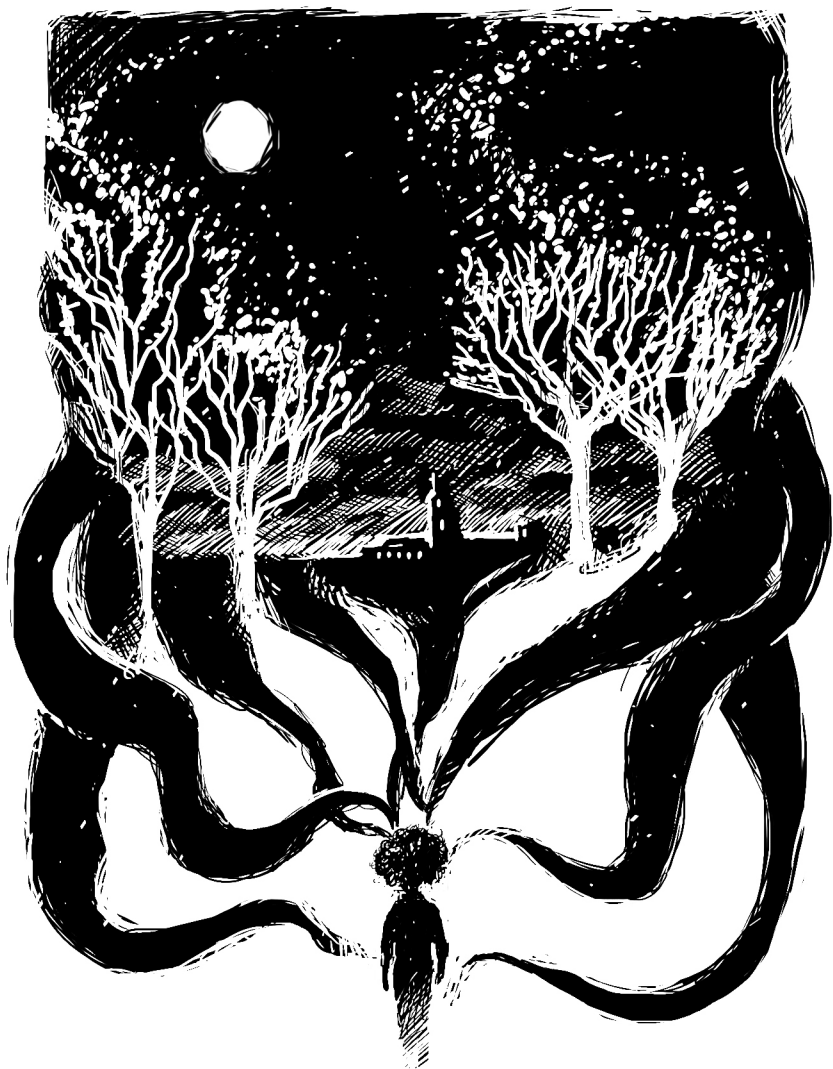
Como la primera que lanza no logra buena acogida, Pelo de Zanahoria tapa el fuego, coloca las sillas contra la pared, hace un saludo al reloj y se va al cuarto en el que arranca la escalera de una cueva, y que llaman el cuarto de la cueva. Es un cuarto fresco y agradable en verano. Allí se conserva bien la caza una semana entera. La última liebre muerta echa sangre por la nariz en un plato. Hay canastas llenas de grano para las gallinas, y Pelo de Zanahoria nunca se cansa de removerlo con los brazos, que se hunden hasta el codo.

Normalmente, los vestidos de toda la familia, colgados de la percha, le impresionan. Parecen suicidas que acaban de ahorcarse después de haber tomado la precaución de dejar las botas, bien colocadas, en la tabla de encima.

Pero esta noche Pelo de Zanahoria no tiene miedo. No revisa debajo de la cama. Ni la luna ni las sombras le causan espanto, ni el pozo del jardín, como si se abriese allí mismo a propósito para el que quisiera tirarse por la ventana.

Tendría miedo si pensara en tener miedo, pero ya no piensa tal cosa. En camisa, se le olvida andar de talones para sentir menos el frío de las rojas baldosas.

Y ya en la cama, puestos los ojos en los bullones que forma el yeso húmedo, sigue desarrollando sus ideas propias, llamadas de tal modo porque tiene uno que guardárselas para sí.



LA TORMENTA DE HOJAS

HACE MUCHO TIEMPO QUE PELO DE ZANAHORIA, soñador, está observando la hoja más alta del álamo más crecido. Pensando en las musarañas, espera que se mueva.

Parece que está desprendida del árbol, que vive aparte, sola, sin cabo, libre.

Cada día vienen a dorarla el primero y el último rayo del sol.

Desde el mediodía, permanece en una inmovilidad de muerte, más bien mancha que hoja, y Pelo de Zanahoria pierde la paciencia, intranquilo, hasta que, por último, la hojita hace una seña.

Debajo, una hojita próxima hace la misma seña. Otras la repiten, se la comunican a las hojas vecinas, que la transmiten rápidamente.

Y es una señal de alarma, porque en el horizonte se muestra la orla de un casquete pardo.

¡Ya el álamo tiembla! Lucha por moverse, por quitarse de encima las pesadas capas de aire que le molestan.

Su inquietud se apodera del haya, de una encina, de los castaños, y todos los árboles del jardín se van avisando con gestos que en el cielo el casquete se ensancha, echando hacia adelante su borde neto y sombrío.

Primero se mueven sus ramas finas y mandan callar a los pájaros: al mirlo, que lanzaba una nota al aire, como un guiante crudo; a la tórtola, a quien Pelo de Zanahoria veía, hace un momento, verter a sacudidas los arrullos de su garganta pintada, y a la urraca, insoportable con esa cola de urraca.

Después ponen en movimiento sus gruesos tentáculos para asustar al enemigo.

El lívido casquete avanza en su invasión lenta.

Llega poco a poco a abovedar el cielo. Acorrala su azul, tapa los agujeros que pudieran dar paso al aire, lo dispone todo para sofocar a Pelo de Zanahoria. Diríase a veces que flaquea de su propio peso y que va a caer sobre el pueblo, pero se detiene en la punta del campanario, por miedo de hacerse un desgarrón.

Verlo tan cerca, sin más provocaciones, hace que empiece el pánico, se levantan los clamores.

Mezclan los árboles sus masas confusas y encolerizadas, en el fondo de las cuales Pelo de Zanahoria se imagina unos nidos llenos de ojitos redondos y picos blancos. Las copas ceden y se enderezan, como cabezas bruscamente despiertas.

Vuelan las hojas a bandadas, para volver en seguida, temerosas, amansadas, e intentan pegarse otra vez al árbol. Las de la acacia, leves, suspiran; las del abedul despellejado se quejan; silban las del castaño, y las aristoloquias trepadoras chapotean, persiguiéndose por la pared.

Más abajo, los manzanos rechonchos sacuden sus manzanas, dando golpes sordos en el suelo.

Más abajo, los groselleros sangran en gotitas rojas y los uvaespinos en gotas de tinta.

Y más abajo, las coles borrachas agitan sus orejas de burro y las cebollas maduras chocan entre sí, rompiendo sus bolas hinchadas de semilla.

¿Por qué? ¿Qué les pasa? ¿Qué quiere decir esto? No truena, no graniza; ni un relámpago, ni una gota de lluvia. Pero la negrura tempestuosa de arriba, la oscuridad callada en mitad del día es lo que los vuelve locos, lo que espanta a Pelo de Zanahoria.

Ya todo el casquete se ha desplegado bajo el sol escondido.

Se mueve, Pelo de Zanahoria lo sabe; se desliza, y como está hecho de nubes móviles, acabará por huir; volverá a verse el sol. Pero aunque sirve de techumbre a todo el cielo, le oprime la cabeza por la frente. Cierra los ojos y le venda dolorosamente los párpados.

Se mete también los dedos en los oídos, pero la tempes-
tad se le entra en casa desde afuera, con sus gritos, con su
torbellino.

Recoge su corazón como un papel tirado en la calle.

Lo arruga, lo aprieta, lo echa a rodar, lo reduce.

Y pronto a Pelo de Zanahoria ya no le queda más que
una bolita de corazón.

LA REBELIÓN

|

LA SEÑORA LEPIC

Pelo de Zanahoria, hijito mío, haz el favor de ir a traerme del molino una libra de manteca. Ve corriendo. Te esperamos para sentarnos a la mesa.

PELO DE ZANAHORIA

No, mamá.

LA SEÑORA LEPIC

¿Por qué dices: “No, mamá”? Ve, que te esperamos.

PELO DE ZANAHORIA

No, mamá, no voy al molino.

LA SEÑORA LEPIC

¿Cómo que no vas al molino? ¿Qué dices? ¿Quién te pregunta?... Pero ¿estás soñando?

PELO DE ZANAHORIA

No, mamá.

LA SEÑORA LEPIC

Vamos a ver, Pelo de Zanahoria, estoy turuleta. Te mando que vayas enseguida a traer del molino una libra de manteca.

PELO DE ZANAHORIA

Ya te oí. No voy.

LA SEÑORA LEPIC

Entonces, ¿soy yo la que está soñando? ¿Qué es lo que pasa? Por primera vez en tu vida te niegas a obedecerme.

PELO DE ZANAHORIA

Sí, mamá.

LA SEÑORA LEPIC

¿Te niegas a obedecer a tu madre?

PELO DE ZANAHORIA

Sí, mamá, a mi madre.



LA SEÑORA LEPIC

¡No faltaba más! ¡Me gustaría verlo! ¿Vas a ir corriendo?

PELO DE ZANAHORIA

No, mamá.

LA SEÑORA LEPIC

¿Quieres callarte e ir corriendo?

PELO DE ZANAHORIA

Me callo, sin salir a correr.

LA SEÑORA LEPIC

¿Quieres irte volando con este plato?

||

Pelo de Zanahoria se calla y no se inmuta.

—¡Esto es una revolución! —exclama la señora Lepic en lo alto de la escalera, levantando los brazos.

En efecto, es la primera vez que Pelo de Zanahoria le dice que no. ¡Y si ella lo molestara! ¡Si estuviera jugando! Pero no: sentado en el suelo, daba vueltas a los pulgares, levantaba

la nariz al viento y cerraba los ojos para tenerlos calientes. Y ahora se queda mirándola con la cabeza en alto. No lo entiende. Llama que venga gente, como pidiendo socorro:

—¡Ernestina, Félix, vengan! ¡Vengan a verlo con su padre y que venga Águeda también! Nadie sobra.

Y hasta las escasas personas que cruzan por la calle se paran a observar.

Pelo de Zanahoria está de pie en medio del patio, a distancia, sorprendido de su firmeza frente al peligro, y más asombrado de que a la señora Lepic no se le ocurra pegarle. Tan grave es el momento, que pierde sus facultades. Renuncia a sus ademanes acostumbrados de intimidación, a la mirada aguda y ardiente como un pincho al rojo. Sin embargo, pese a sus esfuerzos, los labios se despegan por la presión de una rabia interna que se escapa con un silbido.

—Amigos míos —dice—, le he rogado con cortesía a Pelo de Zanahoria que me hiciera un favor insignificante: que fuera hasta el molino. ¿Saben lo que me contestó? Pregúntenle, para que no crean que soy yo quien se lo inventa.

Todos adivinan, y su actitud excusa a Pelo de Zanahoria de la repetición.

Ernestina, cariñosa, se le acerca y le dice por lo bajo, al oído:

—Ve con cuidado, que te va a ir mal. Obedece, haz caso a tu hermana, que te quiere.

Félix, el hermano mayor, cree que está en el teatro. No le cedería el puesto a nadie. No se para a pensar que si Pelo de Zanahoria se niega, parte de los recados tendrá que hacerlos en adelante, como es justo, el hermano mayor. Pero más bien lo anima. Ayer lo menospreciaba, llamándole gallina. Hoy lo mira como a un igual y le tiene mayor aprecio. Camina de un lado para otro y disfruta del espectáculo.

—Puesto que ha llegado el fin del mundo al revés —dice la señora Lepic—, yo no tengo ya nada que hacer y me retiro. Cedo a otro la palabra para que se encargue de domar a la fiera. Dejo al hijo enfrente del padre. ¡Que se las arreglen!

—Papá —dice Pelo de Zanahoria en plena crisis, con voz estrangulada, porque aún no se acostumbra—, si exiges que vaya a traer del molino esa libra de manteca, iré por ti, pero solo por ti. Lo que es por mi madre, me niego.

Al señor Lepic le fastidia más de lo que le halaga, al parecer, esa preferencia. Le molesta ejercer de ese modo su autoridad, porque una audiencia lo invite a ello, por una libra de manteca.

Da, disgustado, algunos pasos por la hierba, se encoge de hombros, vuelve la espalda y se mete en la casa otra vez.

Por el momento, las cosas no pasan a mayores.

PARA TERMINAR

POR LA NOCHE, DESPUÉS DE LA COMIDA, A LA QUE no asiste —por estar enferma y en cama— la señora Lepic, todos han permanecido callados, no solo por costumbre, sino también por desasosiego. El señor Lepic hace un nudo a su servilleta, la tira encima de la mesa y dice:

—¿No hay nadie que venga a dar un paseo conmigo por la carretera vieja?

Pelo de Zanahoria comprende que ese es el modo que escogió el señor Lepic para invitarlo. Se levanta igualmente, arrima la silla a la pared, como hace siempre, y sigue dócilmente a su padre.

Primero caminan silenciosos. La pregunta inevitable no surge de pronto. Pelo de Zanahoria, con la imaginación, practica adivinarla y contestarla. Ya está listo. Sacudido firmemente, nada echa de menos. Ha sentido ese día tal emoción, que no teme pasar por otra más fuerte. Y hasta el sonido de la voz del señor Lepic, al decidirse, lo tranquiliza:

EL SEÑOR LEPIC

¿Qué esperas para explicarme tu conducta reciente, que tanto le disgusta a tu madre?

PELO DE ZANAHORIA

Querido papá, mucho tiempo he dudado, pero era preciso acabar de una vez. Lo confieso: no quiero a mamá.

EL SEÑOR LEPIC

¡Ah! ¿Y por qué? ¿Desde cuándo?

PELO DE ZANAHORIA

Por todo. Desde que la conozco.

EL SEÑOR LEPIC

¡Ay, qué desgracia, hijo mío! Cuéntame, acaso, qué te ha hecho.

PELO DE ZANAHORIA

Sería largo de contar. Y, además, ¿tú no te das cuenta?

EL SEÑOR LEPIC

Sí, noté que estabas de bocón muy a menudo.



PELO DE ZANAHORIA

Me exaspera que me digan que estoy de bocón. Es natural: Pelo de Zanahoria no puede tener un rencor serio. ¿Se pone de bocón? Hay que dejarlo. Cuando se le haya pasado, saldrá del rincón tranquilo, satisfecho. Pero, sobre todo, hagan como si no se ocuparan de él. No tiene importancia... Perdona, papá, no deja de tener importancia sino para los padres y los extraños. A veces me pongo de bocón, lo confieso, en cuanto a la forma, pero también pasa, te aseguro, que rabio con toda la energía de mi corazón y que no se me olvida nunca la ofensa.

EL SEÑOR LEPIC

¡Sí, hombre, sí; esas pendejadas se te olvidarán!

PELO DE ZANAHORIA

¡No, hombre, no! Tú no lo sabes todo: ¡estás en casa tan poco tiempo...!

EL SEÑOR LEPIC

Tengo que viajar.

PELO DE ZANAHORIA

(En tono pedante.)

El negocio es el negocio, papá. Tus quehaceres te absorben, mientras que a mamá, ha llegado el momento de decírtelo, no tiene otro perro que azotar que a mí. Me libraré muy bien de echarte la culpa. Estoy seguro de que en cuanto yo te fuera con el cuento, me protegerías. Poquito a poco, ya que lo exiges, te iré contando lo que ha pasado. Verás si exagero y si tengo memoria. Pero ahora, papá, te ruego que me aconsejes. Quisiera separarme de mi madre. ¿Cuál sería, en opinión tuya, el medio más sencillo?

EL SEÑOR LEPIC

No la ves más que dos meses al año, por vacaciones.

PELO DE ZANAHORIA

Deberías aceptar que las pasara en el colegio. Así adelantaría.

EL SEÑOR LEPIC

Ese es un favor reservado a los alumnos pobres. La gente creería que te abandono. Y, además, no debes pensar solo en ti. Porque para mí, me quedaría sin tu compañía.

PELO DE ZANAHORIA

Vendrías a verme, papá.

EL SEÑOR LEPIC

Los viajes por gusto salen caros, Pelo de Zanahoria.

PELO DE ZANAHORIA

Aprovecharías tus viajes obligatorios. Darías un paseo.

EL SEÑOR LEPIC

No. Hasta aquí te he tratado como a tu hermano y a tu hermana, cuidando de que ninguno tuviera privilegios sobre los otros. Así voy a seguir.

PELO DE ZANAHORIA

Dejemos, entonces, mis estudios. Sácame del colegio, con el pretexto de que te robo el dinero que gastas, y escogeré un oficio.

EL SEÑOR LEPIC

¿Qué oficio? ¿Quieres que te ponga de aprendiz con un zapatero, por ejemplo?

PELO DE ZANAHORIA

A eso o a otra cosa. Podría ganarme la vida y ser libre.

EL SEÑOR LEPIC

Llegas tarde, Pelito de Zanahoria mío. ¿Crees que, después de haberme impuesto tan grandes sacrificios por tu instrucción, vas a ponerte a clavetear suelas?

PELO DE ZANAHORIA

Pues si te dijera, papá, que he intentado matarme...

EL SEÑOR LEPIC

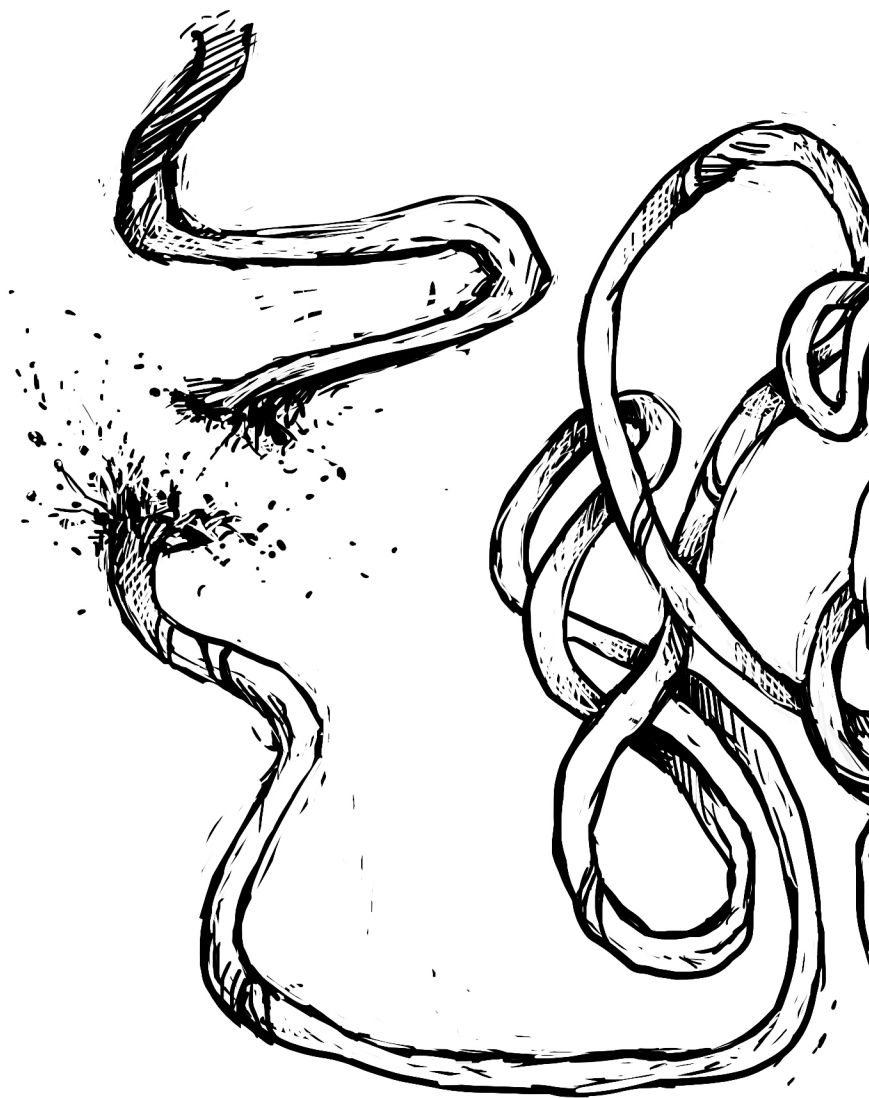
¡Exageras, Pelo de Zanahoria!

PELO DE ZANAHORIA

Te juro que ayer, sin ir más lejos, aún tenía ganas de ahorcarme.

EL SEÑOR LEPIC

Y aquí sigues. Entonces apenas tenías las ganas. Pero al recordar tu suicidio frustrado, levantas la cabeza con altivez. Te imaginarás que la muerte no ha tentado a nadie más que a ti. Pelo de Zanahoria, el egoísmo será tu perdición. Tiras de la manta para ti solo. Crees que en el Universo no hay nadie más que tú.





PELO DE ZANAHORIA

Papá, mi hermano es feliz, mi hermana es dichosa y que me torturen si mamá, como tú dices, no siente placer en jorobarme. Tú, en fin, por tu parte, dominas y te haces temer hasta de mi madre. Nada puede contra tu tranquilidad. Lo cual prueba que en la especie humana hay gente afortunada.

EL SEÑOR LEPIC

Pero ¡cabezota de especie humana, razones como un adoquín! ¿Puedes ver con claridad en el fondo de los corazones? ¿Comprendes ya todas las cosas?

PELO DE ZANAHORIA

Las cosas mías, sí, papá; por lo menos, trato de comprenderlas.

EL SEÑOR LEPIC

Entonces, Pelo de Zanahoria, amigo mío, renuncia a la felicidad. Te aviso que nunca vas a ser más feliz que ahora; ¡nunca, nunca!

PELO DE ZANAHORIA

¡Bonito porvenir!

EL SEÑOR LEPIC

Resígnate, blíndate hasta que seas mayor y dueño de ti mismo y puedas libertarte, renegar de nosotros, cambiar de familia, ya que no puedes cambiar de carácter y de humor. De aquí a allá, trata de dominarte, ahoga tu sensibilidad y observa a los demás, aun a los que viven más cerca de ti; será cosa divertida: te prometo sorpresas consoladoras...

PELO DE ZANAHORIA

Claro que los demás han de tener sus penas. Pero ya los compadeceré más adelante. Hoy reclamo justicia por mí. ¿Qué suerte no ha de ser preferible a la mía? Tengo madre, y esa madre no me quiere, y yo no la quiero.

EL SEÑOR LEPIC

Y yo, ¿crees que la quiero? (*dice en tono brusco, impaciente*). Al oírlo, Pelo de Zanahoria levanta los ojos hacia su padre. Mira despacio su rostro duro, su barba espesa, en la que se ha escondido la boca, como avergonzada de haber hablado de más, su frente surcada, sus patas de gallo y sus párpados caídos, que le dan aspecto de dormido hasta cuando camina.

Por un instante, Pelo de Zanahoria se priva de hablar. Teme que su alegría secreta, que la mano de que se apodera y retiene casi a la fuerza, se vayan volando.

Luego aprieta el puño, amenaza al pueblo, adormilado allá lejos, en tinieblas, y le grita con énfasis:

—¡Ah, mala mujer! ¡Ya estás perdida! ¡Te aborrezco!

—¡Cállate! —dice el señor Lepic—. Después de todo, es tu madre.

—¡Oh! —contesta Pelo de Zanahoria, recobrando sencillez y prudencia—, no lo digo porque sea mi madre.

EL ÁLBUM DE PELO DE ZANAHORIA

I

SI UN EXTRAÑO SE PUSIERA A HOJEAR EL ÁLBUM de fotografías de los Lepic, no dejaría de asombrarse. Vería a Ernestina, la hermana, y a Félix, el hermano mayor, en distintas posturas: de pie, sentados, bien vestidos o a medio vestir, alegres o enfurruñados, sobre ricos fondos.

—¿Y Pelo de Zanahoria?

—Tenía retratos suyos de cuando pequeño —contesta la señora Lepic—, pero estaba tan guapo, que me los arrebatában, y no he podido quedarme ni siquiera con uno.

La verdad es que a Pelo de Zanahoria *nunca le han tomado fotos*.

II

Hasta tal punto se llama Pelo de Zanahoria, que la familia titubea cuando trata de acordarse de su verdadero nombre.

—¿Por qué lo llaman Pelo de Zanahoria? ¿Por el pelo amarillo que tiene?

—¡Más amarilla tiene aún el alma! —dice la señora Lepic.

|||

Otras señas particulares:

La cara de Pelo de Zanahoria no le ayuda mucho que digamos.

Pelo de Zanahoria tiene los agujeros de la nariz como toperas.

Pelo de Zanahoria tiene constantemente, aun después de un baño, cortecitas de pan en las orejas.

Pelo de Zanahoria chupa la nieve hasta que se le derrite en la lengua.

Pelo de Zanahoria, al andar, se roza los tobillos, y tiene tal porte, que podrían pensar que es un jorobado.

El cuello de Pelo de Zanahoria está cubierto de una muga azul, a manera de collar.

Por último, Pelo de Zanahoria tiene un paladar muy raro y no percibe el olor del almizcle.

IV

Es el primero en levantarse, al tiempo con la criada. En las mañanas de invierno se tira de la cama antes de que amanezca, y mira la hora con las manos, tocando las del reloj con la punta de los dedos.

Cuando el café y el chocolate están hechos, prueba un poco de chocolate o de café metiendo el dedo gordo.

V

Cuando le presentan a alguien, vuelve la cabeza, tiende la mano de medio lado, pone cara de aburrido, dobla las piernas y araña la pared.

Y si le preguntan:

—¿Me das un beso, Pelo de Zanahoria?

Contesta:

—¡Psch! ¡No vale la pena!

VI

LA SEÑORA LEPIC

Pelo de Zanahoria, cuando te hablen, contesta.

PELO DE ZANAHORIA

Bbbuenooo, maumau.

LA SEÑORA LEPIC

Ya te he dicho que los niños no deben hablar nunca con la boca llena.

VII

No puede estar con las manos fuera de los bolsillos. Y por mucho que se apesure a sacarlas en cuanto se acerca la señora Lepic, siempre llega tarde. Su madre no tendrá más remedio que coserle los bolsillos con las manos dentro.

VIII

—Aunque te hagan lo que te hagan —le dice el padrino en tono amistoso—, no está bien que mientas. Es un defecto feísimo, y además inútil, porque todo llega a saberse.

—Sí —contesta Pelo de Zanahoria—, pero se gana tiempo.

IX

El perezoso de Félix, el hermano mayor, acaba de terminar sus estudios con penas y fatigas.

Estirándose, lanza un suspiro de satisfacción.

—¿Qué aficiones tienes? —le pregunta el señor Lepic—. Has llegado a la edad en que tu vida tiene que decidirse. ¿Qué vas a hacer?

—¡Cómo! ¿Más? —dice Félix, el hermano mayor.

X

Juegan a juegos de prendas.

La señorita Berta “se queda”.

—Porque tiene los ojos azules —dice Pelo de Zanahoria.

Exclamaciones:

—¡Muy bonito! ¡Qué poeta tan galante!

—¡Psch! —contesta Pelo de Zanahoria—. ¡Ni siquiera se los he mirado! Lo digo como hubiera podido decir otra cosa. Es una fórmula convencional, una figura retórica.





XI

En las batallas con bolas de nieve, Pelo de Zanahoria no se alía con nadie. Le temen y su reputación está muy extendida, porque mete piedras en las bolas.

Apunta a la cabeza: es más breve.

Cuando hiela y los otros se resbalan, Pelo de Zanahoria se hace un resbaladero aparte, a un lado del hielo, en la hierba.

En el juego del paso, prefiere quedarse de una vez para todas.

En el marro, se deja coger todas las veces que quieren, porque la libertad le tiene sin cuidado.

Y en las escondidas, se esconde tan bien que lo dejan olvidado.

XII

Los niños se miden.

Félix, el hermano mayor, fuera de concurso, a simple vista les lleva a los otros dos una cabeza. Pero Pelo de Zanahoria y Ernestina, la hermana, por ser una chica, tienen que ponerse el uno al lado de la otra. Y mientras que la hermana, Ernestina, se empina sobre las puntas de los pies, Pelo de Zanahoria, para no contrariar a nadie, hace trampa y se agacha ligeramente, para añadir un ápice a la ilusión de diferencia.

XIII

Pelo de Zanahoria da este consejo a la criada Águeda:

—Para llevarse bien con la señora Lepic, háblele mal de mí.
Pero hay un límite.

La señora Lepic no acepta que nadie más que ella toque a Pelo de Zanahoria.

Como una vecina lo amenazara, la señora Lepic acude, se irrita y liberta a su hijo, radiante ya de gratitud.

—¡Y ahora, vamos a vernos las caras! —le dice su madre.

XIV

—¡Mimo! ¿Qué quiere decir eso? —pregunta Pelo de Zanahoria a Periquito, tratado con excesivo afecto por su madre.

Y cuando se lo explican por alto, exclama:

—Yo lo que quisiera es ir picando en una fuente de patatas fritas con los dedos, y chupar medio melocotón por la parte del hueso.

Luego reflexiona:

—Si la señora Lepic me comiera a besos, empezaría por la nariz.

XV

A veces, cansados de jugar, Ernestina, la hermana, y Félix, el hermano mayor, prestan con gusto sus juguetes a Pelo de Zanahoria, que, participando así un poco de la felicidad de todos, labra modestamente la suya.

Y nunca da muestras excesivas de satisfacción, temeroso de que se los quiten.

XVI

PELO DE ZANAHORIA

¿Entonces no crees que tenga las orejas largas?

MATILDE

Creo que son graciosas. ¿Me las prestas? Me gustaría llenarlas de arena para hacer pasteles.

PELO DE ZANAHORIA

¡Bien cocidos quedarían, si mamá se encargara de encendermelas primero!

XVII

—¿Te estarás quieto? ¡Te sigo oyendo! ¿Entonces quieres más a tu padre que a mí? —dice ahora y luego la señora Lepic.

—Ya no me muevo, no digo nada, y te juro que no quiero más a uno que a otro —contesta Pelo de Zanahoria con su voz interior.

XVIII

LA SEÑORA LEPIC

¿Qué estás haciendo, Pelo de Zanahoria?

PELO DE ZANAHORIA

No sé, mamá.

LA SEÑORA LEPIC

Eso quiere decir que estás haciendo otra tontería. ¿Entonces lo haces a propósito?

PELO DE ZANAHORIA

¡No faltaba más!

XIX

Como se imagina que su madre le sonríe, Pelo de Zanahoria, halagado, se sonríe también.

Pero la señora Lepic, que no sonreía sino consigo misma, de inmediato pone cara de vinagre.

Y Pelo de Zanahoria, desconcertado, no sabe dónde meterse.

XX

—Pelo de Zanahoria, ¿quieres reírte con finura, sin armar ruido? —dice la señora Lepic.

—Cuando uno llora, hay que saber por qué —agrega.

Y también dice:

—¿Qué le voy a hacer? Ni siquiera vierte una lágrima cuando le dan un bofetón.

XXI

Otras cosas que dice:

—Si hay una mota en el aire, una porquería en el suelo, son para él.

—Cuando se le mete una idea en la cabeza, no se le pone en otra parte.

—Tan orgulloso es, que se suicidaría por hacerse el interesante.

XXII

En efecto, Pelo de Zanahoria intenta suicidarse en un balde de agua fresca, dentro del cual mantiene heroicamente la nariz y la boca, cuando un coscorrón derriba el balde, echándole el agua en las botas, y vuelve a Pelo de Zanahoria a la vida.

XXIII

Tan pronto la señora Lepic, hablando de Pelo de Zanahoria, dice:

—Es como yo: no tiene malicia, tonto más que malo, y demasiado simplón para inventar la pólvora. Si se complace en reconocer que si los cochinitos no se lo comen, será, con el tiempo, un personaje.

XXIV

—Si alguna vez —sueña Pelo de Zanahoria— me dieran de regalo, como a mi hermano Félix, un caballo de cartón, me montaba en él y me iba.

XXV

Fuera, Pelo de Zanahoria, para demostrarse a sí mismo que todo le importa un rábano, silba. Pero la presencia de la señora Lepic, que lo seguía, le corta el silbido. Y es tan doloroso como si le rompiera entre los dientes un silbato de a centavo.

Sin embargo, hay que aceptar que cuando tiene hipo, tan pronto la ve, se le quita.

XXVI

Sirve de lazo de unión entre su padre y su madre. El señor Lepic dice:

—Pelo de Zanahoria, a esta camisa le falta un botón.

Pelo de Zanahoria le lleva la camisa a la señora Lepic, que dice:

—¿Necesito que tú me lo mandes, monigote?

Pero coge la cesta de la costura y pega el botón.

XXVII

—Si no fuera por tu padre —exclama la señora Lepic—, hace ya mucho tiempo que me hubieras dado un mal golpe,

que me hubieras clavado ese cuchillo en el corazón, para quitarme de en medio.

XXVIII

—¡Suénate la nariz! —le vive diciendo la señora Lepic a cada momento.

Pelo de Zanahoria se suena, incansable, por el lado del dobladillo. Y se suena mal y rectifica.

Cierto que cuando se enferma, la señora Lepic le pone un emplasto, untándole hasta el punto de darle celos a Ernestina, la hermana, y a Félix, el hermano mayor. Pero enseguida añade, solo por él:

—Más de bueno que de malo hay en esto. Sirve para desenredar los sesos de la cabeza.

XXIX

Como el señor Lepic le está haciendo rabiar desde por la mañana, Pelo de Zanahoria le suelta esta enormidad:

—¡Déjame en paz, imbécil!

Al punto le parece que el aire se hiela en torno suyo y que tiene en los ojos dos fuentes abrasadoras.

Balbucea, dispuesto a hundirse en el suelo a una señal.

Pero el señor Lepic le mira despacio, despacio, y no hace la señal.

XXX

Ernestina, la hermana, va a casarse pronto, y la señora Lepic le permite salir de paseo con su novio, encargando a Pelo de Zanahoria la vigilancia.

—¡Ve delante —dice ella— y estira las piernas!

Pelo de Zanahoria pasa delante. Se esfuerza por estirar las piernas, anda leguas de perro, y si se descuida y no aligera, oye, a pesar de su presencia, besos furtivos.

Tose.

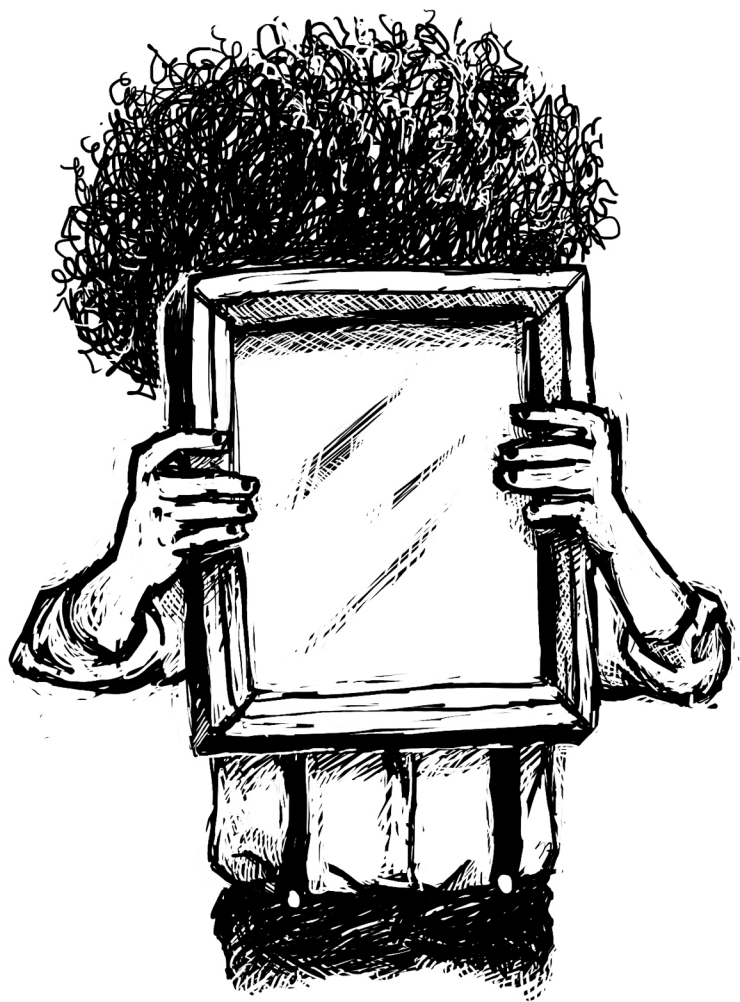
Aquello lo saca de quicio y, de pronto, al encontrarse ante la cruz del pueblo, tira al suelo la gorra, la aplasta con los pies, y exclama:

—¡A mí nadie me querrá nunca!

En el mismo instante, la señora Lepic, que no es sorda, aparece detrás de un muro, con la sonrisa en los labios, terrible.

Y Pelo de Zanahoria añade con desesperación:

—¡Excepto mamá!



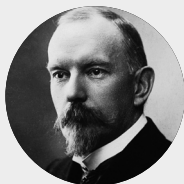
NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

Para el establecimiento del texto de la presente edición de *Pelo de Zanahoria*, se utilizó como base la publicación que en 1917 hiciera la Casa Editorial Calleja de Madrid, con traducción de Enrique Díez-Canedo, la cual se encuentra en dominio público. Con el fin de adaptar el registro idiomático para el público lector de Libro al Viento, en esta edición se realizó un trabajo de actualización del español utilizado en la versión que sirvió como referente.

El trabajo de ilustración corrió por cuenta de Guillermo Andrés Torres Carreño, ganador de la Beca de Ilustración de Idartes en 2024.

NOTA SOBRE EL ILUSTRADOR

Guillermo Andrés Torres Carreño es diseñador gráfico de la Universidad Nacional de Colombia, con especialización en diseño de tipografía de la Universidad de Buenos Aires, Argentina. A lo largo de su experiencia profesional se ha desempeñado en el área de divulgación cultural a través del diseño editorial, la ilustración y la museografía.



JULES RENARD

(1864–1910)

Narrador y dramaturgo francés cuya obra se distingue por la precisión del lenguaje, la ironía seca y una sensibilidad que oscila entre la ternura y la crueldad. Hijo de una familia modesta de Châlons-du-Maine, pasó su infancia en el campo de Mayenne, experiencia que marcaría profundamente su mirada literaria. En París se integró a los círculos literarios *fin-de-siècle* y colaboró en varias revistas. Su *Diario*, publicado póstumamente, reveló una inteligencia aguda y un sentido moral implacable. Aunque escribió teatro y cuentos, alcanzó su mayor reconocimiento con *Pelo de Zanahoria* (1894), novela breve de tintes autobiográficos que retrata, con humor áspero y lucidez emocional, la infancia difícil de un niño sensible en un entorno hostil. Miembro de la Académie Goncourt desde 1907, Renard dejó una obra discreta pero perdurable, admirada por su estilo limpio y su mirada afilada sobre la condición humana.



Libro al Viento

COLECCIÓN INICIAL

Es de color verde y está destinada al público infantil y primeros lectores.

3 CUENTOS PARA SIEMPRE
Varios autores

6 CUENTOS DE ANIMALES
Rudyard Kipling

13 LOS CUENTOS
Rafael Pombo

17 LOS VESTIDOS DEL
EMPERADOR Y OTROS
CUENTOS
Hans Christian Andersen

36 PARA NIÑOS Y OTROS
LECTORES
Alphonse Daudet

39 POESÍA PARA NIÑOS
*Selección de Beatriz Elena
Robledo*

42 TENGO MIEDO
Ivar Da Coll

47 ALICIA PARA NIÑOS
Lewis Carroll

48 JUANITO Y LOS FRÍJOLES
MÁGICOS
Joseph Jacobs

51 RIZOS DE ORO Y
LOSTRES OSOS
cuento tradicional inglés

55 PETER Y WENDY
(PETER PAN)
James Matthew Barrie

87 LAS AVENTURAS DE
PINOCHO. HISTORIA DE
UNA MARIONETA
Carlo Collodi

- 94 FÁBULAS DE SAMANIEGO**
Ilustradas por Olga Cuéllar
- 95 COCOROBÉ: CANTOS Y ARRULLOS DEL PACÍFICO COLOMBIANO**
*Selección de Ana María Arango
Ilustrados por Ivar Da Coll*
- 105 FÁBULAS DE LA FONTAINE**
Ilustradas por Olga Cuéllar
- 115 FÁBULAS DE IRIARTE**
Ilustradas por Olga Cuéllar
- 123 PIEL DE ASNO Y OTROS CUENTOS**
Ilustrados por Eva Giraldo
- 129 JUAN SÁBALO**
*Leopoldo Berdella de la Espriella
Ilustrado por Eva Giraldo*
- 134 LA DICHA DE LA PALABRA DICHA**
*Nicolás Buenaventura
Ilustrado por Geison Castañeda*
- 136 HIP, HIPOPÓTAMO VAGABUNDO**
*Rubén Vélez
Ilustrado por Santiago Guevara*
- 140 FÁBULAS DE TAMALAMEQUE**
*Manuel Zapata Olivella
Ilustradas por Rafael Yockteng*
- 143 NARICITA IMPERTINENTE Y LA CASA DEL PÁJARO CARPINTERO AMARILLO**
*Monteiro Lobato
Ilustrados por Sindy Elefante*
- 147 TRECE RELATOS NÓRDICOS**
*Varios autores
Ilustrados por Mónica Peña,
Andrés Rodríguez, Amalia
Satizábal, Alejandro Uscátegui y
Ingrid Vang Nyman*
- 152 PACO Y UNQUE**
*César Vallejo
Ilustrado por Alicia Garavito*
- 155 HISTORIAS DE EUSEBIO**
Ivar Da Coll
- 162 LA CASA ENCANTADA**
*Poesía venezolana para niñas y niños
Selección y presentación de
María Elena Maggi
Ilustrado por Álex Sarmiento*
- 163 BOGOTÁ CONTADA PARA NIÑAS Y NIÑOS**
*Jairo Buitrago, Adriana Carreño,
Francisco Montaña, Catalina
Navas, Eduardo Otálora, Celso
Román.
Ilustraciones de Claudia Rueda,
Natalia Rojas, Leonardo Gómez,
Juan Camilo Mayorga, Gabriela
Otálora, Lorena Bayona*

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público. Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

Escanea este código e ingresa a la biblioteca digital, donde tendrás a disposición más de 100 de nuestros títulos.



GALLINAS



Pelo de Zanahoria fue editado por Idartes
para su programa Libro al Viento, bajo el número 185,
y se imprimió en el mes de diciembre de 2025.



185

“No sorprende entonces que un texto publicado originalmente en 1894 nos interpele hoy y siga vigente, porque las historias que nos retratan como seres humanos con nuestras debilidades y fortalezas son universales. Todos en algún momento de la vida nos hemos sentido diferentes e incomprendidos, especialmente en la adolescencia, cuando el mundo parece un monstruo inclemente que nos aplasta”.

Pilar Gutiérrez Llano



COLECCIÓN INICIAL

**libro al
viento**



INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES
IDARTES

